

# **V**eintidós **VIDAS**

*Los desaparecidos armenios  
de la dictadura '76 - '83*

Cristian Sirouyan

EDICIONES  
**ciccus**

**Sirouyan, Cristian**

Veintidós vidas : los desaparecidos armenios de la dictadura 76-83 / Cristian Sirouyan. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación CICCUS, 2017.  
152 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-693-715-3

1. Desaparecidos. 2. Genocidio. I. Título.  
CDD 323

Primera edición: abril 2017

Corrección: Lala Toutonian

Diseño de tapa e interior: Mariela Euredjian

Producción y coordinación editorial: Andrea Hamid

© 2017 - Ediciones CICCUS  
Medrano 288 (C1179AAD)  
(54-11) 4981.6318 / 4958.0991  
ciccus@ciccus.org.ar  
www.ciccus.org.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización previa del editor.

Impreso en Argentina

*Printed in Argentina*



Ediciones CICCUS ha sido merecedora del reconocimiento **Embajada de Paz**, en el marco del Proyecto-Campaña “Despertando Conciencia de Paz”, auspiciado por la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

# Índice

Dedicatoria .....	9
Agradecimientos .....	11
Más razones para no olvidar - <i>Eduardo Jozami</i> .....	13
¿Qué ocurriría si se fuera la memoria? - <i>Ariel Scher</i> .....	17
Oración para los desaparecidos - <i>Kissag Mouradian</i> .....	21
Dos tragedias .....	23
Alfredo Manachian .....	31
Amanda y Rosa Assadourian .....	37
Ana María Gueuverian .....	46
Angélica Beatriz Toundaian .....	49
Antonio y Alberto Hanigian Díaz .....	54
Antonio y Gregorio Dadurian .....	57
Arpí Zeta Yeramian .....	61
Elena Kalaidjian .....	66
Juan Carlos Abachian .....	71
Juan Carlos y Nora Mardikian .....	77
María Bedoian .....	82
María Ester Goulecozian .....	89
María Luisa Karaian .....	93
Martín Toursarkissian .....	97
Miguel Bezayan .....	101
Miguel Keledjian .....	104
Rosa Kazgudemian .....	109
Segundo Chejenian .....	114

Valentina Keheyán .....	119
Una generación desaparecida - <i>Katchik DerGhougassian</i> .....	125
Un primer análisis conceptual .....	127
A modo de unas primeras conclusiones para el debate:	
Los espacios de investigación y reflexión .....	131

*Veintidós vidas* está dedicado a la memoria de mi madre Anahid Djellatian y mis abuelos Lía Nercessian, Ashod Artzruní, Repegá y Sukiás Djellatian.

También dedico este proyecto a mi padre Rubén Artzruní Sirouyan, mi *guiankí engueruhí* Isabel Keunchkarian (la inseparable compañera para toda la vida que siempre soñó mi madre), mi hija Azniv Anahid, mis hermanos Shushan, Armén y Raffí, mis sobrinos Ani, Areg, Juana y Pedro, mis suegros Tacuhí Karnikian y Simón Keunchkarian y mis cuñados Armando, Hovig, Mariana y Silvia.

Agradezco la predisposición y colaboración de todas las personas e instituciones mencionadas en el libro.

También merece ser destacada la inestimable ayuda de Eli-  
na Aguiar (psicóloga del Hospital Posadas), Cristina Pfluger  
(Comisión de Derechos Humanos por la Memoria, la Verdad  
y la Justicia del Hospital Nacional Profesor Alejandro Posadas),  
Horacio Spalletti (editor del periódico *Sur Capitalino*),  
Julia Contreras, Florencia Di Matteo Demirdjian, Carlos Kushi-  
an Kolukizian, Marcela Pelanda (rectora del colegio Normal  
1), Gisela Patlayan (integrante de Vecinos de Balvanera por  
la Memoria), la periodista Lila Pastoriza, Miguel Ohanessian,  
Paula Sarafian, Pablo Kendikian (Agencia Prensa Armenia),  
los fotógrafos Daniel Cáceres, Sebastián Leblebidjian y Juan  
Manuel Foglia, el Consejo Nacional Armenio de Sudamérica,  
la Fundación Luisa Hairabedian y los responsables de los pe-  
riódicos comunitarios *Armenia*, *Nor Seván* y *Sardarabad*,  
Paula Sarafian, el periodista Andrés Asato (autor del libro so-  
bre los desaparecidos de la colectividad japonesa).

A todos ellos me une un sólido vínculo de afecto y gratitud.

*El autor*

## ***Más razones para no olvidar***

Por Eduardo Jozami<sup>1</sup>

*Abierta a todos los hombres del mundo que quisieran habitar su suelo*, según reza el Preámbulo de la Constitución, la Argentina recibió desde hace más de un siglo y medio el más diverso aporte de población desde todos los rincones de la tierra. Es cierto que el trato no fue siempre tan generoso como el que anunciaban las declaraciones oficiales. Hubo discriminación con los que bajaban de los barcos y debían agolparse en los conventillos de las ciudades ante la imposibilidad de cumplir con el destino rural que habían concebido, hubo también “extranjeros indeseables” y para autorizar su expulsión se dictó la Ley 4144, llamada de Residencia, símbolo que siempre debiera recordarse junto con el texto generoso del Preámbulo para tener una visión de nuestra historia más realista y más veraz.

Contra las esperanzas infundadas que habían concebido Sarmiento y Alberdi, los migrantes no provinieron de las zonas más avanzadas del norte de Europa y ese desengaño alimentó el racismo que se descargó sobre los contingentes que provenían del Mediterráneo, el Este europeo o el Asia Menor. Todos eran portadores de una historia a la que no era ajena la violencia. Algunos huían de los progromos, otros del trato arbitrario de los dueños de la tierra o simplemente de la frustración y la miseria. Pero hubo una comunidad que huyó para escapar de un genocidio portando esa historia trágica de la segunda década del siglo XX como un legado doblemente amargo, porque el mundo parecía prestar a ese drama nacional escaso interés: “¿Quién se acuerda hoy de la matanza de los

armenios"?, se preguntaba Hitler ante sus secuaces, tranquilizándolos acerca de la reacción que el genocidio nazi podía provocar en el futuro.

Los descendientes de aquellos migrantes radicados en la Argentina fueron alcanzados por la represión de la última dictadura. Veintidós argentinos de origen armenio integran la lista de desaparecidos y aquello no debe extrañar. No porque hayan sido especialmente reprimidos en cuanto a ser armenios sino porque ningún sector significativo de la sociedad argentina —y la comunidad armenia lo es, en cualquier campo que se mire, cultural, políticos, social, religioso— quedó excluido de la represión gubernamental.

De acuerdo con los datos que surgen de la investigación de Cristian Sirouyan, algunos de estos jóvenes secuestrados y desaparecidos eran militantes de las organizaciones revolucionarias surgidas a fines de los años 60. Pero más allá de las razones particulares que puedan haber determinado el secuestro, no puede pensarse que no haya existido un plan general. El concepto de *subversivo* podía ampliarse tanto como fuera necesario para disciplinar a un pueblo que había mostrado su disposición a movilizarse y luchar por sus derechos.

La represión que golpeó a los descendientes de armenios sólo puede entenderse en el marco de la que sufrió el conjunto de la sociedad argentina. No es aventurado, de todos modos, suponer que tuvo para ellos una significación especial. Los familiares de los desaparecidos de la comunidad armenia habrán inevitablemente recordado con más fuerza la historia trágica que los hizo salir de su país, las matanzas destinadas a suprimir todo un pueblo de las que no pueden ser excusados ninguno de los responsables desde Enver Pashá y los jóvenes oficiales turcos hasta Kemal Atatürk, autoconcebidos como agentes de una modernización nacionalista que no desdeñaba el asesinato como medio de realización.

Los mismos militantes secuestrados habrán actualizado aquella tragedia, pensando en la paradoja de que la tierra de refugio de sus mayores se transformara en sitio de tortura, de muerte y de las más groseras violaciones a los derechos humanos. Es más que probable que aquel recuerdo familiar del genocidio se les haya hecho en esos momentos postreros aún más doloroso. Quizás hayan pensado que si aquel genocidio fechado en 1915 no había logrado aún su pleno reconocimiento, qué podía esperarse en este país donde los dictadores parecían tan omnipotentes y alardeaban de su poder como para permitirse humoradas con la figura del desaparecido.

Quizás no sea éste el momento más propicio para un optimismo que la realidad del mundo cuestiona a cada paso, pero qué bueno es poder contarles a nuestros desaparecidos de origen armenio que el reconocimiento del genocidio sufrido por la patria de sus antepasados avanzó notablemente en el mundo y, especialmente, en la Argentina con el restablecimiento de la democracia. Los tres poderes del Estado reconocieron sucesivamente la existencia del genocidio y la Justicia validó el derecho de los descendientes a conocer la verdad. La causa de los armenios sigue ganando espacio en la conciencia de un país que ha aprendido dolorosamente a no tolerar ninguna violación a los derechos humanos y puede enorgullecerse de sus políticas de Verdad, Memoria y Justicia. Esta solidaridad argentina con la causa armenia se apreció notablemente en la conmemoración del centenario.

Reivindicar en la Argentina a los desaparecidos de origen armenio como lo hace esta investigación de Sirouyan, es vincular dos genocidios, afirmar que ni la decisión de formar un gran imperio –como sostenían los genocidas turcos- ni ninguna otra consideración puede justificar la eliminación de un pueblo ni el intento de terminar con una generación.

La realidad de las últimas décadas sigue mostrando que el recurso a los genocidios no está excluido de la agenda macabra que ordena un escenario internacional cada vez más desigual. Pese a ello o, mejor, por eso mismo, la afirmación del NUNCA MÁS mantiene un profundo sentido. Aunque la lucha por los derechos humanos parece obligarnos siempre a empezar de nuevo, es ese trabajo el que da sentido a nuestras vidas. Lo saben millones de hombres y mujeres armenios y argentinos y por eso también es valiosa esta iniciativa de Cristian Sirouyan.

---

1- Eduardo Jozami es abogado, escritor, militante de derechos humanos y docente argentino. Estuvo detenido durante toda la dictadura militar y hasta el 2015 fue director del CC Haroldo Conti, ex ESMA.

## ***¿Qué ocurriría si se fuera la memoria?***

Por Ariel Scher<sup>t</sup>

**Si** la memoria se fuera. O se enojara, o se esfumara, se distrajera, se abandonara, o se decidiera a clavar, por fin, los ojos (¿alguien osaría decir que la memoria no tiene ojos?) en sus enemigos (la memoria es una experta en coleccionar enemigos a lo largo de los siglos) y proclamara que ya está, que no la jodan más, que bastante hizo y que se las arreglen sin ella.

Si algo de eso pasara y una mujer o un hombre o un pueblo entero en algún rincón de la Tierra desmemoriada quisiera reponer la memoria como herramienta para que hiciera su labor, o sea para que sostuviera el sentido de la vida y la perspectiva de que existan futuros, tendría que marchar hacia las páginas de este libro que escribió no sólo con los dedos Cristian Sirouyan.

Modesta aclaración para quienes aún no lo experimentaron: a veces, los libros son salvaciones. Salvan vacíos, incomprendiones, aburrimientos, rumbos, soledades, salvan épocas. Y salvan memorias, que es un modo de salvar al mundo.

**¿Qué ocurriría si la memoria se fuera?**

Habría que ir detrás de la memoria misma y de los individuos que creyeran que se puede hablar de humanidad si no hay memoria y abrigrarlos con las páginas en las que Cristian entrelazó los recursos investigativos de su profesión de periodista con las pertenencias armenias, argentinas y universales que lo volvieron la persona que es.

Un ejemplo entre montones. Si a la memoria se le diera por irse, sería necesario correrla, alcanzarla y convencerla de que es invencible porque la reivindica Cristian ofrendando las lágrimas de Chipi. Chipi es Alejandro Chipian y son sus lágrimas mientras canta sobre el escenario de la Asociación Cultural Armenia, y sus lágrimas dejan de pertenecerle para convertirse en lágrimas de todos los que lo oyen y en el nombre de Betty Toundaian, su prima, su caricia, su infancia, su regaladora de un disco glorioso de Los Beatles, su marca entre las marcas de lo que fue y de lo que es la última de las dictaduras cívicas, militares y horribles que castigaron a la Argentina. A Betty Toundaian la secuestraron y la desaparecieron, como revela Cristian en este libro que evidencia que los desaparecidos no desaparecen. Que Betty y que cada uno de los desaparecidos resurgen como lágrimas que se cantan, como lágrimas que se lloran de a uno y de a muchos, como lágrimas encendidas porque portan una suma de identidades -la armenia, la argentina, la de sus ideas, la de sus esperanzas- que no hay derecho a no encender.

Si la memoria, harta de los propulsores del olvido se fuera, entonces ahí, en su cara, en su determinación de irse, se le presentaría, este libro salvador que le recuerda a la memoria que ni puede ni debe irse porque sin ella no habría lágrimas encendidas.

Porque sólo enhebrando libros salvadores y sólo luchando para que la memoria persista, resista, enseñe y transforme será posible enfrentar lo que en los renglones conmovedores de Cristian queda anotado: una historia que encadena dos genocidios. Genocidio, una palabra que acuñó el jurista polaco Raphael Lemkin y que se escucha con conciencia, con la inmensidad que cabe en ella o no sirve para nada. Dos genocidios: el que cayó encima de los armenios con fecha de referencia aunque no única en 1915 y el que asoló a los argentinos entre la segunda mitad de los setenta y los primeros ochenta. Si la memoria se fuera, un genocidio funcionaría como la invitación al siguiente genocidio.

Eso se asume enseguida leyendo la monumental Historia del Genocidio Armenio que articuló Vahakn Dadrian, que comienza con una frase inapelable de Víctor Hugo: *"Si un hombre es muerto en París, es un crimen; se cortan los cuellos de 50.000 personas en Oriente, y es una Cuestión"*. Con el mismo disfraz que denuncia Víctor Hugo y que recupera Dadrian, hubo escaladas para enmascarar el genocidio argentino. Por Víctor Hugo, por Dadrian, por Cristian y por miles que le avisan a la memoria que no se vaya y que se corporice en libro salvador es que sabemos

lo que sucedió y que un genocidio no puede ser la invitación al siguiente genocidio sino todo lo contrario.

Eso se aprende en un instante a través de la argumentación del juez argentino Carlos Rosanski quien refirió a lo que implicó el genocidio sobre los armenios cuando labró su acusación contra Miguel Etchecolatz, uno de los genocidas argentinos y manifestó: *“Se trata de llamar por su nombre correcto a fenómenos que, aún con diferencias contextuales y sucedidos en tiempos y espacios distintos, registran una similitud que debe ser reconocida”*.

Eso se comprueba al leer al sociólogo argentino Daniel Feierstein, especialista en el tema, quien explica: *“Una práctica social implica un proceso llevado a cabo por seres humanos y requiere de modos de entrenamiento, perfeccionamiento, legitimación y consenso que difieren de una práctica automática o espontánea. Entiendo a su vez por ‘práctica social genocida’ aquella tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad y del uso del terror, producto del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios”*.

No hay una sola de esas líneas que no se verifique en las vidas que Cristian revisa y transforma en libro. En cada una de esas vidas y en lo que representan como construcción colectiva. *“El aniquilamiento en la Argentina no es espontáneo, no es casual ni es irracional: se trata de la destrucción sistemática de una ‘parte sustancial’ del grupo nacional argentino, destinado a transformarlo como tal, a redefinir su modo de ser, sus relaciones sociales, su destino y su futuro”*, sintetiza Feierstein. Y eso también se lee, se desprende, se comprende en las vidas que Cristian cuenta y en el modo en que las cuenta.

¿Qué ocurriría si se fuera la memoria?

Si la memoria se fuera, seríamos nada. Menos que nada. Porque cuando la memoria se va, los que vienen son los genocidas y los genocidios.

Pero la memoria no se irá porque la memoria es este libro. Y este libro, para siempre, está acá.

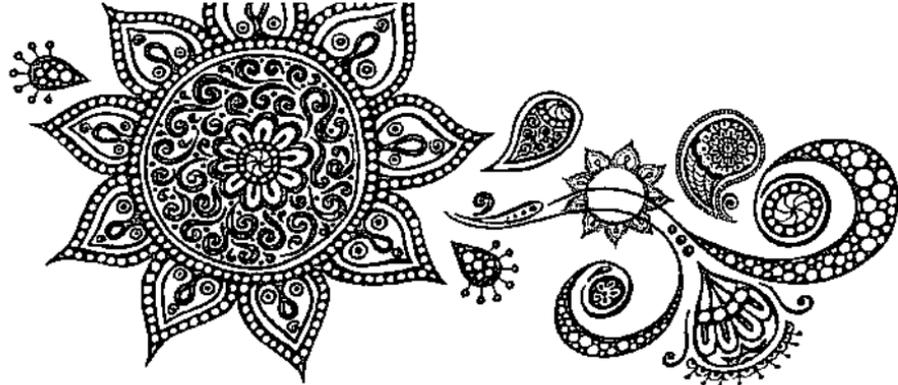
---

1- Ariel Scher es periodista, docente y autor de varios libros de investigación y de cuentos.

*"Dios compasivo, que guardas tu promesa, te apiadas de tus seres queridos y otorgas el perdón de los pecados a través de su santo Hijo y nuestro Señor Jesucristo, que nos renovó de la muerte de los pecados. Tú eres el Señor que iluminas a los ciegos y levantas a los caídos. Tú nos salvaste de la oscuridad y de la sombra de la muerte diciendo a los atados 'levántense' y a los que están en las tinieblas 'aparezcan e iluminense'. Así surgió la luz del conocimiento de tu unigénito, que descendiendo a la tierra paseó entre los humanos y a quienes lo aceptaron les dio el derecho y el poder de ser hijos de Dios. Tú, ¡oh Señor! que eres el dueño de todo, mira con dulzura a tus siervos, para que se salven de todos sus pecados y se justifiquen. Señor, ayuda también a todos aquellos siervos tuyos que fueron encarcelados y desaparecidos durante los pesados años de la dictadura militar y otórgales el descanso de alma y cuerpo. Da paz a sus familiares y allegados para poder mantener la memoria de sus seres queridos desaparecidos y continuar sus vidas cotidianas en paz y normalidad. Porque Tú eres el Dios piadoso y misericordioso y a Tí es el honor y la gloria, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén".*

Oración para los desaparecidos, 2007.

Kissag Mouradian  
Primado de la Iglesia Apostólica Armenia  
para la República Argentina y Chile.



## *Dos tragedias*

Un manto rojo sangre recubría el suelo árido de la región del Cáucaso hace más de un siglo, cuando el reclamo de Justicia salió disparado en forma de grito ahogado hacia los cinco continentes. Las matanzas ordenadas por el gobierno otomano del sultán Abdul Hamid ya hacían estragos entre la población armenia y el creciente olor a muerte presagiaba el genocidio. Pero del otro lado de las fronteras de Asia Menor la denuncia de esa tragedia colectiva apenas conmovió a unos pocos. Entonces fueron los propios emigrados -los desdichados sobrevivientes de miles de familias diezmadas- los encargados de portar esa mochila desbordada de penas con el propósito de mantener latente la memoria de su tierra arrasada y replicarla en sus hijos, nietos y bisnietos, para sostener una lucha por la Verdad y el reconocimiento por parte del victimario en cada rincón de la diáspora. Una ardua cruzada, cuyo punto final aún no se avizora.

Los barcos a vapor que amarraban en Buenos Aires después de completar agotadoras travesías desde los puertos del Mediterráneo depositaban a los refugiados armenios en un escenario que les resultaba absolutamente extraño, un nuevo mundo, generoso e inabarcable, donde la única opción era empezar a rehacer sus vidas desde cero. Al principio cundía el dolor del desarraigo, y la subsistencia de los armenios recién llegados quedó supeditada a rutinas sacrificadas que arrastraban a toda la familia. Mientras tanto, iban superando los escollos en el camino a la integración a una sociedad que percibían cada vez más amable y solidaria. De a poco, en el hermético círculo de la colectividad asomó un horizonte de prosperidad. Los nubarrones de la tragedia afloraban a la par de cada proyecto de vida, pero aquí la vida comunitaria florecía envuelta en una inquebrantable atmósfera de paz, tal vez la pieza que más valoraban en la tierra del exilio.

Para una veintena de familias de origen armenio, ese ideal de vida recuperado iba a recibir una nueva estocada. Esta vez serían los represores de la Triple A y de las dictaduras establecidas en el Cono Sur, que reinaron entre los años 70 y 80, los verdugos que se encargarían de reabrir sus llagas más lacerantes.

Seguramente, las efímeras existencias de los veintidós asesinados y desaparecidos de origen armenio de la Argentina y Uruguay fueron atravesadas por la impronta revolucionaria inoculada por el Che Guevara en Cuba y expandida hacia el resto del continente, la irrefrenable explosión del Cordobazo y las turbulencias que encendieron las pasiones de toda una generación en torno a la lucha por el retorno de Perón al país tras dieciocho años de exilio. Pero en ellos también seguían haciendo estragos las marcas indelebles dejadas por la intolerancia y el odio de los turcos sobre los cuerpos lacerados de sus antepasados. La histórica demanda de Verdad y Justicia los impulsó a tomar parte de esa cruzada colectiva en pos de un mundo más equitativo.

Este modesto recorte de la inconmensurable tragedia de la Argentina signada por los 30 mil desaparecidos y la enorme legión de exiliados y presos políticos que alcanzaron a sobrevivir a la masacre pretende rescatar del olvido, cuanto menos, algún aspecto de esas veintidós vidas jóvenes, silenciadas por los crueles modos de la intolerancia.

Sus pensamientos y acciones se hacen voz a través de los relatos de familiares, amigos, compañeros de estudio, militancia o infortunio en el infernal submundo de los centros de tortura y exterminio. Cada testimonio brindado para este libro entrega una mirada personal cargada de pasión, nostalgia, tristeza y el esbozo de alguna mueca alegre sobre ese ser añorado, una poderosa presencia cuatro décadas atrás que se mantiene inalterada. Pervive aún hoy a través de sus rutinas austeras, los recurrentes pecados de juventud, las charlas íntimas entre hermanos y la firme decisión de renunciar a los privilegios de la vida burguesa para socorrer a los más necesitados.

Un inesperado halo luminoso emana de estas historias que el dolor más profundo se empeña en sostener. El avance de los juicios por los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura parece haber insuflado en los últimos años un aire esperanzador a la mayoría de los familiares de los desaparecidos armenios, pese a que nunca cesaron en su arduo derrotero en pos de una reparación.

Nadie más que ellos supo resistir estoicamente la indiferencia de unos y el desconocimiento de muchos otros, traducidos en una respuesta

muda –mezcla de miedo y prejuicio-, que recibían ante cada consulta formulada a las autoridades más prominentes de las instituciones comunitarias. Como alternativa viable eligieron perseverar, convencidos de que la experiencia histórica indica que es necesario insistir aunque el ánimo y el cuerpo flaqueen.

Tuvieron que pasar años de silencio para que surgiera una primera señal de apoyo para esta gente desamparada. La democracia hacía pie con dificultades en la Argentina asomada al nuevo milenio, cuando las autoridades de la Unión Cultural Armenia (UCA) organizaron un homenaje a sus hermanos de sangre desaparecidos. En la antigua sede social de Scalabrini Ortiz casi Córdoba fue descubierta una placa que demandaba memoria, verdad y justicia a través de los veintidós nombres rescatados de la penumbra del olvido. Tardó aunque necesario, se trató de un acto de reparación histórica. En 2007, la baldosa con los veintidós nombres fue trasladada a la Catedral San Gregorio El Iluminador, que se levanta en la calle Armenia entre Niceto Vega y Cabrera.

Para esa época, las víctimas armenias de la dictadura ya habían dejado de ser un tema de interés de un número reducido de allegados para transformarse en una cuestión de primer orden en la agenda comunitaria. El cambio en la mirada general de la comunidad sobre la cuestión también se vio reflejado en la masiva respuesta ante la convocatoria a un acto de recordación realizado en el Centro Cultural Haroldo Conti (exESMA) y la inauguración de una baldosa en memoria de los desaparecidos armenios en la plaza Armenia, a cuatro cuadras de la sede de la Iglesia Apostólica Armenia en el barrio de Palermo.

Incluso dos de las luchadoras más perseverantes, Adriana Kalaidjian (hermana de Elena Kalaidjian, fusilada por la patota de un “grupo de tareas” en 1977) y Victoria Manachian (abocada a la búsqueda de su hermano Alfredo, desaparecido desde 1974), decidieron impulsar la creación de la agrupación Familiares de Detenidos-Desaparecidos de origen armenio. Las políticas oficiales de Memoria, Verdad y Justicia ofrecían un contexto favorable para no caer en el desánimo. Sin embargo, la idea surgió accidentalmente en 2006, puertas adentro de una clase de idioma armenio en la Asociación Cultural Hamazkaín. Uno de los alumnos, regresado al país de su exilio en Francia desde 1974, le planteó a Victoria por qué razón la placa erigida en la UCA no podía ser apreciada en un lugar más visible, junto al Monumento a los Mártires de 1915, en el principal templo religioso de los armenios. Enseguida arreciaron las manifestaciones de apoyo. Primero fue un vecino solidario de “Pompeya no

olvida” y siguieron las Madres de Plaza de Mayo de la Línea Fundadora, Abuelas de Plaza de Mayo y Hermanos de Desaparecidos y hasta la Iglesia Armenia se sumó otorgando una subvención.

La porfiada batalla emprendida por los familiares contra la impunidad recibió el más decidido respaldo por parte del Estado argentino el 13 de diciembre de 2006, cuando el Congreso votó en forma unánime el reconocimiento del primer genocidio del siglo XX –un paso que había dado por primera vez en todo el mundo el Parlamento uruguayo en 1965-, a través de la sanción de la Ley de Tolerancia y Respeto entre los Pueblos. La norma fue promulgada el 11 de enero de 2007 por el Poder Ejecutivo, entonces a cargo de Néstor Kirchner.

*“Por esa vinculación teórica y práctica que reclamamos como argentinos descendientes de armenios y, por lo tanto, como seres humanos doblemente agredidos por el partido de la muerte, de aquí o allá, hemos asumido el compromiso de trasponer los estrechos límites del gueto e instalarnos protagónicamente, por derecho propio, en el amplio escenario que nos toca vivir”,* asevera el escribano Gregorio Hairabedian en su libro *Recordar opinando* –publicado por Ediciones CICCUS en mayo de 2014-, para trazar un paralelismo entre las tragedias sufridas por los pueblos armenio y argentino. Y amplía la idea: *“¿Acaso sería posible desconocer causas comunes en los genocidios? Quizá una de ellas, la de mayor aceptación, sea la doctrina de la solución final, consistente en la eliminación física del enemigo real o potencial, que los imperialismos, destacadamente el nazi fascismo, adoptan y pusieron en práctica para desbrozar los caminos conducentes a su dominio absoluto”.*

Hairabedian es el principal referente de la Fundación Luisa Hairabedian, que se basó en los Juicios por la Verdad de los crímenes sistemáticamente ejecutados por el gobierno de facto en la Argentina en el período 1976/1983 y por la Triple A antes del golpe cívico-militar, para promover una investigación similar por el “Derecho a la Verdad” acerca de la suerte corrida por sus familias paterna y materna en los sucesos de exterminio del pueblo armenio, que tuvieron lugar en Anatolia occidental, bajo la jurisdicción de la Turquía imperial y republicana.

Poco antes de morir en un accidente automovilístico, la abogada Luisa Hairabedian, hija del escribano, trabajó intensamente en calidad de co-patrocinante para elevar la presentación judicial. En primera instancia, la Cámara Federal de Apelaciones ordenó la intervención del Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 5, Secretaría 10, a cargo, interinamente, de Gabriel Cavallo. El juez denegó la demanda,

pero la apelación por parte de la familia Hairabedian logró que la causa fuera retomada por el Juzgado de Primera Instancia ejercido por Norberto Oyarbide.

Las trágicas deportaciones ordenadas por los gobernantes turcos, que diezmaron a la familia Hairabedian desde 1915 hasta 1923, inspiraron una obra de teatro escrita por Claudia Piñeiro, a partir de los relatos que escuchó atentamente de boca de su amiga de la infancia, Luisa Hairabedian. En *Un mismo árbol verde*, esa pieza llevada a salas porteñas por el director Manuel Iedvabni, la autora crea una ficción basada en la contundencia de los hechos reales, en la cual una familia armenia encuentra refugio en la Argentina portando todos los traumas causados por las atrocidades padecidas en los montañosos territorios desplegados alrededor del bíblico monte Ararat. Aquí, en el país que los acoge con los brazos abiertos y vislumbran como lugar de una resurrección posible, repentinamente vuelven a estar cara a cara con el horror, desde el brutal momento en que los represores les atestan otro golpe devastador. A la nieta de la abuela sobreviviente le espera la terrible secuencia de secuestro, cárcel y tortura.

"*iTurkere iegán!*" (*iVinieron los turcos!*) se escucha en uno de los pasajes de la obra de Piñeiro, que protagonizaron las actrices Marta Bianchi y Noemí Frenkel (más tarde reemplazada esta última por Silvia Kalfaian). El grito desesperado remite a la reacción visceral que tuvo, en el plano de la realidad, la abuela materna de Anahit Aharonian, militante del grupo Tupamaros desde los años 60, cuando miembros de las Fuerzas Armadas irrumpieron en su casa de Montevideo en 1972.

Paradójicamente, entre esos represores que se dedicaron a revisar, golpear y destruir todo lo que pudieron, se encontraba el teniente del ejército Antranig Ohanessian Ohanian (uno de los más feroces torturadores, escudado en sus apodos "Turco", "Antonio" y "Babosian"), hijo de sobrevivientes del genocidio armenio como Anahit y hasta uno de sus amigos durante la infancia. Poco tiempo después, Anahit pasó a engrosar la lista de desaparecidos de la dictadura de Juan María Bordaberry y resistió a múltiples torturas y humillaciones desde 1973 hasta 1985. Hoy ejerce su profesión de ingeniera agrónoma y docente mientras trabaja en la Construcción Colectiva de la Memoria y la Defensa de los Derechos Humanos. En cambio, su verdugo armenio está detenido.

En su tesis *El Ararat en la geografía de la memoria*, presentada en el marco de las IV Jornadas de Estudio sobre Genocidio –que se llevaron a cabo en octubre de 2004 en Buenos Aires–, la doctora Brisa Varela, tam-

bién docente en Historia, sostuvo que *“la memoria social de los lugares adquiere especial relevancia cuando el colectivo social lo resignifica, en el contexto de episodios traumáticos. Tal el caso de la Cordillera chilena para los exiliados durante la dictadura de Pinochet, de los Pirineos para los exiliados españoles republicanos, del monte Sion para los judíos o el monte Ararat para los armenios tras el genocidio. En estos casos, esos lugares se resignifican, asignándoles sentido reivindicatorio”*.

En el caso argentino se podría afirmar que las víctimas descendientes de armenios no fueron perseguidas por su origen étnico. La represión no demostró una especial animosidad contra ellos como las notorias manifestaciones de antisemitismo expresadas por los torturadores en perjuicio de los detenidos de confesión judía. En cuanto a los armenios, los *“anhedatsadzner”* (*“desaparecidos”*) fueron victimizados por sus compromisos políticos y sus convicciones ideológicas más que por cuestiones raciales, étnicas o religiosas.

La ruptura de la coraza de silencio que se impuso a la comunidad armenia durante décadas dio lugar a nuevas consideraciones teóricas, políticas y éticas acerca del rol de la diáspora en sus distintas dimensiones: su inserción en la sociedad argentina, la vinculación de la comunidad con la República de Armenia y las relaciones intercomunitarias a miles de kilómetros de la Madre Patria.

Las contradicciones afloran en este escenario de debate. Ese cúmulo de luces y sombras alcanza a los propios familiares de los desaparecidos, muchos de los cuales optaron por tomar distancia del tema más doloroso que les tocó padecer desde los años 70. Hay quienes prefieren resguardarse en el olvido o hasta admiten sin rodeos su posición contraria al rumbo adoptado en su momento por ese ser que quedó en el camino, cristalizado en un tiempo que consideran demasiado lejano.

En las páginas de su libro *El primer genocidio del siglo XX. Regreso de la memoria armenia* (de Editorial Planeta), Rita Kuyumciyan –licenciada en Psicología y magister en Psicoanálisis– advierte sobre dos vertientes antagónicas del silenciamiento: por un lado, el que imponen los victimarios y, por otro, el de las víctimas, consecuencia del dolor y la indefensión provocada por el plan irracional de exterminio.

Es que, de tan peligroso, el camino del negacionismo puede dar lugar a un trauma indecible, intransmisible e interminable. Sin justicia, las consecuencias del genocidio siguen teniendo vigencia y hasta la decisión de reflotar estas historias como si no fueran actuales también perfila una forma de negacionismo.

*El autor*

**L**a puerta de entrada no resistió. Los golpes secos de borceguíes y culatazos reventaron la cerradura que voló por los aires. Un torbellino de adrenalina, gritos y nerviosismo invadió el chalet del Barrio Villa Pueyrredón en Córdoba. Volaron muebles, papeles, cajones. Hubo gritos. Dieron vuelta las camas, abrieron los placares, revisaron hasta la heladera y el lavarropas. Destruían todo a su paso. En la habitación del fondo, una anciana muy arrugada con la mirada seria y un dolor infinito en su rostro esperaba sentada en su mecedora aquello que parecía inevitable. El represor de la patota del Tercer Cuerpo del Ejército a cargo de Menéndez abrió la puerta de un golpe y desde allí le apuntó con el fusil automático liviano (FAL) de fabricación argentina directo a la cabeza de la anciana y le gritó *"¡Al suelo vieja de mierda!"*.

*"Turkere iegán" "Turkere iegán"* gritó la *medzma* (medzma: abu, medz mair: abuela) en un armenio ancestral. Ese grito retumbó en todos los rincones de la casa y un eco resonó también en su casa construida con piedras en Tomarzá, Kayserí, de donde había sido echada a patadas por soldados turcos durante el genocidio armenio. *"Llegaron los turcos, llegaron los turcos"*. Más de 15.000 km de distancia, más de 40 años y el mismo horror genocida. Militares genocidas turcos o argentinos, es lo mismo, persiguiendo y exterminando a los ciudadanos que en teoría debían proteger. La historia de los genocidios se repite en paralelo aunque sea en lugares y tiempos históricos distintos. Hubo veintidós descendientes de armenios desaparecidos en distintos circuitos represivos del país. Uno de ellos fue en Córdoba, dentro del Tercer Cuerpo del Ejército a cargo del genocida Luciano Benjamín Menéndez. Muchos casos, entre ellos descendientes de armenios, fueron juzgados por crímenes de lesa humanidad que llevan adelante los tribunales argentinos desde el 2003 y donde ya se han juzgado más de 554 represores encontrando así por primera vez una instancia de justicia por los horrores sufridos.

A lo largo de las últimas décadas, Argentina ha desarrollado mecanismos de acceso a la verdad y la justicia como forma de lucha contra la impunidad por crímenes de lesa humanidad y genocidio. Como producto de ello, un hecho sin precedentes a nivel internacional tuvo lugar en los tribunales de Buenos Aires.

Se trata del primer juicio por la verdad del genocidio armenio inspirado en la lucha de los familiares, víctimas y sobrevivientes de los crímenes de la dictadura argentina. En el año 2001, un hijo de sobrevivientes del genocidio armenio nacido en Argentina presentó junto a su hija abogada militante de derechos humanos (mi madre), una demanda judicial para que un juez argentino investigara el genocidio armenio en el marco de un Juicio por la Verdad. Este mecanismo judicial novedoso fue creado como una vía de acceso a la verdad y la justicia por parte de las víctimas y organizaciones de derechos humanos argentinos para sortear los obstáculos de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final y tener así posibilidad de conocer la verdad acerca de lo que había ocurrido con sus seres queridos desaparecidos durante la dictadura militar. Así, en 2011 un juez federal determinó por primera vez en la historia a nivel mundial en un fallo sin precedentes que el pueblo armenio fue víctima del crimen de genocidio ejecutado y planificado por el estado de Turquía entre 1915 y 1923. Uno de esos casos fue el de la *medzma*.

En 2016, un tribunal oral federal argentino de la ciudad de Córdoba condenó a prisión perpetua a los militares genocidas del Tercer Cuerpo del Ejército por los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el terrorismo de estado. 1915-1976-2016: cien años de historia. Si el paralelismo de los crímenes de genocidio no reconoce fronteras ni límites históricos, la justicia y la lucha contra la impunidad, la memoria y la verdad tampoco. La *medzma*, ahora sí, hoy, descansa en paz.

**Federico Gaitan Hairabedian**

Abogado querellante en la Causa ESMA  
y presidente de la Fundación Luisa Hairabedian.



## Alfredo Manachian

A excepción de su avenida principal, hoy llena de restaurantes, tiendas de marcas de moda y bancos, Valentín Alsina era la misma barriada desmejorada que persiste hasta la actualidad. Ese enjambre de casas bajas pobladas por obreros, talleres y fábricas pegadas al Riachuelo fue la humilde porción del partido de Lanús que recibió a Sourén Manachian cuando llegó a la Argentina desde su Líbano natal. El punto de encuentro de los armenios de la zona era el club Jachikian, un incipiente centro de la actividad comunitaria que funcionaba al lado de la iglesia Surp Hagog, a pocas cuadras de la primera casa de los Manachian, en la calle Colombia.

En su nuevo terruño, Sourén conoció a Cristina Tsourepanian, una mujer que ya desde Grecia traía notables inquietudes intelectuales. Cristina se dedicó a la docencia de la cultura armenia en Valentín Alsina y desde el primer momento transmitió ese amor por las letras y el pensamiento propio a sus cuatro hijos. En esos tiempos irreconciliables de "tashnag" (como se conocía popularmente a los partidarios de la Federación Revolucionaria Armenia) y "hamainavar" (comunistas), los Manachian se inclinaban decididamente en favor de la Armenia soviética.

Pero la limitada instrucción de Sourén provocaría más de un conflicto. Manachian padre solía maltratar por igual a su esposa e hijos, aunque se ensañaba especialmente con Alfredo, que había nacido en Buenos Aires en 1941. Para el mayor de los hijos, sus hermanas Victoria, Elisa y Beatriz era cosa de todos los días esperar con su madre la llegada de Sourén a la casa y soportarlo a los gritos, insultando en turco, después de su jornada de trabajo en el taller Jone en el barrio de Barracas.

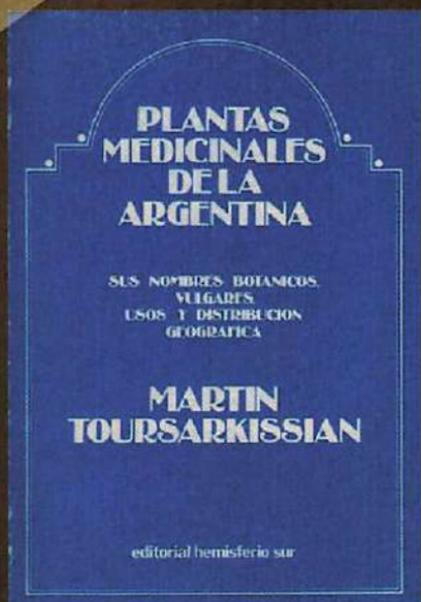
Esa atmósfera hostil que se respiraba en la casa de Valentín Alsina empujó a Alfredo a hurgar nuevos horizontes. La primera prueba fue

una audaz fuga por unos días con su amigo Juancito, el hijo de los propietarios polacos de un inquilinato de la calle Lafayette. A esa humilde vivienda colectiva del barrio de Barracas se habían mudado los Manachian después del nacimiento de Victoria y Alfredo. Sus padres volvieron a tener noticias del paradero de Alfredo recién cuando regresó a casa, después de haber soportado tres semanas sin ninguna noticia. Los dos amigos habían abordado un tren de larga distancia en Retiro y bajaron en la estación de la ciudad de Córdoba, donde a Alfredo le encantaba pasar unos días. Es que allí recibía todo el afecto que necesitaba por parte de sus tíos y primos. Pero la travesura le costó demasiado caro: Sourén se enojó tanto que lo golpeó con terrible violencia ante los aterrorizados ojos del resto de la familia, mientras lo agredía con todos los insultos en turco posibles. Cristina no pudo hacer nada para evitar el castigo. Fue una bisagra.

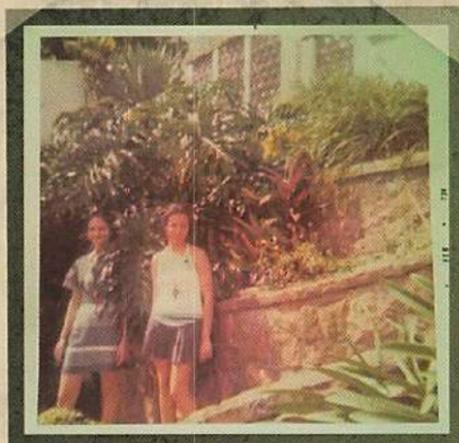
A partir de ahí cambió definitivamente la personalidad de Alfredo. Le costaba demasiado estudiar en el colegio secundario y la relación con su padre se tornó cada vez más fría, distante. Eran conductas llamativas en ese adolescente emprendedor que siempre había demostrado una gran facilidad para estudiar y aprender. Después de vivir 15 años en Barracas, los Manachian decidieron regresar a Valentín Alsina. Alfredo prefirió completar sus estudios en la escuela Lafayette, donde había empezado. Para eso, se animaba a viajar solo desde Alsina hasta Barracas en el tranvía 20. Finalmente, completó el colegio con un sistema acelerado, rindiendo libre las materias. Además, se había recibido de técnico en radio y televisión.

A partir de 1970, cuando se casó con Nélide Ramos, Alfredo adaptó en su nueva casa de Bernal un taller de fotografía, que después trasladó a la esquina de las avenidas Rivadavia y Valentín Alsina (actual Juan Domingo Perón), en Alsina. También se hacía tiempo para estudiar en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA. Alfredo se notaba a gusto una vez retornado al barrio de su infancia. Con su esposa Nélide se instaló en una casa de la calle Colombia, a dos cuadras de la histórica vivienda familiar, donde residían sus tíos. Por su parte, los padres y las hermanas vivían a unas quince cuadras de allí, en una casa de la calle Callao muy grande y confortable, un marcado contraste con la casilla de chapas, extremadamente humilde, donde la familia dio sus primeros pasos.

*“Recuerdo muy bien a mi hermano cuando se casó. Se lo veía completamente enamorado. La fiesta fue en la casa de la familia de ella en Bernal. Pero mi papá no quiso ir. Alfredo estaba obsesionado con tener*



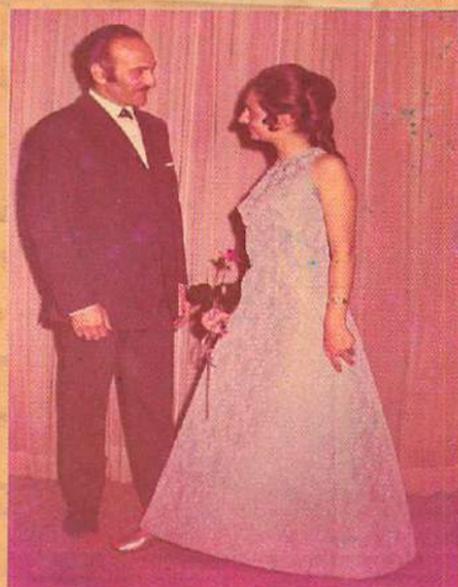
Portada del libro  
"Plantas medicinales de la Argentina"  
escrito por Martín Toursarkissian



Angélica Beatriz "Betty" Toundaian y  
Valentina Keheyan  
en febrero de 1973. Ambas están  
desaparecidas



Valentina Keheyan (en el centro) y Betty Toundaian (abajo, a la derecha) en noviembre de 1971, con sus compañeros del colegio armenio San Gregorio El Iluminador. A la izquierda, Diana Dergarabetian, actual coordinadora general de Redacción del semanario comunitario "Sardarabad"



Betty Toundaian durante su fiesta de 15 años con su tío Arturo Chipian



Betty Toundaian  
con su padre,  
Hagop "Pocho" Toundaian



Angélica Beatriz Toundaian



Certificado del curso de Derecho  
Internacional Público que Juan  
Carlos Abachian realizó  
en la Universidad Católica  
de Mar del Plata



Un paseo familiar por el Zoológico porteño  
en 1965. Arriba, de izquierda a derecha:  
Rosita Chipian y Sofia Toundaian (tías de Betty),  
Alejandro Chipian (primo) en brazos  
de una empleada de la familia, Arturo Chipian  
y Betty Toundaian. Abajo: Jorge Toundaian  
(hermano de Betty) y Eduardo Chipian  
(hermano de Alejandro)



Juan Carlos Abachian, en el centro,  
con sus hermanos  
Miguel Ángel y Marta



Juan Carlos Abachian frente a la playa Bristol de Mar del Plata  
un verano de principios de la década del '70



Juan Carlos Abachian  
con sus abuelos maternos



Juan Carlos Abachian en sus tiempos de rugby  
de Mar del Plata Day School

REPUBLICA ARGENTINA  
POLICIA FEDERAL

Cédula de Identidad N° 5.760.040



CONTROL  
N: 00.826.684

DIGITO PULGAR DERECHO



NO FIRMA AUN

FIRMA INTERESADO

Cédula de Identidad de Elena Kalaidjian tramitada  
en 1959, cuando tenía 4 años de edad



propio mío  
al querido tataro  
que no sabría  
dejar de suavito

Elena

18 junio  
1961

Tarjeta dedicada de puño y letra por Elena Kalaidjian  
en 1961 (cuando tenía 6 años) a su padre Esteban

FORMA 3

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION  
**COLEGIO SECUNDARIO  
 CANBAZYAN**  
 IN TUTO INCORPORADO  
 A LA ENSEÑANZA OFICIAL  
 ESTABLECIMIENTO

**BOLETIN DE CALIFICACIONES**

Alumno: Valentin Alsina

GRANSAO	DIVISION	TUSO
322	H	H

CURSO ESCOLAR 1970

ORGANIZACION ESCOLAR S.R.L.  
 6 de Mayo 2320 - B.A. - P.A.      Buenos Aires, Argentina

Boletín de 3° año del colegio secundario  
 Canbazyan (Colegio Jrimian, en Valentín Alsina),  
 al que Elena Kalaidjian  
 asistía en 1970

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

**Facultad de FILOSOFIA Y LETRAS**

Carrera: LETRAS 5

CODIGO DE IDENTIFICACION DEL ALUMNO

73	23	1340
ALC	PAULINO	AL

LIBRETA UNIVERSITARIA DE  
 KALAJDJIAN Elena



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FIRMA DEL ALUMNO

FIRMA DEL SUPERVISADO

Buenos Aires, 16 de Agosto de 1970

16 Años

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Apellido: KALAJDJIAN

Nombre: Elena

Nacido el 30 de noviembre de 1954  
 en Bou. de Bo. de

Procedente de Inst. Priv. "Canbazyan"  
de Valentín Alsina - buca -

Doc. Nat. Id. (Nº CÍRULO MILITAR Y DE MATRÍCULA INDIVIDUAL)

Cédula de Identidad 5760040 Fed  
 (Nº Y JERARQUIA DE POLICIA QUE OTORGÓ)

Pasaporte N.º \_\_\_\_\_

Domicilio en Juan Manuel 2286

Localidad Valentín Alsina  
 T. E. 208-3530

NOTA: Esta libreta constituye un documento interno de la Universidad que acredita al alumno como tal ante sus autoridades organizacionales.

NOTA: Anticipo de cédula de identidad para uso interno de la Universidad.

Libreta Universitaria de Elena Kalaidjian. Cursaba la carrera de  
 Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA

*un hijo, pero lamentablemente Nélide no pudo quedar embarazada. A pesar de que lo noté tan feliz cuando se casó, él siempre había querido conocer a alguna chica de origen armenio. Pero teníamos muy poca relación con la colectividad*", cuenta Victoria Manachian en el silencioso living de su departamento del barrio de Pompeya.

El ingreso de Alfredo a la Universidad coincidió con el inicio de su militancia política en el Partido Comunista, una vocación que abrazó apasionadamente y sin medias tintas. Esa decisión no fue acompañada por su esposa. Es más: cada vez que Victoria se encontraba con su cuñada para dar un paseo por la ciudad ya asediada por el terror de la represión de la Triple A, la esposa de Alfredo se quejaba y le hacía saber a viva voz en lugares públicos que no soportaba más la complicada relación con Alfredo. Entre los recuerdos más recurrentes de Victoria quedó fijada una salida a un cine del centro porteño, cuando notaron que un mismo hombre fornido, de bigotes y pelo cortado al ras, las había seguido en Galería Jardín, la calle Florida y el colectivo de regreso a Valentín Alsina. Pese al riesgo latente, Nélide volvió varias veces a quejarse a los gritos.

En la madrugada del 15 de noviembre de 1974, varios automóviles Ford Falcon verdes rodearon la manzana de Colombia 1943 en Valentín Alsina, y una patota de la Triple A con armas largas irrumpió en la casa de Manachian. Los represores —años después, de ese grupo de veinte represores serían identificados Jorge Conti, Carlos Villone, Julio Yessi y Rubén Pascuzzi— secuestraron a Alfredo y a su esposa Nélide. También se llevaron, maniatados y con los ojos vendados a Carlos Tachella, Roberto Leonardo y su mujer embarazada, Silvia Nieves Negro, estudiante de tercer año en la Facultad de Medicina. Victoria y sus padres se enteraron del operativo el mismo día a través de la vecina gallega de Alfredo, que vivía en la casa de adelante. Otro llamado les avisó que Nélide Ramos estaba presa en la Comisaría de Villa Industriales, en el partido de Lanús. Hasta allí corrieron desesperados Victoria y sus padres. Se encontraron con Nélide, pero no pudieron saber nada sobre Alfredo. Silvia Nieves Negro y Nélide Ramos fueron trasladadas a la Comisaría de Lanús, al centro clandestino de detención Pozo de Banfield y al penal de Olmos, donde se legalizó su situación. Las dos mujeres lograron sobrevivir, pero nada más se supo de Manachian, Leonardo y Tachella.

Cuatro décadas después, en su declaración ante la Fiscalía Nacional en lo Criminal y Correccional N° 3, a cargo de Eduardo Taiano, la médica pediatra Silvia Nieves Negro —actualmente radicada en Arrecifes, provincia de Buenos Aires— declaró sobre ese lejano día de terror, sin

abandonar el tiempo presente en su relato: *“Los miembros de la Triple A ponen una máquina de escribir y nos preguntan nuestros datos personales mientras se empiezan a repartir las cosas que había en la casa”*. En mayo de 1975, Nieves Negro fue conducida hasta el Policlínico San Martín de La Plata donde dio a luz a su hijo Roberto, esposada a la cama y vigilada por agentes del Servicio Penitenciario. De regreso en la cárcel de Olmos, tuvo que criarlo en medio de las pésimas condiciones de salubridad en una maternidad clandestina, hasta que en 1976 logró entregarlo a su familia. Silvia recuperó la libertad en 1977. Recién en 2005, cuando su hija violinista se preparaba para brindar un concierto en el teatro Colón, Victoria pudo reencontrarse con Silvia Nieves Negro y reconstruir los últimos momentos en cautiverio que padeció su hermano. Más tiempo todavía pasaría hasta que Silvia volviera a tomar contacto con Nélide Ramos: fue en junio de 2016, en ocasión de declarar en el juicio por los crímenes de la Triple A.

Cada vez que piensa en su hermano desaparecido, Victoria recupera una imagen recurrente, que muestra a Alfredo en el terreno de la parte de delante de la humilde primera casita de Valentín Alsina, donde él acababa de colgar del árbol una hamaca precaria, construida con una tabla y dos alambres. Otros recuerdos fuertes que vuelven una y otra vez a la memoria de Victoria rescatan las caminatas de los hermanos con sus zapatos descosidos por la calle de tierra Santo Domingo para llegar hasta la escuela primaria de Barracas. *“Caminemos en hilera para que no se note”*, era la consigna. En esas postales añoradas también se cuelan las actividades solidarias en la iglesia Sagrado Corazón, los útiles escolares y guardapolvos impecables que repartía el Gobierno y los trenes repletos de chicos de Constitución a Mar del Plata, para arrancar las colonias de vacaciones en Chapadmalal durante el primer gobierno de Perón. *“Estábamos ansiosos por disfrutar del mar y la playa, todo un desahogo para nosotros”*, cuenta Victoria.

La hermana de Alfredo no oculta su amargura por los desencuentros familiares: *“Pese a todo lo mal que se llevaron siempre, mi papá recién pareció entender a mi hermano una vez que se lo llevaron y desapareció. Era increíble ver con qué fuerza y decisión recorrió distintos lugares para recabar información, presentar hábeas corpus y contactarse con gente que podía llegar a saber algo. Pero fue inútil. Murió en 2002 con 91 años y mamá en el 96, con 82 años”*.

La violinista María Cristina Kasem Manachian reivindica la vida tortuosa y cargada de ideales que le tocó a Alfredo: *“Él era matemático y*

*fotógrafo de arte, creador de Foto Arte Aram. Luchó por sus ideales y por decir lo que pensaba. Fue eliminado por haber soñado con un país más justo. En Pozo de Banfield hubo gente que escuchó sus lamentos de agonía por la tortura. Finalmente, cuando ya no daba más con sus compañeros, los sacaron y los fusilaron. Los cuerpos nunca aparecieron". Sin embargo, la hija de Victoria prefiere recordar a su tío observando seguido una foto tomada el día de su boda, donde lo encuentra "bello y luminoso".*

El escritor Dalmiro Suárez, compañero de militancia de Manachian en el PRT-ERP, describe a Alfredo como *"militante popular y revolucionario, un soñador de la revolución, callado, serio, solidario y siempre dispuesto. Fue un hombre que desde las sombras de la clandestinidad hizo brillar una idea de luz que hoy nos ilumina la vida. Parecía un ser extraterrestre y los más cercanos lo llamábamos 'Plato volador'"*.

**“Turkere iegán”,** grita la abuela de Anush en la obra teatral *Un mismo árbol verde*.

*“Vinieron los turcos”* exclama, porque *“sabe que Der Zor o el pozo de Banfield son un mismo desierto”*. Aterrada, la medzma atestigua e instaura la Verdad desde el Sufrimiento. La anciana, precozmente violentada por el Estado genocida turco-otomano recibe otro feroz embate, ahora del terrorismo del Estado argentino.

Sobrevivientes del Horror, los abuelos testimoniaron contra el Olvido Planificado.

Los detenidos-desaparecidos de origen armenio asumieron el recado y lo resignificaron. Entendieron que la historia familiar los impulsaba a bregar por sociedades igualitarias y humanistas.

Y en cada persona y pueblo estigmatizado, desheredado, masacrado reconocieron a sus abuelos. Por ello lucharon por superar el orden capitalista y, al optar por los sufrientes, fueron objetivos de las clases dominantes y su Estado terrorista.

La historia del Genocidio de armenios los interpeló y ellos honraron el compromiso con sus ancestros. Expresaron que el pasado no debe representarse sólo con sus propias imágenes. Que existen figuras que lo recrean en distintos presentes.

Y en la forma de ejercer la Memoria modelaron las Utopías que persiguieron y nos legaron.

Gabriel Sivinlan

Licenciado en Sociología (UBA) y profesor de Sociología y de Historia.



## Amanda y Rosa Assadourian

El azaroso destino que truncó las vidas jóvenes de Amanda Lidia y Rosa Estela Assadourian resuena como el epílogo de una historia de pérdidas que empezó mucho antes y muy lejos de la ciudad de Córdoba, donde habían nacido y residían las dos hermanas hasta su desaparición en 1976. Pero también había una herencia muy marcada de ideales, luchas y perseverancia. El martirio de la familia había empezado en 1915 en el *vilayeto* (provincia) de Kharpert, parte de la Armenia histórica ocupada por el Imperio Otomano, cuando Assadour Hagopian fue detenido violentamente por parte de las tropas turcas dedicadas a dar forma a la limpieza étnica del pueblo armenio. Sin el más mínimo sentimiento de piedad por parte de los opresores, el abuelo de Rosa, Amanda y sus ocho hermanos fue arrojado al río Tigris con las manos atadas a la espalda junto a miles de sus compatriotas.

Así empezaba el calvario de la abuela Tania junto a Dikrán y Hagop, sus dos hijos menores. De un día para el otro, la pequeña curtiembre familiar instalada detrás de su casa pasaba a ser parte del pasado. Assadour había forjado allí sus sueños más ambiciosos, al tiempo que fabricaba zapatos y se especializaba en la confección de botas para el ejército. Pocos días después, Tania tuvo la audaz idea de reclamar por la liberación de un familiar detenido. Su osadía costaría demasiado caro. En el patio de la prisión, mientras esperaba vanamente una respuesta, la desesperada



mujer y su hijo Hagop -al que sostenía en brazos- fueron atravesados por la bayoneta de un guardia. Dikrán quedó absolutamente solo en el mundo. Sin documentos y apenas cobijado por un *pashá* turco amigo de su padre, fue anotado con el sufijo "ian" incorporado al nombre de su padre y adoptó el apellido Assadourian. Permaneció en la zona sin dejarse ver demasiado y aprendió el oficio de mecánico. Los pocos vecinos a los que frecuentaba en esa época de exiliado en su propia tierra los rebautizaron *nor kluj* (nueva cabeza) por su inteligencia y facilidad para asimilar nuevos conocimientos.

En 1921, Dikrán Assadourian fue contactado por un periodista de Estados Unidos ávido de recabar datos sobre el genocidio armenio. Recorrieron juntos la región en un auto, hasta que fueron tomados prisioneros. El visitante norteamericano fue rescatado por la Embajada de su país en Turquía y su amigo armenio quedó preso en Estambul.

En la gran urbe diseminada entre Asia y Europa, Dikrán pudo reencontrarse con su hermana Marush, su cuñado Aarón y su hija Ángel. Marush asistía a decenas de niños sobrevivientes de la masacre rescatados en el Orfanato del Socorro Católico. Desde esa institución, apoyada por el embajador de Francia, Marush consiguió que las autoridades turcas extendieran una autorización especial para conmutar la pena y salir del país. Pero además de Dikrán, estaba detenida una de sus hermanas y el permiso apenas contemplaba la posibilidad de emigrar para uno de ellos. La madre decidió dejar a su hija de cinco años al cuidado de las monjas católicas. Dos años más tarde, tanto Dikrán como su hermana lograrían embarcarse en un puerto de Turquía rumbo a Marsella antes de seguir viaje en vapor hasta Buenos Aires.

Dikrán no llegó a deslumbrarse por las luces porteñas en el efímero tiempo que trabajó como chofer de taxi. El gran escollo era el idioma pese a que, además del armenio, dominaba el inglés (lo había aprendido en la Escuela Americana de Kharpert), francés, alemán, turco y kurdo. Pero el español era para él un mundo desconocido. Accidentalmente se enteró que el Consulado de Gran Bretaña en la ciudad de Córdoba ofrecía puestos de trabajo en el Ferrocarril y facilitaba la adquisición de un terreno en las inmediaciones de la vía férrea. Dikrán no lo pensó demasiado. Se mudó a la capital cordobesa, donde fue recibido por los Margarian, Simonian y Avakian, familias pioneras de la colectividad armenia. Con su esposa Rosa Margarian, con quien se casó en 1929, Dikrán Assadourian compartió siete décadas de su vida de obrero ferroviario especializado como soldador. Lo desbordaba el orgullo cada vez que contaba que había

trabajado en la extensión del Ferrocarril Trasandino hasta Chile, ya que se trataba de la primera ruta que había transitado San Martín para liberar el continente americano.

Durante ese largo derrotero interrumpido en el año 2000, cuando murió a los 102 años de edad, Dikrán recordaba recurrentemente las palabras claves que había escuchado de boca de una docente de la Escuela Americana de Kharpert, una suerte de letanía que no dejaba de resonar con fuerza en su memoria: *“Argentina es un lejano país de América que se independizó, se convirtió en una nación moderna y democrática”*. Dikrán solía asimilar al “héroe” San Martín que le habían mencionado durante su niñez con la figura del general armenio Antranik. *“No sólo le atraía ese país porque ofrecía prosperidad material sino también por ser afín a las ideas por las cuales habían matado a su padre”*, sostenía Alberto Assadourian, el hijo de Dikrán y hermano de Amanda y Rosa.

Alberto sentía una fascinación especial cada vez que acompañaba a su padre, ya octogenario y jubilado, a la herrería que atendía, siempre ataviado con su overol de ferroviario. De alguna manera, los diez hijos de Dikrán se sentían parte de esa gran familia de la Unión Ferroviaria a la que adhería su padre, ya que habían cursado estudios en el Politécnico del Ferrocarril. La cultura del trabajo y el esfuerzo atravesaba a todos por igual. *“La vida hay que vivirla con rectitud junto al pueblo con el que uno convive”*, era una de las frases de cabecera que el patriarca repetía a sus herederos. También les insistía con el significado central que seguía teniendo Armenia en su imaginario, a tal punto que para los hijos Kharpert se había transformado en un lugar añorado como ningún otro, un paraíso perdido donde las sandías, los repollos, los tomates, los pepinos y las berenjenas eran inmensos. Para ellos, todo lo que se producía y la gente eran recuerdos maravillosos. Alberto sentía una gran pena cada vez que su padre manifestaba el deseo de volver a Kharpert pero no terminaba de concretar ese viaje soñado, hasta que un día encontró el pasaporte que le había permitido a Dikrán salir de Turquía y entendió la razón de fondo de esa actitud indecisa: una inscripción ordenaba en forma tajante: *“No puede regresar nunca más”*.

La vocación solidaria frente a las luchas sociales era una de las marcas distintivas de Dikrán. Ese espíritu combativo lo llevó a tomar parte de las organizaciones políticas de Córdoba afines con la clase obrera, se afilió al Partido Comunista y adhirió fervientemente a la República Soviética de Armenia. El vínculo más estrecho con su Madre Patria lo mantuvo a través de un fluido intercambio epistolar con sus familiares.

Bajo el título *El adiós al compañero Dikrán Assadourian*, el periódico de Buenos Aires *Nor Seván* despidió al patriarca familiar en su edición de junio de 2000: *"Se fue sabiendo lo que su hijo le había asegurado: ochenta años después del genocidio, su casa de Kharpert estaba igual que entonces. Se fue a horas del 1 de mayo, un día que lo simbolizaba. Se fue, pero no. Nos quedan sus investigaciones sobre historia armenia hechas folletos, su familia, sus hijos y nietos, herederos de una vida enorme. Y, por sobre todas las cosas, nos queda el ejemplo, ese que se da con los hechos y no con las palabras. El que nos dio Don Dikrán, nuestro compañero, el compañero de todos"*.

El tesoro más valioso que le habían enviado al anciano Dikrán desde Guirovágán habían sido los libros. No fue casual que "Aru", como llamaban en el seno familiar a Rosa Estela, se hubiera transformado en una experta en la administración de librerías. Después de haberse recibido en el colegio secundario Jerónimo Díaz de Cabrera, completó un curso de especialización en España y al retornar a Córdoba se destacó como empleada de Nubi, una de las librerías universitarias más prestigiosas de toda la provincia. Dos décadas después de la desaparición de Rosa, Alberto seguía teniendo muy presente cada rasgo de su hermana. La describía como *"extraordinariamente tímida, completamente rigurosa con su trabajo y con los compromisos que contraía con la gente, muy efusiva y apasionada por los temas humanistas"*. Alberto conservaba el ejemplar de *El príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, que Rosa le había regalado con una dedicatoria manuscrita en 1962: *"Era como una segunda madre en todo, ya que vivía alentándome para estudiar o para todas las actividades que realizaba, como la de boy scout"*. Era una etapa feliz, que la familia Assadourian compartía en su casa de Alto General Paz, a una cuadra de la Iglesia y la sede de la Colectividad Armenia de Córdoba, donde el antiguo Barrio Inglés o Pueyrredón pasaba de a poco a popularizarse como "El barrio de los armenios".

El estallido del Cordobazo fue una bisagra para que Rosa saltara de su tranquila rutina como empleada de librería a los riesgos de la militancia, bajo el apodo de "Carmen", en el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el brazo político del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

En esos días agitados, los postres dulces (encabezados por los me rengues) formaban parte del reducido núcleo de placeres mundanos que Arus se permitía, a la par de la lectura de libros y la música. Desde el tocadiscos de la casa familiar sonaban seguido melodías armenias y de otros orígenes, como caribeño y africano. Rosa pasaba horas en la biblio-

teca de la casa, despuntando su pasión por la historia universal, política internacional, Orientalismo y Filosofía. Más adelante, mientras el clima social y político se iba enrareciendo, Rosa iba a considerar el estudio y análisis de los textos humanísticos como una contundente forma de resistencia al “oscurantismo” de la dictadura. Como podía, trataba de garantizar que los libros censurados y prohibidos estuvieran a disposición de la sociedad cordobesa, especialmente al alcance de los estudiantes universitarios. La lucha por el retorno de Perón al país tras dieciocho años de exilio ya movilizaba a multitudes en todo el país desde fines de los 60. En medio de ese clima de agitación, Rosa, Amanda y sus hermanos no se perdían una sola marcha de protesta contra los gobiernos militares de Onganía, Levington y Lanusse. Con quince años, Alberto estudiaba en el Colegio Monserrat y también se hacía tiempo para acompañar los reclamos gremiales de los trabajadores del diario *La Voz del Interior*, las asambleas que celebraba el Sindicato de Mecánicos y los preparativos del levantamiento obrero y estudiantil que desembocó en el Cordobazo en 1969.

Por su parte, Amanda sentía más afinidad por la poesía. Así fue como, a través de la menor de sus cinco hermanas, Alberto empezó a familiarizarse a sus nueve años con la obra de Nicolás Guillén, José Martí y César Vallejo. La permanente apertura de la familia hacia otras culturas, especialmente la amplia diversidad de expresiones latinoamericanas, no era un obstáculo para que los Assadourian participaran de las actividades que organizaba la colectividad armenia de Córdoba.

La instalación de la primera oficina de IBM en Córdoba empujó a Amanda a estudiar Computación, aún antes de completar el bachillerato. Esa especialización fue determinante para que fuera admitida como empleada en el Centro de Procesamiento Electrónico de Datos de Córdoba y luego fuera nombrada jefa de la repartición provincial de Catastro. Desde ese cargo jerárquico se sumó a la actividad sindical de los empleados públicos. *“Conmigo, además de haber sido una hermana muy bondadosa que brillaba por su carácter suave, Amanda se había transformado en una gran amiga. Ayudaba económicamente a toda la familia y nos daba una mano a los hermanos menores para que pudiéramos ir al cine y realizar distintas actividades. Con el fruto de su trabajo me compraba los útiles escolares”*, expresaba su gratitud Alberto dos décadas después de haber visto por última vez a sus hermanas.

La asunción de Cámpora al cargo más prominente del gobierno nacional en 1973 entusiasmó a miles de estudiantes, trabajadores y activis-

tas políticos con una efímera "Primavera". Era una coyuntura casi ideal para que los hermanos Assadourian se plegaran a la ilusión de una "Patria socialista". Las pasiones se habían encendido especialmente en el contexto del retorno de Perón al país. Festivales, peñas, actos políticos y culturales, aniversarios (como el del Cordobazo) eran citas a las que los Assadourian asistían con fervor militante. El panorama cambió drásticamente a partir de la muerte del anciano líder del Justicialismo en 1974. La primera luz de alarma para la familia Assadourian se encendió el mismo año, cuando una patota irrumpió en la casa del Barrio Inglés e intentó secuestrar a Alberto. El joven logró escapar por los techos, pero no llegaría muy lejos. Apenas quince días pasaron hasta que fue detenido con su hermano menor "Diko" (Dikrán) y alojado en una celda del Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba. La larga serie de tormentos y traslados para ambos se extendería por nueve años en unidades penitenciarias de Córdoba, Chaco, Rawson (Chubut), La Plata y Devoto, hasta que recuperaron la libertad en octubre de 1983. Cuando terminó de concretarse el golpe militar de 1976 -una amenaza latente desde la muerte de Perón el 1 de julio de 1974 y la toma del poder real por parte de López Rega y, desde las sombras, la Triple A y las fuerzas de seguridad-, era habitual que los jueves a la tarde y los sábados todo el día, Dikrán y sus hijas Aru y Amanda visitaran a su hermano Alberto en la Penitenciaría de San Martín. Le llevaban libros y alimentos y se enfrascaban en largas charlas durante las comidas y mateadas en el Pabellón de Detenidos. Tania, la mayor de las cinco hermanas, había realizado una presentación ante el Juzgado Federal N° 1 de Córdoba, para reclamar por la liberación del "estudiante secundario Alberto Assadourian, soltero, detenido desde el 17/9/74", pero no obtuvo respuesta.

Rosa tenía 32 años el 2 de abril de 1976, cuando fue secuestrada en la casa del barrio Alta Córdoba de su compañero Eduardo Castelo Soto, asesinado durante el sorpresivo operativo de un "grupo de tareas". Permaneció cautiva en el Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio La Perla y asesinada el 29 de abril de ese año con Jorge Elvijo Sánchez, en un enfrentamiento fraguado frente al Hospital de Clínicas. La familia pudo recuperar en la morgue sus restos. Estaba desfigurada por la tortura en La Perla y sólo los lunares de su cuerpo permitieron reconocerla.

Amanda militaba en el Partido Revolucionario de Trabajadores el 1 de marzo de 1976, cuando festejó los 29, su último cumpleaños. Poco más de tres semanas después -la madrugada del 25 de marzo-, fue se-

cuestrada junto a su pareja René Caro, Maximino Sánchez (dirigente gremial cercano a René Salamanca, líder de SMATA) y Luis Mario Finger en el barrio Villa Libertador de la capital cordobesa y trasladada al Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio Departamento 2 de Informaciones de la Policía de Córdoba. Su terrible calvario continuó en La Perla, antes de que se perdiera todo rastro sobre su paradero. Estaba embarazada. *“Cada vez que las recuerdo, me detengo en la imagen más fuerte que tengo grabada en mi mente: sus rostros muy dulces. En homenaje a ellas, bauticé a mi hija con sus dos nombres, Amanda Rosa”,* revelaba Alberto con nostalgia y orgullo, cuando ya todo ese fervor de época se había apagado brutalmente. *“Ya de muy chiquita me encontré con mi nombre en un libro de poemas de mi papá”,* arranca el relato de Amanda Rosa recubierto por un manto de melancolía y datos borrosos. *“Ese fue mi primer contacto con mi tía Amanda. Pero todo eso era atravesado por una confusión ¿un poema dedicado a quién? ¿Para mí? No, para mi tía, que se llamaba como yo. En voz alta, yo no era de hacer muchas preguntas. Percibía el dolor que rodeaba ese pasado y lo pensaba con gran cautela. No quería poner triste a nadie. Mi segundo nombre es Rosa. Aún menos de ella me hablaba mi papá. Mi razonamiento de adolescente llegaba a comprender que tenía dos tías desaparecidas. Que mis nombres remitían a ellas y que Amanda no era por la canción de Víctor Jara ‘Te recuerdo Amanda’. Una había quedado desaparecida y Rosa había caído en un enfrentamiento en la calle”.* Alberto Assadourian publicó el libro *Heridos de tu ausencia* y lo dedicó *“In memoriam de mis hermanas Aru y Amanda y de treinta mil angustias de la Patria”.*

La memoria de la hija de Alberto vuelve una y otra vez sobre una imagen en blanco y negro: *“En la foto del casamiento de mi tío Agopi (por Hagopíg, diminutivo de Hagop) aparecen mi papá -muy jovencito y serio- y los rostros difusos de mis tías alrededor de la mesa. Así también se mantuvieron para mí hasta hace poco sus vidas y su personalidad. Un manto de tristeza, dolor y silencio sobrevolaba el recuerdo de mis tías y mi papá vivos”.*

De a poco, pieza por pieza, Amanda Rosa pudo reconstruir el rompecabezas de ese tramo sustancial del pasado familiar a través de los relatos de María Laura (su prima abogada) y su tía Amelia: *“Mi elaboración sobre el tema no se profundizó. Había un umbral de dolor que yo no quería traspasar. Mi psiquis admitía sólo lo que podía procesarse con cierta lógica y distancia. Aunque no conocí a Amanda ni a Rosa, escuchar su historia era experimentar, en cierta forma, el dolor de mis tíos y*

*tías". Y concluye, con la frente alta y la vista fija en el futuro mejor por el que dieron la vida su padre y sus tías: "Me criaron dos padres militantes políticos setentistas. Brillantes, generosos, con valores que me marcaron y que hicieron que mi adolescencia fuera difícil por esa generación ausente y esa parte de la historia argentina, de la que apenas se hablaba en los años 90. Si uno no era hijo de ex presos políticos o militantes sobrevivientes no tenía idea de lo que había pasado. Cuando ingresé a la universidad, mi exploración del tema se profundizó. Ya estaba preparada para saber más, comprender todo y terminar de reconstruir la historia de mi familia y de esas dos tías asesinadas por la dictadura. Los juicios a los represores -en los que dio su testimonio María Sonia Assadourian, hermana de Amanda y Rosa- y la apertura del Espacio de la Memoria en La Perla significaron una liberación muy grande para las generaciones posteriores a la de ellos y, sobre todo, para mí".*

Cada año, durante las marchas por el aniversario del golpe de 1976, la puntual asistencia de Amanda Rosa está acompañada por pancartas con las fotos y los nombres de sus recordadas tías.

**N**unca será suficiente. No habrá límite posible, un dique para las palabras. No dar cuenta de los horrores que se desplegaron en este país durante los años oscuros. La comunidad armenia ha sido castigada doblemente: al genocidio perpetrado por el estado turco se le suma la desaparición y asesinato durante los tiempos de la AAA y la última y sangrienta dictadura militar. Estos testimonios acá recogidos son urgentes, necesarios e inexorables. En tiempos como estos en donde los genocidas vuelven a sus casas (bajo la aberrante figura de la prisión domiciliaria) y el pueblo es vuelto a ser hambreado se hace indispensable volver a decir, volver a contar, volver a escribir que la memoria es aquello que nos hará libres. Nunca será suficiente. Hay que volver a decir, hay que volver a escribir. Para eso nos fue dado el lenguaje. Para ser presente. Para que el pasado siga viviendo en el presente. Para que el pasado siga viviendo en el futuro. Somos eso que fuimos. Seremos eso que fuimos. Negarlo es obra de necios o de cómplices de los asesinatos perpetrados.

Alejandro Tantanian

Autor, actor, docente y director de teatro.

Dirige el Teatro Nacional Cervantes.



## Ana María Gueuverian

El 6 de abril de 2011 se realizó el acto de imposición del nombre Paloma Alonso al auditorio de la Escuela Normal 1 Presidente Roque Sáenz Peña, ubicada en la avenida Córdoba 2749 de la ciudad de Buenos Aires. De esa manera fueron recordadas las siete estudiantes que pasaron por la institución y permanecen desaparecidas. El homenaje se focalizó en Alonso, que se ocupaba de alfabetizar en villas y fábricas y fue secuestrada en 1977 cuando tenía 21 años. Con ella fueron recordadas Ana María Gueuverian, Cristina Navajas, Betina Taropolsky, Cristina Goeytes, Lidia Amigo y Mónica Pinus.

Ana María Gueuverian Koushian –apodada “Lucía”, soltera, de veintidós años- fue arrancada a la fuerza de su departamento de Arenales 2749 en el barrio porteño de Recoleta, por miembros del Ejército, que se movilizaban en tres autos Ford Falcon, a las 6 de la mañana del 15 de marzo de 1977. Una baldosa instalada el 3 de octubre de 2008 testimonia su paso como estudiante por el Normal 1. Según los listados del informe *Nunca más* y el Registro de Víctimas del Parque de la Memoria, cuando la llevaron cursaba la carrera de Medicina en la Universidad de Buenos Aires y era militante de la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Había nacido el 18 de julio de 1955 en la ciudad de Córdoba.

“Fuimos a diez mil lugares y no conseguimos nada”, remarca la familia Gueuverian al hacer un repaso de la agotadora lucha que emprendieron para averiguar sobre la suerte corrida por Ana María. Miriam Susana –una de las tres hermanas de la joven desaparecida- no duda en remarcar los reclamos sin ninguna respuesta que plantearon al entonces capellán del Ejército y secretario del Vicariato castrense, Emilio Grasselli: “Para ser recibidos en la capilla *Stella Maris*, pegada al Edificio Libertador (en Comodoro Py, Retiro), soportábamos colas de varias cuadras de gente que quería tener noticias de sus familiares. Le dejába-

mos nuestros datos al monseñor y después me enteré que se los pasaba a los militares, una crueldad sin límites". La familia también tramitó varios hábeas corpus ante la Justicia y fue convocada por organismos defensores de Derechos Humanos para trabajar mancomunadamente en la búsqueda, pero la madre de Ana María prefirió mantenerse al margen por temor a sufrir más perjuicios.

Según Miriam, sus tíos maternos mantenían encendido el recuerdo de las atrocidades padecidas por el pueblo armenio durante el genocidio de 1915. *"En esa época, yo estudiaba para Asistente Social en la Facultad de Derecho de la UBA y Ana María venía a casa con textos que yo no entendía. Nos llevábamos mal. Ella no ponía bombas, pero seguía a su novio montonero, que era un buen muchacho. De todas maneras, para que muchos dejen de creer que eran todos terroristas o guerrilleros es necesario explicar los movimientos sociales y políticos de los años 60: el movimiento hippie, la lucha antiimperialista, el deseo de abandonar la sociedad de consumo y la pretensión de construir un mundo basado en la igualdad, el amor y la libertad"*.

La particular mirada de Miriam Gueuverian sigue fluctuando entre una postura comprensiva y el reproche más implacable: *"Entiendo que querían transformar la sociedad y lograr un futuro mejor. Pero por ese riesgoso desafío casi eligieron el suicidio. Estaban muy expuestos"*. Esa familia que en 1955 concibió a Ana María era —de acuerdo a las palabras de Miriam— *"prolijita, estructurada, de hacer bien los deberes y muy verticalista"*.

*"Mi hermana sentía que las herramientas de nuestra casa no le alcanzaban. Ella y otros jóvenes buscaban afuera y fueron captados por dirigentes con ambición de poder, que se encontraron con chicos sensibles, vulnerables, con una herida enorme. Tal vez si mi mamá hubiera comprendido más a mi hermana hoy la tendríamos con nosotros. Ana María era la más chica y mi mamá no sabía qué hacer con ella"*, se lamenta Miriam.

Las proclamas pacifistas de los hippies y las canciones de Joan Manuel Serrat, Mercedes Sosa y Víctor Heredia habían calado hondo entre los sueños idealistas de Ana María, que siempre se las arregló para vivir fiel a sus convicciones.

**Y**a lo dijo Berthold Brecht: “*Si las vacas hablaran no existiría el matadero*”. Si no hablamos, o no dejamos registro, facilitamos la impunidad, la negación, el olvido. Lo opuesto al olvido no es solamente el recuerdo, sino la Justicia. Desde la escena y a través del Ciclo Teatro x la Justicia hemos podido habilitar un espacio donde presentar y representar los hechos a través del arte, como una manera de transformar el dolor, de ponerlo en acto para darle cuerpo y voz. Para hacer audibles esas voces calladas injustamente, para ejercitar la palabra, multiplicar, para que aquellos que fueron exterminados o desaparecidos no sean olvidados, negados y silenciados una vez más, tantas veces más.

Por eso la importancia de este libro que recupera, deja testimonio y transmite la historia de vida junto con la articulación de la verdad individual de cada uno de los 23 desaparecidos y asesinados de origen armenio por la Triple A y la dictadura del 1976 al 1983. La mirada del otro nos constituye, y este libro será constitutivo. Lo que somos reposa sobre la base de las experiencias de nuestros ancestros, el sello de lo vivido por generaciones anteriores queda para siempre.

Herminia Jenzejian  
Actriz y directora de teatro.  
Dirige la sala Tadrón.



Angélica Beatriz Toundaian

## Angélica Beatriz Toundaian

El recital de Alejandro Chipian transitaba varios pasajes tradicionales de la música armenia e internacional. El público, que colmaba el Auditorio del quinto piso de la Asociación Cultural Armenia –una de las instituciones del barrio de Palermo que más atraen a los miembros de esa comunidad-, acompañaba entusiasmado con palmas, coros improvisados y algo desafinados y gritos mechados entre ovaciones. Hasta que el cantante arrancó con la primera estrofa de “Indulto” y una densa atmósfera de silencio se apoderó de la sala. “...No voy a olvidar por los que han sufrido y por los que no están, por los que se han ido a ningún lugar siento que me abraza la soledad, siento que me atrapa la soledad...” entonaba el popular “Chipi” una de las poesías hechas canción más eximias que escribió Alejandro Lerner. Tres minutos después, cuando alzó la voz para remarcar “Porque no habrá perdón, porque no habrá consuelo ¿de qué sirve el castigo sin arrepentimiento? Porque después de tanto llorar los veo salir de nuevo”, Chipian terminaba de ofrecer un sentido homenaje a su prima Angélica Beatriz Toundaian. Sobre el sonido final del piano, la reacción del público volvió a generar un estallido estremecedor.

Ese emotivo pasaje del 18 de agosto de 2005 se vivía a más de 28 años de la desaparición de Betty, ocurrida la noche cerrada del 19 de febrero de 1977 en que fue secuestrada de su departamento del noveno piso de Valentín Gómez 3191, en el barrio porteño de Balvanera. Tenía veintidós años y era una destacada estudiante de la Facultad de Derecho de la UBA. Ya había demostrado una llamativa facilidad para asimilar conocimientos –varias veces coronada por su designación como abanderada- en su paso por los niveles primario y secundario del colegio armenio San Gregorio El Iluminador, en el mismo barrio (por entonces Palermo Viejo) donde vivía con su familia.

Unos días después de aquel homenaje que creyó necesario realizar ante sus seguidores, Chipian lucía relajado, satisfecho por haber podido cerrar al menos una etapa de un duelo sin final, mientras daba cuenta de un *surdj* (tradicional café oriental con borra) en el restaurante Viejo Agump. Sentía un inusual alivio y, uno tras otro, recordaba momentos imborrables de su infancia compartida con Betty. *“Era una persona especial. Cuando cursaba la escuela primaria preparó una monografía sobre Juan Manuel de Rosas. Parecía el trabajo de un alumno universitario. Creo que fue ella quien me transmitió la pasión por la historia y la búsqueda de una mirada diferente sobre los hechos y sus protagonistas. Un día le pregunté qué pensaba sobre Rosas –que en el imaginario popular encarnaba el mal absoluto- y el héroe impoluto como la escuela enseñaba a la sociedad la figura de San Martín. Su respuesta me quedó grabada para siempre: ‘Mirá Ale, ninguno de ellos era perfecto. Tuvieron virtudes y también cometieron errores’”.*

La relación entre los primos empezó a estrecharse desde el momento mismo del nacimiento de Alejandro en 1965. Betty se transformó en una suerte de hada protectora, que acostumbraba a sostener al bebé en sus brazos y endulzarle el oído con “El reino del revés” y “El brujito de Gulubú”, entre otras canciones de María Elena Walsh. Sin saberlo, el 24 de enero de 1977, cuando la temible sombra de los represores ya le pisaba los talones, Betty coronó con un último gesto afectuoso ese entrañable vínculo. Alejandro cumplía 12 años y la prima no tuvo mejor idea que enviarle el disco *Revolver* de Los Beatles, como regalo. Vivía oculta, pero tuvo la delicadeza de dejar el recado para su primo en el negocio de la “tía Angelita”, la mamá de Betty.

Puede que ciertos rasgos características del signo Escorpio ayuden a explicar el espíritu solidario, la vocación por el estudio y la obsesión por la lectura que irradiaba Betty a su alrededor. Pero fue su padre Hagop “Pocho” Toundaian el influyente guía que marcó los trazos más relevantes de su personalidad. Congresal, peronista “de toda la vida”, Pocho era un referente entre los vecinos y militantes de Palermo. Cada día, no bien salía de su casa del pasaje Convención (o más tarde, de la vivienda familiar ubicada en Dorrego y Costa Rica), se esforzaba por conseguir un puesto de trabajo a todo aquel que se acercaba a la sede de la Circunscripción 17, en Palermo. Desde la década del 40 también se las arreglaba para atender la tienda de Costa Rica y Ravignani que compartía con su hermana Sofia Takuhí Toundaian, la madre de Alejandro Chipian. Los hermanos se entendían a la perfección: cada vez que no había clientes

a la vista, "Pocho" aprovechaba para leer y Sofía se dedicaba a preparar miel y queso blanco, las especialidades artesanales que había aprendido a elaborar en la zona rural de Pilar en la provincia de Buenos Aires, donde nació.

En esa relajada atmósfera, "Pocho" y Sofía solían recordar la azarosa vida de Vartivar Toundaian, el abuelo de Betty y "Chipi", que pasó de ser profesor de Historia y Literatura en la Armenia de principios del siglo XX a soldado del general Antranik durante las luchas por la liberación nacional de Armenia que siguieron al genocidio de 1915. Después, Vartivar escapó a Estados Unidos y consiguió empleo como conserje en un hotel de Nueva York, se especializó como naturista y se casó con Akaví Berberian.

Betty Toundaian se sumó a la intensa actividad política de los años 70 al incorporarse a la Unidad Básica 17 de Octubre, creada en 1972 por la Juventud Peronista en Nicaragua y Carranza. Como muchos de sus compañeros de militancia, en 1975 empezó a estar en la mira de la violencia estatal que ejercía la Triple A. Una patota ingresó una noche a la tienda de Hagop y Sofía, revolvieron todo y se fueron. Fue un anticipo de lo que le ocurriría unos días después al propio "Pocho": un grupo de civiles sin identificación se metió violentamente en su casa, lo golpeó y robó todo lo que vio a su paso. Pocho optó por pasar un tiempo oculto en la casa de "Cacho" Torossian, un familiar que vivía en Pompeya.

*"Yo también tenía una relación muy cercana con Jorge, el hermano de Betty, cuatro años menor que ella. Es tanto el dolor, que nunca me animé a hablar de la desaparición con mi primo ni con su padre Pocho. En 1980, ellos prefirieron irse a vivir a Tres Isletas, en Chaco", lamenta Alejandro Chipian y concluye: "Recuerdo a mi mamá y Angelita hablando bajito recordando a Betty y llorando. Mi tía seguía con la ilusión de reencontrarla. Ordenaba todo el tiempo la casa por si regresaba y corría cuando aparecía el cartero. 'Ya sale, eh', le había asegurado un milico más de una vez. Finalmente, en 1988, mi tía (mejor dicho, mi segunda mamá) murió de tristeza. Tenía apenas 57 años".*

*"Recuerdo a mi prima y lloro", se ataja Alicia Tenekedjian, reconocida docente y directora durante décadas de la sección armenia de la Escuela Backchellian, en el barrio de Soldati. Alicia es hija de María Veilian, hermana de Angelita María Veilian, la mamá de Betty. Contiene el embate de la emoción con esfuerzo y relata entre sollozos el último veraneo en familia con su prima en Carlos Paz y Mina Clavero, Córdoba. También recuerda nítidamente los picnics y los bailes organizados por la colectividad armenia a los que invariablemente asistían juntas. "Con*

*su nariz típicamente armenia, alta, delgada y de cabello largo morocho, solía vestir sencillo, bien informal. Se interiorizaba mucho por el genocidio armenio y escribía notas sobre ese y otros temas. Redactaba muy bien y le notábamos pasta de periodista o abogada. Tenía mucha ilusión de conocer Armenia. Pero no pudo ser. Su viaje de egresados fue a Bariloche". Entre los recuerdos de Aicia Tenekedjian también emerge la debilidad que Betty sentía por el canto. Azk parabants era una de las piezas que más se le escuchaban cantar en la casa, entre las canciones armenias que había aprendido en el colegio San Gregorio. Con su prima Alicia improvisaban un original intercambio cultural entre letras y melodías aprendidas por una en San Gregorio ("El Sangre") y la otra en la Escuela Backchellian. Uno de los últimos días antes de ser secuestrada, "Betty vino a nuestra casa de Pompeya. Comió a las apuradas, le dimos plata y le rogamos que se cuidara. Esa semana llamó a los padres porque quería verlos, los extrañaba. Se sabía perseguida, pero los afectos le tiraban mucho. Sobre las precauciones que tomaba sólo nos decía 'me bajo de un colectivo y me tomo otro'. Años después nos enteramos que mi primo Jorge, radicado en Chaco, fue padre de una nena y la bautizó Angélica Beatriz. Eso nos emocionó mucho".*

El sábado 6 de abril de 2013, un grupo de amigos y militantes colocaron una placa para homenajear a Angélica Beatriz Toundaian, en el sitio donde funcionaba la Unidad Básica 17 de Octubre, en Nicaragua y Carranza. Carlos Filgueira, uno de esos compañeros de lucha de Betty (también conocida como "La turca" entre su pares) recordó la participación de su padre ("El turco" Toundaian) en la CGT de los Argentinos, como un disparador fundamental del camino emprendido por ella, con escalas en la Facultad de Derecho de la UBA, Juventud Argentina por la Emancipación Nacional (JAEN), la Juventud Peronista, la experiencia barrial y villera junto al Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP), la columna Sabino Navarro de Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de donde ingresó a las filas del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Todo ese recorrido quedó fijado en una efímera vida de veintidós años. "Cuando hablo de Beatriz Toundaian recuerdo a una mujer que desde muy joven comenzó esa lucha inculdicable que la llevaría a alzar el brazo armado en busca de una sociedad más justa, igualitaria y solidaria. Levantó las banderas de la justicia social, la soberanía política y la independencia económica", ponderó su antiguo compañero de ruta.

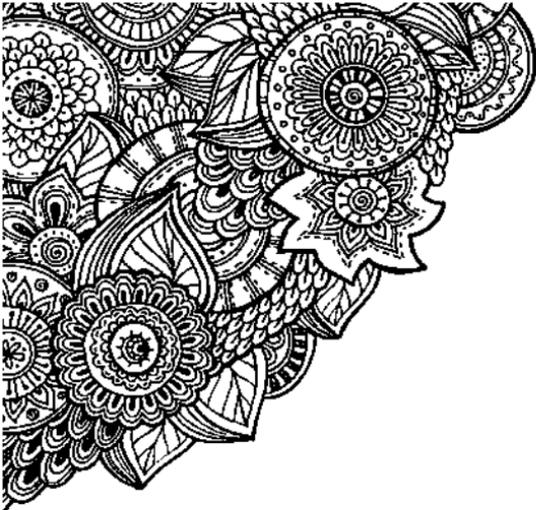
**O**portunamente me interroga mi amigo Cristian Sirouyan en un sentido que me obliga a vérmelas conmigo mismo cara a cara, con mi propia historia, conmigo y con lo vivido. Hasta ahora, la discusión interna acerca del gran mal había sido excluyente, entre el nieto de alemanes que vengo a ser por la vía materna (Engelhorn) y el nieto de armenios que soy de raíz por parte de mi abuelo, Nazaret (Chotsourian). De un linaje de victimarios y una cultura martirizada he nacido. En el contexto de un amor forjado en semejante “síntoma” de apasionamiento nos hemos criado, mis hermanos y yo.

Pero nos salimos ahora de este entuerto, y volvemos el rostro a considerar los desaparecidos armenios de la dictadura militar. Esto nos remite de un plumazo a lo rumoroso de la propia infancia, las calles del barrio, aquellos tiempos vividos en la inmediatez de un horror tan cercano, connacional, intravenoso, intrafamiliar, confuso a los ojos de un niño aunque hondamente percibido en lo sensible, en lo estético somático, los tonos del paisaje, lo grisáceo y lo verdoso, lo callado, el desconfío, los girasoles en las orejas, las rabias, las intensidades de todo lo que iba por dentro, ese erotismo derruido en lo tanático, y esa voz de la sangre como saliéndosele por los ojos a los amigos de mis padres, a los jóvenes, a los artistas, esa “voz de la sangre que habla mejor que la de Abel”.

Camino a la Escuela N° 4 era ineludible día tras día girar la cabeza y fijarse en esa marca roja que se decía era la huella de sangre como de los desesperados dedos rasguñados en la pared contigua a la puerta de entrada de la casa de los Manoukian, debajo del timbre, y asociar esa mancha a la muerte del hijo de los empresarios, Ricardo, de 24 años, secuestrado y asesinado por la familia de su propio “amigo” (los Puccio) de tres tiros en la nuca, un 22 de julio de 1982.

Santiago Chotsourian

Compositor, director de Orquesta y de Coro.



## **Antonio Alberto Hanigian Díaz**

Hijo de Barsier Hanigian y Constanca Díaz, Antonio Alberto Hanigian nació en Córdoba capital el 7 de septiembre de 1954 y fue asesinado en la misma ciudad la noche del 30 de junio de 1976. Tenía 21 años, estaba casado con Lilian Sabatini y trabajaba en la Empresa de Energía de la Provincia de Córdoba (EPEC). Ese puesto lo ocupa hoy su hija Claudia Karina Hanigian, quien, en el momento de la detención y secuestro de su padre, tenía un año y medio (nació en la ciudad de Córdoba en 1974). También estaba en la casa familiar el hijo de Antonio Hanigian, entonces un bebé de 6 meses. En esa época, Antonio participaba intensamente de las actividades gremiales del Sindicato Luz y Fuerza de Córdoba. En los listados de la Red de Desaparecidos y Fallecidos (REDEFA), Hanigian figura con el número de legajo 6871. Su esposa falleció hace doce años.

Liliana Hanigian, su hermana, quien dejó Córdoba hace algunos años y actualmente reside en Oliveros -un pueblo del sur de la provincia de Santa Fe, a 50 kilómetros de Rosario- reconstruye los años de la infancia que compartió con Antonio. Él tenía 11 años cuando la madre -separada de su esposo- decidió mudarse a una casa de Moreno, en el oeste del Gran Buenos Aires. Allí, una vez que terminó sus estudios primarios, Antonio empezó a trabajar en el vivero de una familia japonesa. Fue el disparador para que Constanca empujara a sus hijos a profesar los rituales del credo budista.

*“Antonio se transformó en un miembro activo de esa religión. Tenía una personalidad dominante y creencias muy definidas. Dominante aunque buena persona con sus dos hermanas, terco, muy orgulloso y testarudo incluso si no tenía razón. Dulce y, a la vez, chocante”. Así, con absoluta franqueza, Liliana pone en palabras el inmenso afecto que aún hoy lo liga a su hermano.*

A los 18 años, ese adolescente de carácter intimidante y fuertes convicciones decidió regresar a su ciudad natal para vivir la experiencia de compartir la rutina diaria con su padre. Barsier Hanigian era empleado de EPEC y consiguió un puesto para su hijo como chofer de las máximas autoridades de la empresa provincial de energía. A fuerza de continuos viajes por las rutas del país y la pareja que acababa de formar con Lilian, un nuevo panorama se abría ante sus ojos. Pero no hubo mucho tiempo para dar rienda a la militancia y los sueños. Los rumores de golpe acechaban y la familia Hanigian, con Antonio a la cabeza más sus dos hijos y su esposa embarazada por tercera vez, sufrió un violento allanamiento en su propia casa. “Los militares dieron vuelta todo y dijeron haber encontrado armas en el patio. Se llevaron a Antonio”, sufre la hermana el terrible vacío que le deparó el destino.

De acuerdo a la escasa información que Liliana logró reunir a través de su padre, tras una larga búsqueda, las autoridades de facto le extendieron un certificado de defunción en el que constaba que Antonio había sido asesinado el 30 de junio de 1976. Para ella fue un golpe devastador: *“Me causó un dolor muy grande haberme enterado de una realidad de la que yo no tenía conocimiento, ya que durante años me habían mentido que había fallecido de un ataque al corazón. Jamás entenderé qué pasó realmente. Es una duda que me quedará hasta el último día de mi vida”*.

**T**al vez una de las mayores asignaturas pendientes que tiene la comunidad Armenia en la Argentina, sea revisar parte de un pasado lleno de silencios y complicidades. Cuán oscuro y doloroso será, que pocas veces nos hemos manifestado desde la entraña misma comunitaria, sobre las terribles violaciones a los derechos humanos que ocurrieron en nuestro país durante la última dictadura militar, y que entre sus víctimas tuviera a más de una veintena de descendientes de origen armenio. Honrosas excepciones en nuestra comunidad han sabido dar cuenta de ello.

Por eso, resulta paradójico que en ese repiqueteo casi liberador del Turquía Estado Genocida no hubiéramos tenido ni un minuto para una mirada introspectiva, para detenernos a ver que los Estados Genocidas no eran cosa del pasado, o de determinados pueblos, sino que el presente estaba atravesado por otros Estados que también repetían viejas prácticas de tortura, represión y desaparición de personas, dejando ríos llenos de sangre y caravanas de exiliados y refugiados que por ser más sofisticadas no eran menos dolorosas y terribles.

Debo reconocer que no supimos, no quisimos o no pudimos hacernos cargo de tamaño dolor, y que ésta atinada e imprescindible tarea de Cristian Sirouyan de poner en la agenda comunitaria qué nos pasó, o qué les pasó a esa veintena de jóvenes y el por qué a tantos silencios, nos permitirá conocer de ellos, de sus sueños y temores, pero también de nuestras mezquindades.

Tal vez no sea tarde para entender o entendernos, y aceptar que nos llenamos de prejuicios al punto de invisibilizar y olvidar que en la Argentina hay desaparecidos de origen armenio. Será un buen ejercicio reencontrarnos de alguna manera con ellos, que sus vidas inviten a nuevas reflexiones y pensamientos, que sabernos vulnerables nos fortalezca, y que a partir de la horizontalidad de las diferencias, podamos construir nuestra propia identidad.

Pedro Mouratian  
Periodista y político.

Dirigió el semanario *Armenia* y fue interventor y director del INADI.



Antonio Dadurian

## Antonio y Gregorio Dadurian

Los hermanos Dadurian eran dueños de una agencia de quiniela de la capital cordobesa cuando fueron secuestrados y desaparecidos en el lapso de un mes. A Gregorio se lo llevaron el 25 de junio de 1977 y Antonio (de 42 años, nacido el 18 de enero de 1935 en la ciudad de Córdoba) fue detenido ilegalmente por un grupo de tareas en la vía pública la noche del 20 de julio del mismo año.

En esa época, el escribano Gregorio “Coco” Hairabedian, también cordobés, máximo directivo de la Fundación Luisa Hairabedian, recuerda que se enteró de la desaparición de los hermanos Dadurian durante una visita a su hermano —el abogado y juez Carlos Hairabedian—, que era uno de los centenares de presos políticos recluidos en la Cárcel de La Plata.

El testimonio de Coco Hairabedian permite aseverar que, en contraste con otros desaparecidos de origen armenio, a Antonio y Gregorio Dadurian no se les conocían antecedentes ni militancia política alguna. En cambio, en su condición de fervientes hinchas de Racing de Córdoba, se los relacionaba con el ámbito deportivo. Siempre acompañados por un hermano mayor que tenía un negocio de apuestas de lotería, los tres hermanos no se perdían ningún partido del equipo, al punto de haberse convertido en caras muy conocidas entre el público que colmaba la platea de la cancha del barrio Nueva Italia. Las casas de las familias Dadurian y Hairabedian estaban separadas por una barranca, que partía en dos el barrio Inglés, la zona por excelencia poblada por armenios en la capital cordobesa. En ese sector rebautizado Barrio Pueyrredón se levantan la Iglesia Armenia, la sede de la Unión General Armenia de Beneficencia y el club Antranik.

Coco Hairabedian cursaba sus primeros estudios en la Escuela Armenia junto a los hermanos Dadurian, *“que provenían de una familia bastante pobre. Como una forma de ganarse la vida, el padre de Antonio y Gregorio Dadurian vendía lotería en la calle. No era como ahora que hay una lotería oficial: sólo existía la clandestina”*. Hairabedian recuerda haber compartido fiestas y bailes con los Dadurian en el amplio salón de la sede de la Colectividad Armenia de Córdoba: *“Tuvimos una relación muy afectuosa desde primero hasta sexto grado. El vínculo mío era principalmente con Gregorio, a quien apodaban ‘El loro’, creo que por su nariz aguileña. Después les perdí el rastro porque cada uno tomó un camino diferente. Sin embargo, los veía a veces cuando salían de la cancha de Racing y nos saludábamos muy afectuosamente”*.

Además, según asegura Coco Hairabedian, Gregorio Dadurian *“era una persona muy desprendida, de muy buen corazón, que no había tenido la oportunidad de acceder a la educación o a alguna profesión. En consecuencia, se ganaba la vida como podía. Así fue como, a través de la quiniela, logró un rápido ascenso económico. La familia de él era muy buena, de padres excelentes, muy trabajadores”*. La niñez que compartieron los Hairabedian y los Dadurian transcurría en medio de la pasión futbolera de la mayoría de los vecinos del barrio, repartida especialmente entre Racing y Talleres. Pero los armenios también se inclinaban por Nacional (la original versión del actual equipo Libertad), donde jugaba Chakerian y atajaba el peluquero Minassian. En cada partido que disputaban Nacional y Racing se recreaba un ameno encuentro comunitario, compartido por simpatizantes armenios de las dos divisas, sin alambrados alrededor de la cancha ni divisiones en la tribuna. Era más frecuente ver afectuosos abrazos y escuchar diálogos a los gritos coronados por carcajadas que alguna discusión por los pases fallidos de los jugadores.

Gregorio Dadurian fue visto casualmente por última vez por Hairabedian en el bar que su paisano armenio Vartanian tenía en la avenida Patria. Para Hairabedian resultó una grata sorpresa porque el menor de los Dadurian tenía el hábito de parar en el bar Bulnes, ubicado en la esquina de su negocio de quiniela y frente a los talleres del Ferrocarril Belgrano. Ese día que Hairabedian retiene con nitidez en su memoria, Gregorio se vio desbordado por el particular clima que reinaba en el boliche de Vardanian. Los clientes que frecuentaban el lugar -mayoritariamente armenios- se habían acostumbrado a jugar ahí a los naipes y al *tavli* (una especie de backgammon muy popular en Armenia y Medio Oriente)

por poca plata. En otro rincón se instalaba Coco con sus compañeros de Unión Juventud Armenia, para despuntar sus preferencias por el fútbol y los temas políticos.

Sobre los misterios que rodean la desaparición de Gregorio y Antonio Dadurian, Gregorio Hairabedian supone que se trató de una operación realizada para desbancarlos como mayoristas de la actividad de venta de lotería. *“Era una gran negocio, sumamente rentable y la dictadura no quería competencia. Pretendía monopolizar esa actividad en la ciudad de Córdoba”,* asevera.

**E**l 24 de marzo y el 24 de abril son fechas separadas solo por un mes; el genocidio contra los armenios y el Terrorismo de Estado contra el pueblo argentino -que desapareció 30.000 personas entre las cuales 22 descendientes de armenios- están separados por sesenta años. Se trata de causas comunes, como si dos astros llegados de lugares distantes en el espacio y desde distintos tiempos se hubieran cruzado y juntado para legarnos a la vez un testimonio que atesorar y un trabajo que hacer.

Para los descendientes de sus víctimas, el relato del genocidio contra los armenios llega como una transmisión a la vez íntima y extraña desde el fondo del tiempo, desde el tiempo en el que aún no estábamos, y orienta instintiva e inmediatamente frente los hechos de la historia antes de que lo haga cualquier ponderación razonada. Algo como una certeza venida de lejos que no deja dudas en cuál lado estar, por memoria involuntaria de algo íntimo que sucedió mucho antes del nacimiento. Quizá a esa certidumbre transmitida y común se refería Walter Benjamin cuando definía a la memoria como el relámpago que alumbró en un momento de peligro.

La temporalidad de los hechos sociales es compleja: el presente permite comprender el pasado y no sólo el pasado al presente; y la paciencia, si es activa, preserva de su pérdida las humillaciones desconocidas de seres humanos sometidos al horror, hasta que encuentran el momento de prosperar en el reconocimiento público. La dictadura militar argentina reveló a muchos descendientes el significado del genocidio contra los armenios, que a su vez dota a la batalla cultural, jurídica y política de los Organismos de Derechos Humanos argentinos de un legado atesorado por las generaciones a lo largo de los años.

Diego Tatian

Doctor en Filosofía, docente y decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.



## *Arpi Zeta Yeramian*

Buena parte de los límites ampliados de Turquía oriental es herencia de la amplia porción de la antigua Armenia conquistada por el Imperio Otomano. Ya en los inicios del siglo XX los períodos de esplendor habían quedado muy lejos en el tiempo, varios siglos atrás. Vaspuragán es uno de esos territorios donde en algún momento hubo un poderoso Estado armenio que logró mantener a raya el acecho expansionista de otras etnias de la región. El principado creado por la dinastía Artzruni -con base en la ciudad de Van, a orillas del lago del mismo nombre- pasó a formar parte del Reino de Ani en 908, que alcanzó su desarrollo autónomo hasta 1021, cuando fue anexado al Reino de Bizancio.

Esa época, fijada indeleblemente en las páginas más gloriosas que registra el pueblo armenio en su 4 mil años de existencia, era un recuerdo -grato y a la vez borroso- entre los habitantes de Van en 1900. El panorama era bien diferente: las hordas turcas ya habían desatado su furia persecutoria contra los turcos orientales -eufemismo utilizado para invisibilizar a los armenios- y en aldeas y pueblos rurales cundía el terror por las continuas masacres y violaciones. En medio de esa atmósfera hostil que imperaba en Van nació en 1900 Juan Yeramian, nieto del director de la escuela armenia local. Como se preveía, muy pronto su infancia se transformó en un doloroso derrotero que seguiría los pasos inciertos de su familia. Primero, los Yeramian recalaron en Alemania, después pusieron pie en en Wroclaw, Polonia y, accidentalmente, llegaron a Francia, hasta que en 1926 consiguieron radicarse -y alcanzar cierta estabilidad en Mitroi, Rumania.

Seis años más tarde, ese apacible pueblo, ubicado a 60 kilómetros de Bucarest, fue el escenario del casamiento de Juan Yeramian con Alicia Der Hagopian, nacida en 1905 en Estambul, Turquía. Aunque agobiados por los terribles recuerdos que arrastraban como exiliados, el matrimonio Yeramian disfrutó de una relativa tranquilidad en Rumania. Su hija Arpí Zeta nació en 1943 y, ante la necesidad de mayor espacio para criar a su hija, un tío de Juan los convenció de mudarse a su departamento, en la capital del país del este europeo. Pero la felicidad que esos días parecía instalarse en sus semblantes fue una sensación efímera. Los horrores del pasado volvieron a escena y, con ellos, los Yeramian retomaron su camino de fugitivos. Poco antes de que los alcances destructivos de la Segunda Guerra Mundial redujeran Bucarest a pilas de escombros humeantes, el tío generoso murió en medio de un bombardeo, lo que forzó a Juan Yeramian, herido, a conducir a su familia fuera de la ciudad y esperar en la zona montañosa hasta que el clima bélico amainara.

El idioma armenio, que les servía en todo momento para lamentar las pérdidas y revelarse los sueños de progreso pese a las adversidades, se mantuvo como una señal identitaria irrenunciable cuando llegaron a Buenos Aires en 1950. Lo conservaron como su tesoro más valioso en la Argentina que les acababa de dar cobijo, tanto puertas adentro de la modesta casa de la calle Thames, a media cuadra de Plaza Italia, como en los lugares públicos.

*“Era una alumna muy aplicada ya desde que ingresó a la escuela primaria. Además, se hacía de amigas con mucha facilidad”*, recuerda el licenciado en Química e investigador principal del CONICET Avedis Arturo Yeramian a su hermana Arpí.

La natural propensión de Arpí a estrechar vínculos con su entorno le fue moldeando una personalidad bastante autosuficiente. Ese rasgo característico la alejaba notoriamente del tradicional modelo conservador de sus pares armenios, algo que se hizo aún más marcado después de que regresó de un viaje a Estados Unidos con su mejor amiga, de apellido Marengo.

Persuadida de la vocación que manifestaba para estudiar y superarse, la familia daba por hecho que Arpí iba a poder superar el examen de ingreso al Liceo de Señoritas N° 1 –en avenida Santa Fe entre Laprida y Agüero– y ella cumplió con creces con esas expectativas. Del mismo modo, cinco años después aprobó el examen y fue admitida en el cupo de ingresantes a la Facultad de Arquitectura de la UBA. Cada entrega de un trabajo práctico la retenía en universidad hasta las 2 o 3 de la ma-

drugada y su hermano se encargaba de ir a buscarla. Una vez recibida, consiguió trabajo en un estudio de arquitectura. Para él se trataba de un acto de protección que conllevaba el inmenso afecto que lo unía a Arpí. Esa grata rutina había empezado en 1968, cuando los dos hermanos caminaban juntos las doce cuadras de Palermo Viejo que separaban su casa de la Unión General Armenia de Beneficencia, donde ella aprendía a leer y escribir en armenio. Otras urgencias imprevistas también habían empujado a Avedís Arturo a salir disparado sin dudarlo para asistir a su hermana: en 1966, Arpí sufrió en los claustros la represión contra la Universidad, ordenada por el dictador Juan Carlos Onganía, que acababa de instalarse en el poder tras la destitución de Arturo Illia.

Bullían en la ciudad los fuegos de los 70 violentos y convulsionados. Con la primera alarma -la detención de Arpí en San Martín, al noroeste del conurbano bonaerense-, la armonía familiar empezaría a resquebrajarse. Militaba en Montoneros, un dato que sorprendió a sus familiares, que se enteraron a través de los volantes, libros y revistas que encontraron desparramados en el departamento de Vicente López que se había comprado Arpí.

Las preocupaciones de la familia, a esa altura alineados en un fervoroso antiperonismo, crecieron aceleradamente cuando Arpí decidió movilizarse hasta Ezeiza para esperar el retorno de Juan Perón al país el 20 de junio de 1973, después de 18 años de exilio. Tal vez los Yeramian recobraron la esperanza durante el mismo año, al enterarse del nombramiento de Arpí como docente de la cátedra Introducción a la Arquitectura en la Facultad de la UBA donde había cursado su carrera. Pudo conservar su cargo hasta 1975, incluso después de la intervención de la Universidad encabezada por el fascista declarado Alberto Ottalagano un año antes.

Después del golpe militar del 24 de marzo de 1976, Juan Yeramian le aconsejó a su hija viajar a Montevideo, para desensillar un tiempo en la casa de un amigo de él, pero su propuesta fue rechazada. Después de ese momento clave pasarían muchos días para que Arpí reapareciera a través de fugaces llamados telefónicos que realizaba día por medio a su familia y les revelara que se había instalado en un departamento de Villa del Parque, en la entonces Capital Federal.

Una tarde de fines de 1976, un dirigente del Consejo Tecnológico Peronista no tuvo reparos en advertir a Avedís Arturo Yeramian, pese a que se habían cruzado casualmente en plena avenida 9 de Julio y estaban a merced de los oídos indiscretos de la multitud de personas que transita-

ban el centro porteño: *"Decile a tu hermana que se quede quieta porque algo le va a pasar"*.

El 17 de enero de 1977 se enteraron por boca del portero del edificio de Villa del Parque que un grupo de tareas se llevó a Arpí del departamento del décimo piso que alquilaba. Ningún comunicado oficial dio cuenta de ese operativo ilegal. Tampoco obtuvieron respuesta tras presentar un hábeas corpus ni recibieron algún dato al denunciar el caso ante la comitiva de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, encabezada por Patricia Derian, que visitó el país en 1979.

Avedís Arturo sigue recuperando las imágenes de su hermana que quedaron grabadas en su memoria: *"Le gustaba leer mucho y era muy buena dibujante. Había decorado su habitación con los cuadros en acuarela que había pintado en el colegio secundario. Una de las últimas alegrías en familia que vivimos con Arpí fue cuando el día del cumpleaños de mi mamá, en 1975, la invitamos juntos al cine para que pudiera ver una película sobre Estambul (donde había nacido) y después la llevamos a comer a un carrito de la Costanera. En 1977, Arpí pasó su último Año Nuevo con nosotros, pero poco después de la medianoche anunció que se iba a seguir festejando con sus compañeros. Era una gordita morocha muy sociable, que tenía dos grandes amigas profesionales en Marina Baños y Marina Arce, pero reconozco que cierta parte de la vida de mi hermana todavía es una incógnita"*.

La intensa historia personal de Arpí Seta Yeramian revive a través de una baldosa colocada en el Liceo N° 1 por los Vecinos de Almagro y Balvanera y la agrupación Barrios por Memoria y Justicia, en recuerdo de las doce estudiantes de la institución secuestradas y una asesinada por el terrorismo de Estado. Su nombre también resuena en los homenajes que se realizan en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UBA.

**¿P**or qué descendientes de armenios fueron desaparecidos y asesinados por la dictadura cívico/militar de la década de 1970?

Porque militaron contra la dominación extranjera, en defensa de la libertad y los derechos humanos.

Porque la historia armenia es una sucesión inconclusa de luchas contra la dominación extranjera, en defensa de la libertad y los derechos humanos.

Porque la libertad está en los genes del pueblo armenio.

Porque su inmolación fue un acto de agradecimiento al pueblo argentino y, tal vez, un tácito homenaje inconsciente a sus familiares víctimas de genocidas.

Como ellos, lucharon contra genocidas.

Porque todos los genocidas son iguales, sean turcos o argentinos.

**Rubén Artzruní**

Periodista e historiador. Dirigió el semanario *Gamk* y el periódico *Armenia* y tradujo del armenio al castellano el libro *Historia del pueblo armenio*, escrito por su padre Ashod Artzruní.



## *Elena Kalaidjian*

El 8 de marzo de 2005 no fue un día más para la familia Kalaidjian ni para los centenares de espíritus solidarios que habían acompañado la incesante búsqueda emprendida por Esteban Kalaidjian (que falleció diez años antes, sin ninguna certeza sobre la suerte corrida por su hija mayor), su esposa Isabel Ishjanian y sus hijos Adriana y Arnaldo. El Equipo Argentino de Antropología Forense acababa de identificar los restos de Elena Kalaidjian y, después de mucho tiempo (exactamente 28 años), Adriana volvía a mostrarse serena ante la noticia que escuchaba de boca de Carlos “Maco” Somigliana. Por fin, había refrenado el vértigo de sus pasos y se animaba a sonreír para devolver cada abrazo. Una bocanada de aire fresco se colaba por las llagas de ese dolor que la aquejaba para siempre desde ese fatídico atardecer de 1977. Los cuerpos de Elena Kalaidjian y Julio Panebianco habían sido encontrados y exhumados el 14 de agosto de 2003 en fosas individuales, que estaban enterradas un metro y medio bajo el suelo del cementerio de Chacarita. A partir de ese momento clave, las familias esperaron los resultados de adn.

En primera instancia, las muestras de adn fueron enviadas a la Universidad de Los Ángeles, en California (Estados Unidos). Después, el análisis genético realizado en un laboratorio de Córdoba con el asesoramiento de una institución de Canadá, arrojó una compatibilidad del 99,2 por ciento con Elena Kalaidjian.

La búsqueda acumulaba una vertiginosa secuencia de idas y vueltas, frustraciones, promesas y esperanza truncada y siempre renacida. Las tensiones se dispararon como nunca en diciembre de 1982, cuando los generales Reynaldo Bignone y Cristino Nicolaidis conducían el tramo final de la dictadura y un telegrama enviado a la casa familiar de Valen-

tín Alsina sobresaltó a Isabel. La mamá de Elena debía presentarse ante el Consejo de Guerra de las Fuerzas Armadas para reconocer el cuerpo de su hija. La citación agregaba que Elena había muerto en un enfrentamiento en 1977 durante un robo de automóviles. Los funcionarios de facto exhibieron una foto a Isabel, en la que una joven de pelo largo aparecía sin vida sobre el volante de un Citroen, pero la madre tenía la certeza de que su hija no sabía manejar y que usaba el cabello corto. Tampoco coincidía la ficha dental. En definitiva, la tumba NN que le querían adjudicar no era la buscada por la familia Kalaidjian.

A partir de ese duro revés, Adriana pareció salir disparada con la mira puesta en cada voz, cada dato suelto o pista posible que podía acercarla hacia su hermana. Caminó, corrió, digirió como pudo la afrenta de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, tropezó seguido y se levantó, pero no se detuvo. Hasta que en marzo de 2003 optó por una forma de búsqueda colectiva y se unió al grupo "Hermanos de Desaparecidos por la Verdad y la Justicia". Desde ese espacio se vinculó con "Familiares de desaparecidos" y tomó contacto con la Subsecretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Fue recibida por Cecilia Ayerdi y recién entonces tomó respiro. *"Yo estuve en el mismo lugar donde estuvo desaparecida tu hermana, pero no la conocí. El Equipo Argentino de Antropología forense te está buscando"*, escuchó Adriana de boca de la prestigiosa antropóloga.

Los testimonios de ex compañeros de militancia y cautiverio permitieron establecer que el 21 de enero de 1977, Elena, de veintidós años, fue secuestrada en Lanús y llevada al centro clandestino de detención Garage Azopardo, que funcionaba en la sede del Servicio de Mantenimiento de Automotores de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal, en la manzana que forman la avenida Huergo y las calles Chile, Azopardo y México, en San Telmo. Una vez desmantelado ese tenebroso galpón que ocultaba interrogatorios ilegales con torturas y humillaciones, según el testimonio de la sobreviviente Celina Zavola de Colautti, el suplicio de Elena continuó en el ccd El Atlético, en el subsuelo de un edificio destruido de Paseo Colón entre San Juan y Cochabamba, a pocas cuadras de Azopardo. Los pocos datos que la familia logró reunir dan cuenta de una "traslado" realizado por los represores el 18 de marzo de 1977. Elena Kalaidjian, Julio Panebianco, Ana Teresa del Valle Aguilar y Norberto Gómez fueron conducidos hasta Labardén al 300, en Parque Patricios, introducidos en el interior de un Citroen de color amarillo -robado a Luis Alberto Fuentes, también desaparecido- y acribillados. Al día siguiente,

la información oficial difundida por varios diarios de alcance nacional replicaban el texto de un enfrentamiento fraguado.

Antes de caer en las garras de los represores, Elena cursaba el cuarto año de la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y acababa de aprobar el ingreso a Medicina con su hermano Arnaldo. Era el mejor homenaje que podían hacerle en vida a su padre, un reconocido médico de Valentín Alsina, quien también se destacaba como traductor de textos literarios del idioma armenio al castellano.

*“Era una alumna excelente, muy autoexigente. Sus compañeras más cercanas eran Analfa Meghdesian, Sirán Zorian y Silvia Balian. Recuerdo mucho su imagen en el escenario del teatro Coliseo cuando se recibió de bachiller. Parecía una reina, ataviada con el vestido largo color rosado con bordados blancos que le había cosido mi mamá”.* Así resume Adriana el paso de Elena por la primaria y el secundario de Jrimian, el colegio de la comunidad armenia de Valentín Alsina, en el partido de Lanús. Los excelentes promedios de Elena, Analfa y Sirán decidieron a las autoridades del colegio a becarlas para que pudieran viajar a Beirut y perfeccionar su conocimiento del idioma armenio a lo largo de tres meses.

Adriana conserva entre sus tesoros más preciados el diario personal que cuenta cada vivencia de su hermana en Líbano, un mundo nuevo que descubría rodeada de familiares que compartían su devoción por la cultura ancestral. De entre los recuerdos frescos que preserva Adriana también afloran las vacaciones en familia compartidas en una casa del aristocrático barrio montevideano de Carrasco. Cuando el doctor Kalaidjian no contaba con muchos días disponibles, cambiaban los veraneos en Uruguay por unos días a pura pileta y juegos de Carnaval pasados por agua en una casaquinta de Merlo, en el oeste del Gran Buenos Aires. Pese a ser diez años menor que su hermana, Adriana se las arreglaba para ser parte de esos ratos de alegría con Elena, Arnaldo y sus amigos huéspedes.

Esteban Kalaidjian llevaba sobre su propio cuerpo las marcas del genocidio sufrido por el pueblo armenio. Había nacido en Sepastia, un pueblo de la Armenia histórica también conocido como Sivás que a principios del siglo XX permanecía ocupado por el Imperio Otomano y actualmente es uno de los antiguos enclaves armenios ocultos entre los límites de Turquía. Isabel nació en Buenos Aires, pero sus padres, escapados de Marash, también cargaban con las terribles imágenes de la matanza y el flagelo de las pérdidas y el exilio. *“Creo que todo eso tuvo mucho que ver con la fuerte vocación de mi hermana por la justicia social y la*

*reivindicación del obrero y sus luchas. La Gordi era una intelectual no orgánica que creía fervientemente en el surgimiento del hombre nuevo. Luchaba denodadamente para que no hubiera más pobres y los chicos no se murieran de hambre*", recuerda Adriana a Elena y, al mismo tiempo, delinea un perfecto cuadro de época.

Adriana admite que su propia pasión por los textos de Mario Benedetti y Julio Cortázar refleja la marca indeleble de Elena. Ese vínculo inquebrantable entre las hermanas también podría entrecruzarse en la carrera de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, especializada en Psicopedagogía, que Adriana eligió cursar hasta el examen final en Filosofía y Letras de la UBA, la misma facultad a la que asistía Elena hasta sus últimos días en libertad.

Treinta y dos años después, Elena Kalaidjian fue homenajeada por los alumnos, ex compañeros, docentes y autoridades de Colegio Jrimian de Valentín Alsina junto a representantes de organismos de Derechos Humanos y funcionarios municipales de Lanús. Las palabras de la profesora Susana Calzoni: *"Hoy Elena somos todos, pero también todos somos hijos de Esteban e Isabel, hermanos de Adriana y Arnaldo"* y María Dumanian: *"Elena era brillante y muy capaz, noble y amigable"*, sencillas y a la vez profundas, dejaron flotando en el ambiente una espesa atmósfera de emoción por la alumna egresada en 1974. Fue el prelude para el potente desahogo de Adriana Kalaidjian: *"Esta carta es para la persona que vivió y luchó por y para sus ideales, que se supo sobreponer a las sombras de la sociedad, que no tembló en el momento de opinar, que no murió ni desapareció. Porque, por más que quisieron, no se la pudieron llevar. Porque esta persona está y siempre estará. Porque fue heroica y en su lucha por la justicia y la igualdad dejó una huella en el corazón de la sociedad. Gracias por dar y no esperar recibir, por el eterno recuerdo de esfuerzo que nos dejó, por querer cambiar el mundo y dejarnos el legado de la ilusión y la esperanza de que sí se puede. Gracias a esta persona. Gracias a Elena Kalaidjian"*.

**E**n el marco de la solidaridad que promueve el centenario del genocidio armenio, para pensar tanto en la reparación de ese crimen de lesa humanidad como en el caso de los crímenes de la dictadura cívico-militar de la Argentina 76/83 y todos los genocidios, es imprescindible poner atención en las causas estructurales que desencadenan las políticas de exterminio y responsabilizar no sólo a aquéllos que las ejecutaron sino también a quienes las permitieron, usufructuaron y ocultaron su concreción material. Para eso, es imprescindible resignificar el rol de las potencias europeas y Estados Unidos en estas tragedias, sobre todo si eso es explotado con la finalidad de fortalecer una perspectiva exculpatoria y, de manera hipócrita, como medio para incrementar un capital simbólico que los erija en defensores de los valores humanistas que suelen avasallar. A la poderosa máquina negacionista hay que contraponer la afirmación de la existencia de un plan estatal de exterminio y de los crímenes cometidos y reclamar Verdad y Justicia a través de una política reparadora basada en la igualdad de derechos y el respeto a la diversidad. Hay que sostener la preponderancia de los intereses colectivos, los lazos solidarios y la igualdad de todas las personas y naciones del mundo en lo atinente a sus derechos. Es el único camino posible para promover la Paz y la Amistad entre los Pueblos, pero con Memoria y sin impunidad.

Adrián Lomlomdjian

Presidente de la Unión Cultural Armenia (UCA)

y director del periódico *Seván*. Dirige y conduce el programa radial

*La voz armenia*, creado por su padre, Nubar Lomlomdjian, en la década del 50.



## Juan Carlos Abachian

El fatídico 1976 marca un hito indeleble entre los recuerdos de la periodista Marta Abachian. Se detiene una y otra vez en dos momentos precisos, decididamente contrastantes de ese año que quedó fijado como una bisagra en la vida de cada integrante de su familia, para repasarlos con nostalgia y dolor.

Por un lado, el atardecer lluvioso del veintidós de mayo, cuando su hermano Juan Carlos Abachian llegó a la casa familiar del barrio La Perla de Mar del Plata con tres compañeros del equipo de rugby del Mar del Plata Day School. Venían decididos a seguir por televisión la proeza que edificaría en el último round el boxeador Víctor Galíndez -entonces campeón mundial de la categoría mediopesado- frente a su retador Richie Kates en Johannesburgo, Sudáfrica. Apiadada por el aspecto desmejorado de los tres deportistas que llegaban con lo puesto -la camiseta a rayas verde y marrón apenas se distinguía entre los resquicios que dejaba la armadura de barro-, Susana Bedrossian, la madre de Marta y Juan Carlos, se apuró para prepararle susculentos sándwiches de milanesa y exóticos *lehmeyún* y *shish kebab* orientales, sus especialidades heredadas de los ancestros armenios.

Esa es la parte de la historia que todavía despierta en Marta una leve sonrisa, un visible dejo de ternura. Pero enseguida su mirada se pierde y su relato -desde ahora, entrecortado- remite al 27 de diciembre de 1976. Es el día exacto en que la familia se hizo trizas, enterada de que un grupo de tareas de la dictadura se había llevado a la fuerza a Juan Carlos Abachian, el aguerrido pilar que empezó a mostrar sus condiciones con la guinda en Universitario y, entre 1968 y 1973, escaló desde la cuarta hasta la primera división del Mar del Plata Day. A esa altura, ya estaba casado con Mercedes Loyarte -cuyo derrotero de exiliada hizo escalas en Brasil

y México, antes de recalar en España- y se desvivía por Rosario, su hija de 8 meses de edad a la que puertas adentro llamaba "Taty". Abachian se había radicado en La Plata. Allí repartía su tiempo entre la familia, el empleo en un taller de chapa y pintura, la carrera de Abogacía en la Universidad Nacional y la opción a la que se había volcado fervorosamente como militante de la Juventud Peronista y lo alejaba cada vez más del deporte activo: trabajo solidario en villas y barrios carenciados.

*"Nació en 1950 pero parecía mayor. No tenía un gran físico aunque en esa época le alcanzaba para destacarse, encorvado y bastante pelado. Cursábamos las materias de Derecho juntos en la Universidad Católica de Mar del Plata y solíamos ir a lo de Juan Carlos a estudiar. Durante años, esa fue mi segunda casa. Él era el más serio del grupo, sano, medido y sin vicios. Por eso, nos sorprendió dejar de verlo de un día para el otro y, mucho más, enterarnos años después de que estaba desaparecido"*, lamenta el abogado Gustavo Togni, legendario capitán del Mar del Plata Day a principios de los años 70. Togni dejó de jugar en 2003 (a los 51 años), para cumplir la función de capitán general de rugby y hockey femenino del Mar del Plata Club.

La trama familiar es una más entre las miles de historias que escribieron los inmigrantes llegados a la Argentina a principios del siglo XX. Soghomón Abachian había nacido en Kessab (Siria) y se embarcó a Buenos Aires con sus hermanos cuando contaba 12 años de edad. Aquí se encontraron con sus padres. En 1949, el inmigrante sirio de origen armenio se casó con Susana Bedrossian. Su primogénito Juan Carlos nació en 1950. Tres años después llegaría Miguel Ángel y en 1962 llegaba el turno de la única hija. Vivieron un tiempo en Buenos Aires, donde Juan Carlos fue introducido en la cultura armenia en un colegio de Palermo. Después, ya radicada en Mar del Plata, la familia se dedicó a la fotografía, pero recién alcanzó cierta estabilidad a través de un local gastronómico, que funcionó durante veintidós años en la legendaria escollera Gancia, entre Playa Popular y Punta Iglesia. Pero el destino de la familia cambiaría de rumbo hacia límites insospechados.

*"El armenio tenía mucha garra"*, retoma la descripción sobre Juan Carlos su antiguo compañero de equipo y de estudio Togni. Sin quererlo, saca a la luz un detalle saliente de la relación cotidiana. Era usual que los amigos expresaran su afecto hacia Abachian con el apodo "Turco", hasta que Soghomón Abachian -el padre de Juan Carlos- les confesó que una llaga lo mortificaba desde la infancia: varios de sus antepasados habían sido víctimas del genocidio que el estado turco organizó contra los arme-

nios entre 1890 y 1923. De ahí en más, el apelativo "Armenio" desplazó para siempre al "Turco".

La militancia política y el llamado de la sangre ancestral corrían de la mano en la vida intensa que había emprendido Juan Carlos. Miguel Ohanessian, miembro del Partido Comunista antes de ser perseguido, detenido, torturado y desaparecido por unos días de 1976 y exiliado en Brasil durante dos años, recuerda los continuos viajes que su amigo armenio de Mar del Plata realizaba a Buenos Aires, con el propósito de no perderse los bailes organizados por instituciones de la colectividad armenia. *"Juan Carlos militaba en la Juventud Universitaria Peronista de su ciudad y ocupaba el cargo de secretario general. Cada vez que venía acá nos enroscábamos en discusiones sobre la posición de Perón en el contexto político de los 70"*. Las charlas sobre los temas más en boga en la época continuaban en la Costa Atlántica. Cada visita de Miguel a la familia Abachian se transformaba en un encuentro siempre "raro y emocionante". El retorno de Perón al país después del exilio de 18 años y la política nacional y partidaria eran los temas excluyentes que obsesionaban a Juan Carlos y Miguel. Las charlas se encendían en medio del trabajo que ocupaba a toda la familia Abachian en sus dos kioscos pegados al Club de Pescadores y en el balneario cercano al faro de Punta Mogotes donde veraneaban.

En 2003, Maico -el hijo mayor de la familia, fallecido en 2005- revelaba que había sido el básquet la otra gran pasión en la que coincidían los dos hermanos varones: *"Antes del rugby, hasta cumplir 15 años, Juan Carlos fue basquetbolista de las categorías Infantiles y Cadetes en Unión de Mar del Plata. Confundidos, bastante después los parapoliciales venían al club a preguntar por él y más de una vez me llevaron a mí, por las dudas"*.

Las intimidaciones se transformaron demasiado rápido en muestras explícitas de terror. El 17 de septiembre de 1976, cinco encapuchados ametrallaron la casa de los Abachian, como brutal carta de presentación antes de ingresar tirando puertas. Como un monstruo desorbitado, en minutos revolvieron todo a su paso y se llevaron el botín en un camión. Esa misma noche de espanto, Marta, abrumada por el miedo, empezaba un dramático peregrinaje de varios meses por casas de amigos y parientes solidarios. Su vivienda ya estaba marcada.

De Juan Carlos Abachian -cuyo nombre se suma a la lista de rugbiers desaparecidos junto a 17 jugadores del club La Plata y otros dos de San Luis, también de la ciudad de La Plata- se sabría muy poco. "A lo mejor

se lo llevaron al Penal de Rawson”, “tal vez viajó a Montevideo”, “lo han visto en la ESMA” eran algunos datos borrosos que les llegaban. A su vez, las investigaciones del fiscal Félix Crous, avaladas por la Cámara Federal de La Plata, permitieron establecer que tres jóvenes marplatenses -entre ellos, Juan Carlos Abachian- permanecieron en manos de los represores en la Comisaría 5° de la capital provincial. Hacia cada uno de los rezagos de esas usinas del horror corría desesperada la familia, en una búsqueda infructuosa que no tiene final.

**L**a tarea de identificar en relación a los desaparecidos de la dictadura militar argentina tiene que vérselas, según el antropólogo forense Darío Olmos, con las identidades sin cuerpo y con los cuerpos sin identidad<sup>1</sup>. Identidades de personas que han sido denunciadas como desaparecidas pero cuyos cuerpos no están presentes, forman parte de la primera categoría. Mientras que los cuerpos sin identidad hacen referencia a restos corporales todavía sin identificar, con datos consignados por la función registradora del Estado. En el caso armenio, no sólo no hay cuerpos “sin identidad” sino que tampoco hay “identidad” de esos cuerpos ausentes. Los familiares de los sobrevivientes tienen datos imprecisos, algunos nombres, edades muchas veces equívocas de sus familias desaparecidas; sea porque los familiares directos ya no están, o porque un silencio perplejo enmudeció a las víctimas. Problema que genera el fantasma de fragmentación en las generaciones siguientes, y una identidad en el sujeto diaspórico armenio siempre en cuestión ya que debe conjugarse con un *sin cuerpo* no identificado. Ser invisible para el sujeto perseguido puede ser una manera de hacer una diferencia, como una pausa en la persecución. Contra la visibilidad a cualquier precio del hostigamiento, el armenio de la Argentina prefirió no hablar. El miedo a la palabra en su registro visible implicaba reactualizar el régimen de sospecha y muerte: “si hablo podrán mandarme matar desde allá, a mí y a mi familia”. Al silencio intacto con que venía de su exilio, se le sumaba el silencio impuesto por la dictadura cívico militar argentina que reactualizaba el horror. De manera tal que, ante la desaparición de

---

<sup>1</sup> Battán Horenstien, Ariela; *Del cuerpo de los sabios a las somatografías en Identidad, representaciones del horror y derechos humanos*; Barrionuevo, Battán Horenstein, Olmo, Scherman, compiladores; Encuentro Grupo Editor, Córdoba, 2008.

sujetos de la comunidad, la respuesta generalizada de la colectividad fue la indiferencia. Ni siquiera hubo un trabajo de pérdida en las expresiones artísticas, manifestaciones que resultaban ser siempre problemáticas. Concebida como lugar de fantasía y de goce, cuando no del sufrimiento traumático, los textos y prácticas artísticas constituyen realidad. Esta incapacidad de reconocimiento del armenio de la diáspora creaba un nuevo tipo de individuo, alguien fuera de la zona de dolor. Ya no se reconoce como cuerpo físico sino como cuerpo manejable, estadístico.

“Entumecidos por haber estado tanto  
en la trinchera del miedo y del silencio  
descubrimos que no hubieron nacimientos o crecimiento  
en esa hueca esterilidad de la palabra  
hundándose en el asco y la prudencia”

Agustín Tavitian  
*La palabra invicta*

Una dislocación de lo visual a lo táctil: no sentir el cuerpo. La máquina sensorial, el cuerpo como superficie en la que se inscriben los eventos y la producción de placeres se construye ausente, desierto. Y no es sólo la identificación con el desaparecido lo que se experimenta, sino el miedo renovado de ser el próximo asesinado. Ni cuerpos de placer, ni cuerpos dóciles, la anestesia arrasa los cuerpos.

“Tú duermes en profundo sueño;  
mira, se levantan los muertos de sus sepulturas...  
mira. Los huesos de los esqueletos respiran;  
mientras tú eres el abominable muerto”

Natali Shahan  
Con Ararat

Fragmento de *El depósito humano*.  
*Una geografía de la desaparición*.

Ana Arzoumanian  
Escritora, abogada y psicoanalista.



Juan Carlos Mardikian

## *Juan Carlos y Nora Mardikian*

El martirio de los hermanos Juan Carlos y Nora Mardikian empezó mucho antes de su detención e inmediata desaparición en abril de 1976 en Valentín Alsina, partido de Lanús. Su padecimiento, anterior incluso a la persecución derivada de su militancia política, empezó en el propio ámbito familiar de la casa que compartían con sus padres Martín Mardirós Mardikian y Lucía Boghosian, en Curupaytí (actual Adolfo Palacios) 1768, Valentín Alsina. "Es increíble lo que sufrían mis primos. Su papá era un loco de la guerra, policía de la Brigada de Lanús, que volvía muy agresivo a la casa, los golpeaba y los echaba a la calle desnudos. De madrugada, mi tía golpeaba la ventana de mi casa llorando y lastimada para pedirnos comida porque el marido le pegaba, la arrastraba de los pelos y desaparecía seguido durante una semana o más sin dejarle un centavo para la comida. Era cosa de todos los días que el doctor Esteban Kalaidjian, un prestigioso médico del barrio, le quitara los coágulos que se le formaban en la cabeza", cuenta Adolfo Boghosian, que en esa época vivía en una casa de Colombia al 1700, a pasos de ese escenario de violencia cotidiana.

A duras penas, Juan Carlos y Nora lograron emerger de ese ambiente hostil para tomar respiro afuera. Juan Carlos era un adolescente poblado de proyectos



Nora Mardikian

cuando compró una máquina con la firme decisión de fabricar zapatos. También daba rienda a su fanatismo por Ríver y otros gustos personales. Destilaba un aire de dandy y, algo excéntrico, vestía llamativas camisas floreadas de colores chillones cada vez que se juntaba con su mayor compinche (el primo Jorge) para ir a bailar a Mi Club (el boliche de moda de Banfield) o a Camote, en Lanús. Jorge no se quedaba atrás: rubio y siempre elegante, aparecía al volante de su Chevrolet 1948 con un pañuelo de seda al cuello y anillos de oro.

Con el primo Adolfo, en cambio, Juan Carlos pasaba horas en la vereda jugando con las navajas incautadas a los ladrones, que el policía Martín Mardikian llevaba a su casa. Una vez el propio tío Martín amagó con jugar literalmente con fuego con su sobrino. Sacó un revólver del placard y se lo puso en la frente, antes de preguntarle “¿te gusta?”. Del miedo, Adolfo se quedó duro, sin atinar a responderle.

Nora vislumbró ese espacio de contención negado en su propia casa en el taller de costura de calzados de su tío Lázaro, el padre de Adolfo. La joven compartió tareas allí con Nelson Cabello Pérez, que llevaba nueve años como empleado y a esa altura ya era considerado casi como un hijo propio por Lázaro Boghosian. Nora se enamoró de ese carismático inmigrante chileno, integrante del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Se casaron y empezaron a compartir la actividad política. A ellos se sumaría muy pronto Juan Carlos Mardikian.

Adolfo conserva entre sus mejores recuerdos la excursión de mochileros que compartió en 1971 con sus primos Juan Carlos y Nora, Nelson y su hermano Lorenzo Cabello Pérez, Héctor Vigarra y Néstor Mármol. *“Acampamos a la vera de un río y trepamos con una soga hasta la cruz de Carlos Paz, en Córdoba. Cuando regresamos nos encontramos con la sorpresa de que nos habían robado todo. Pero también recibimos un invaluable gesto de solidaridad por parte de dos mochileros de Quilmes (uno de ellos de origen armenio), que nos proveyeron víveres. Fue una hermosa experiencia para todo el grupo”*, valora Adolfo Boghosian.

Juan Carlos y Nora sentían una ternura especial por su hermano y ahijado Ricardo, que había sido adoptado por su madre Lucía una vez que consiguió librarse de su marido y se fue a vivir a Villa Fiorito y después se instaló en San Francisco Solano con su nueva pareja, Juan Gotte.

Juan Carlos Mardikian tenía 19 años y su hermana Nora había cumplido 21 al ser detenidos junto a Nelson Cabello Pérez (de 23 años) por un grupo armado, a la 1 de la madrugada del 9 de abril de 1976. Trabajaban como obreros en la fábrica textil Edenz. “De ese lugar, que funcionaba

enfrente de la casa de Juan Carlos y Nora, en Valentín Alsina, desaparecieron nueve personas”, afirma Adolfo Boghosian. El caso fue analizado en los Tribunales de La Plata en el marco del Juicio por la Verdad llevado adelante en 2010. Uno de los familiares que brindó su testimonio fue Sergio Hernán Cabello Catalán, quien había presentado un recurso de Hábeas corpus a favor de su hijo Nelson Cabello Pérez, su cónyuge Nora Mardikian y el hermano de esta, Juan Carlos Mardikian.

No quedaron rastros sobre el paso de Juan Carlos y Nora por un centro clandestino de detención y tortura. El cuerpo de Nelson Cabello Pérez -nacido en Santiago de Chile en 1953-, en cambio, fue identificado en 2012. El anuncio fue realizado por Graciela Jorge -secretaria de Seguimiento de la Comisión para la Paz de Uruguay-, a treinta y seis años del hallazgo de los restos en 1976 frente a las costas del departamento Rocha (en el sudeste de Uruguay), unos veinte días después de ser arrojado al mar a través de uno de los “vuelos de la muerte”.

**N**uestro pasado, nuestra historia, nos hacen ser lo que somos, como personas y como sociedad. No sólo aquello que pasó, sino también el modo en que le damos sentido hoy, cómo lo transmitimos, qué cosas seleccionamos para que formen parte de él. El pasado y sus circunstancias actuales, podría decirse.

Cuando en el pasado han ocurrido hechos graves o trágicos, las marcas en la vida personal o social son más profundas y más visibles, porque se torció de algún modo cierto normal devenir de las cosas y existe entonces "un antes y un después" del acontecimiento. Las marcas, entonces y más aún cuando el pasado es reciente, forman parte de nuestros cuerpos y no nos es posible reconocernos sin ellas. En el terreno de lo político, las situaciones de violencia producto de conflictos políticos y sociales, procesos represivos, conflictos armados, guerras, genocidios, esa marca imborrable de su historia adquiere (aunque a veces se pretenda que no) un papel central en su presente. La sociedad está atravesada por ese acontecimiento cuyos efectos se actualizan una y otra vez. En Argentina, el pasado es presente porque hay procesos judiciales, porque hay jóvenes que no conocen su identidad, porque sigue habiendo desaparecidos, porque hay responsables impunes, porque hay gente exiliada, porque hay personas expropiadas. Y debe ser presente, además, porque hay memoria. Al decir de William Faulkner, *"el pasado no ha muerto, ni siquiera ha pasado"*.

La memoria colectiva de este pasado es una memoria construida, intencional, conlleva un compromiso ético y pedagógico, porque en esa "irrupción" del hecho excepcional que destruyó, cobró vidas, devastó, la responsabilidad humana tuvo un rol esencial. Lo ocurrido no fue casual, ocurrió porque una serie de circunstancias previas sentaron la posibilidad para que ocurriera, ocurrió por algo que debería ser prevenible en el futuro. Ese pasado que no deja de pasar, a la vez *nunca más* debe ocurrir.

Por eso las huellas, los registros de ese pasado deben no sólo preservarse sino además *trabajarse*: los documentos, los archivos, los testimonios y hasta los testigos, no hablan por sí mismos ni cumplen misión alguna estáticos, ocultos, ajenos al propio devenir de los acontecimientos actuales, sino que será necesario preguntarles, preservarlos, detectarlos, difundirlos, para lograr que el conocimiento de ese pasado sea cada vez más accesible a todos. Indagar en el pasado (para los fines que fueran: jurídicos, periodísticos, históricos, pedagógicos) requiere del acceso a las fuentes documentales, y la posibilidad de democratizarlo (a través de normas claras de accesibilidad, políticas de acceso, etc.) de construir un conocimiento colectivo y plural.

Graciela Karababikian

Socióloga, investigadora del

Programa Patrimonio Documental de Memoria Abierta.



## María Bedoian

*"Profundamente solidaria,  
idealista y creativa".* Así, sin una pizca de

duda, definen sus familiares y amigos a la periodista tucumana María Bedoian, la entrañable "Negra" desaparecida desde el 12 de junio de 1977, cuando fue llevada detenida de su departamento de la avenida Directorio de la Capital Federal. Es probable que su carácter y su vocación por las tareas creativas a toda hora hayan sido un fiel reflejo de sus padres Hagop (nacido en Kilís, en la Armenia histórica, actual territorio de Turquía) y Satenig, oriunda de Aintab, cuyos precipitados pasos tras el Genocidio de 1915 coincidieron en Tucumán en la década del 30.

La muerte al acecho parecía haber quedado atrás para siempre cuando nació María Bedoian en 1945 y después sus hermanos Juan y Pedro. Aún más parecían distanciarse los nubarrones oscuros del pasado una vez que la Escuela Vocacional Sarmiento despertó en María una irresistible inclinación por el arte, la escritura y la lectura y la empujó a crear un periódico de circulación interna.

Fue una primavera plena de sueños y alegrías, no exenta de sacrificios y desilusiones, que se extendió por 32 años. El destino volvió, cruel e impiadoso, para ensañarse con María y su esposo, el científico Ignacio Ikonikoff, cuando un grupo sin rostros ni nombres los arrancó de su vivienda, que abandonaron completamente saqueada.

Ikonikoff (primo de Moisés Ikonikoff, ex funcionario menemista en los años 90) había estado detenido en la cárcel de Villa Devoto por su militancia en el Movimiento Nacional contra la Represión y la Tortura y fue liberado gracias a la masiva amnistía de presos políticos, firmada en mayo de 1973 por el presidente Héctor Cámpora. Su título de físico fue coronado con la graduación con medalla de oro en Francia. La vocación por la escritura de María Bedoian también era un rasgo distintivo de su

esposo Ignacio, quien se dedicó a escribir artículos relacionados con su especialidad en la revista *Ciencia nueva* y se destacó como redactor en la revista *Panorama* y los diarios *El Mundo*, *La Opinión* y *Noticias*. El 12 de junio de 1977, cuando fue secuestrado en Marcos Paz y desaparecido con un grupo de compañeros, Ignacio Ikonikoff -de 35 años- integraba el Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA), cuya línea muy crítica con el rumbo militarista que habían adoptado ERP y Montoneros era dirigida por el abogado Eduardo Luis Duhalde. Antiguos miembros del staff de la revista *Militancia* y del peronismo de base, como Ikonikoff, Bedoian, el matemático José Voloch, Edgardo Loiurato y Liliana Galetti, se habían sumado a PROA desde su fundación, a fines de 1974.

En medio de la de atmósfera densa que padecía la Argentina de esos días, Ana Verónica (entonces, de 3 años de edad) sobrevivió a la tragedia de sus padres María e Ignacio y pudo ser rescatada por sus familiares, después de haber quedado una semana al cuidado del encargado del edificio. Hoy vive cerca de la molienda creada en Tucumán por su abuelo, el sastre que había llegado al Noroeste ya agobiado por las imágenes de otro horror colectivo, la gran tragedia sufrida por el pueblo armenio.

Detrás de las mechas de su largo cabello oscuro y la nariz prominente, la Mary apegada a la ropa de jean y los bolsos artesanales de hilo tejido escondía una pila insondable de ideales. Su sonrisa fácil revelaba una personalidad profundamente afectiva y solidaria, un ser vital y emprendedor que expresaba a su manera buena parte del perfil paterno.

Los sueños que María solía compartir con su amiga Nora Sisak durante la adolescencia tucumana la empujaron a subir al tren rumbo a Buenos Aires en 1963, con el firme propósito de cursar la carrera de Periodismo en el Instituto Grafotécnico. *"Nos conocimos como estudiantes en 1968, cuando La Negra tenía veintidós años. Trabajamos juntas en la revista 'Dinamis', que publicaba el Sindicato de Luz y Fuerza. Ella leía mucho y de todo. En el legendario Comité de Lucha de Prensa, María se revelaba fuerte y vulnerable a la vez, apasionada y compañera. Solidaria"*, la recuerda Norma Osnajansky en el libro de la editorial Sudamericana *Maten al mensajero. Periodistas asesinados y desaparecidos desde Mariano Moreno hasta José Luis Cabezas* escrito por Franco Salomone.

Alejandro Martí, otro graduado en la Escuela Superior de Periodismo, dependiente del Instituto Grafotécnico, habla de *"una divertida cofradía que duró tres años"* para referirse al grupo que conformaba con María Bedoian, Armando Vidal, María Esther Nostro y Siv Ekeren: *"Ingresé por primera vez a la vieja sede, un señorial palacete de Moreno*

1921 en 1964. María, entonces de 19 años, era cristalina, campechana, divertida, a veces irónica. Hablaba con una tonada provinciana que la hacía mucho más simpática aún. Ella vivía junto a unos parientes en el Barrio de las Mil Casitas, en Liniers. Cada vez que planeábamos una salida con el grupo, yo pasaba a buscarla porque todavía no sabía manejarse muy bien en esta ciudad. Tengo grabada en mi retina la imagen de una mañana (creo que íbamos a Tigre), en que toqué el timbre y María me atendió asomándose a una ventana de la parte alta de la casa, avisándome que en cinco minutos estaría lista. Han pasado los años y jamás olvidé ese momento. Hablaba frecuentemente de su familia, en especial de sus hermanos Juan y Pedro, a quienes solía mencionar como *Las Bestias*. Era fácil darse cuenta de que no eran más que muestras de cariño. María amaba profundamente a sus hermanos. Paradójicamente, tanto Armando Vidal como yo compartimos la Redacción de Clarín durante décadas con su hermano Juan”.

Martí deja atrás esa etapa de cándidos recuerdos y marca un paréntesis en su relación con María: “Después de recibirnos, cada uno tomó su rumbo. Con el tiempo me enteré de que María había formado pareja con Luis, dueño de un kiosco de diarios en la esquina de Marcelo T. de Alvear y Maipú. Allí volví a verla con cierta frecuencia. María había cambiado. La noté mucho más madura y empezaba a mostrar su costado de luchadora. Atendía el kiosco por las tardes y ya daba sus primeros pasos en el periodismo. Después supe que se consolidó en la profesión y como activista en el gremio de Prensa”. Martí revive la última imagen que le quedó de María, mientras visitaba la Redacción de la revista *Siete días* con Ignacio Ikonikoff. “Me hubiera gustado verla alguna vez trayendo de la mano a su hija Anita, pero el destino no quiso”, se resigna Martí.

La María inmortalizada en la memoria de Armando Vidal aflora “con anteojos de carey oscuro, ojos negros vivos, piel morena, cuerpo delgado con suaves formas, mediana altura y muy agradable cuando reía, algo permanente en esos años tiernos”. El histórico corresponsal del diario Clarín en el Congreso de la Nación marca el año 1971 como un mojón clave en el recuerdo de la colega: “En medio de la fiesta de casamiento de la periodista y antropóloga María Esther Nostro, mientras hablaba con María del presidente chileno Salvador Allende y de la imposibilidad de preservar el socialismo por la vía de la paz, conocí a Ignacio Ikonikoff, rubio, pintón y frío, su flamante pareja de entonces. Fue la última vez que la ví”.

En las sentidas estrofas de *Mambos tristes*, la poeta Graciela Cros (que compartiera aire con María en el programa *Radioanálisis* de Radio Municipal, hoy al frente de Talleres de Escritura Creativa, en Bariloche) refleja el dolor inconmensurable por la pérdida de su amiga de la infancia: “*Es importante que te diga que no te vi de niña, no trepé a tus árboles, no amé a tus muñecas, no salté a tu rayuela*”.

Las salas rodeadas de paredes húmedas de una imprenta -testimonio de aquel legendario barrio Paleermo Viejo, hoy reciclada a tono con el moderno perfil de tiendas de marca que impera en Palermo Soho- pueden saber mucho de los pasos inquietos, siempre apurados de María. Fiel a su estilo, a fines de los 60 salió a dar batalla desde la prensa escrita en el periódico *Armenia*, que se editaba en la calle El Salvador al 4600. No le costó mucho despuntar como una secretaria de Redacción multifacética. Se daba tiempo para producir y escribir notas, corregir, editar y hasta acomodar los caracteres de plomo en la linotipo. Varias veces, incluso, estiraba la jornada hasta más allá de la medianoche en la casa que Rubén Sirouyan y Anahid Djellatian compartían en Morón. “Bajaba de su Renault 4 con su sonrisa amplia y el infaltable cigarrillo encendido a mano, dispuesta a terminar el cierre y proponer temas siempre originales, viables para transformar en notas de interés para los lectores”, cuenta su ex colega y compañero de trabajo.

La chica inconformista que solía romper los rígidos moldes de la sociedad tucumana de entonces parecía, por fin, haber encontrado pista libre en Buenos Aires para encausar tanta energía creativa. Su pasión desbordante también le reclamaba afectos fuertes. Primero buscó cobijo en su tío Luis Djibelekian y enseguida buceó en la colectividad armenia, un nido de almas gemelas que en Tucumán sólo se restringía al ámbito familiar. Como en toda lucha ardua, María ganó y perdió. Pero hasta el final, ese ser único y generoso, querible a la distancia, no retaceó nada para dar todo de sí.

*Mambos tristes* (poema dedicado a María Bedoian por Graciela Cros).

Publicado en el libro *Pares partes*, de Ediciones De la Flor, Buenos Aires, 1985.

Escribo torpemente  
A tropezones  
Casi como un topo bajo el sol tenaz de la montaña  
Escribo desde un tiempo sin calificativos  
en el que hilo suave  
la loca divagata de ciertos mambos tristes:

María  
es importante que me diga  
que no te vi de niña  
-Yo no te vi de niña-.  
No trepé a tus árboles.  
No amé a tus muñecas.  
No salté a tu rayuela.  
Mi pañuelo no estuvo en tu rodilla  
sucio y lastimado  
Pero anoche en mi sueño  
claramente decías:  
"Charlemos,  
tenemos tanto que decirnos"  
Y me tomabas de las manos.  
Y eran sólo preguntas que venían  
caían  
estallaban  
a borbotones  
fieras  
apuradas  
se abrían  
como estrellas en la madrugada:  
¿Era dura esa bala que te rasgó la carne?  
¿Eran tuyos los gritos que cortaban mi almohada?  
¿Era roja la sangre que te borró la cara?

Acaso  
¿les hablaste?  
¿les explicaste algo?  
¿les tuviste ciego odio o solamente lástima?  
¿los miraste a los ojos?

Ellos

¿tenían ojos?

Tu piel

¿se puso pálida

cenicienta de vidrio?

¿envejeció de golpe tu piel tirante de muchacha?

¿murmuraste "Dios mío"?

¿te tapaste la cara?

¿era dura esa bala?

¿supiste que llegaba?

¿tuviste tiempo para prepararte

o acaso

te destruyeron

antes de esa dura bala?

María

¿y tu pelo?

¿qué pasó con tu pelo escurridizo como ala?

¿y tus dientes?

¿no les mordiste nada con tus dientes tan grandes?

¿Cómo pudieron, cómo

con tan bello animal?

María

¿ellos amaban?

¿ellos tenían hijos?

¿sabían de tus hijas?

(Casi como un topo bajo el sol tenaz de la montaña escribo torpemente  
a tropezones

Con este dolor sordo sorda culpa miedo sordo sorda bala.

Hay caminos

María

que sólo sirven para ir.

Nunca para el regreso.)

**A** la hora de cometer sus peores atrocidades, ninguna dictadura pregunta origen, nacionalidad, ocupación o estrato social al que pertenecen sus víctimas. Para dominar y poner en práctica sus políticas antipopulares, sólo se esmera en crear un enemigo y cortar de raíz ese supuesto peligro que se avecina. Así hicieron las autoridades turcas con el pueblo armenio en 1915 y la misma metodología aplicaron los gobiernos militares en Latinoamérica.

Para poder entenderlo y no caer ingenuamente en la red del terror colectivo tenemos que ser personas con pensamiento libre y amplio. Pero también es imprescindible contar con el afecto entre prójimos, el calor del hogar familiar. Es clave el rol de la cultura para crear conciencia sobre estos flagelos que destruyen a la Humanidad. Independientemente de las ideas que profesa, el verdadero artista -vocacional y sabedor de su rol transformador en la sociedad- está capacitado para discernir entre lo creativo y lo destructivo. No se permite hacer el mal y contribuye a crear buenas personas.

Perder un ser querido de manera brusca, no natural y antes de tiempo, es una herida que no cierra nunca. Por esa razón, los familiares y amigos que sufren este terrible dolor merecen el mayor de los respetos, comprensión y un cálido abrazo por parte de los demás.

Vahram Ambartsoumian

Bailarín, coreógrafo, integrante del elenco estable del Teatro Colón. Dirige el conjunto de danzas folklóricas armenias Nairí.



María Ester Goulecozian

## María Ester Goulecozian

Nacida el 7 de abril de 1946, la

psicóloga y artista plástica María Ester Goulecozian Tchilinguirian era una mujer muy llamativa: alta, de ojos claros muy grandes y pelo rizado recogido, solía calzar zuecos y, según la recuerdan sus colegas y compañeros del Hospital Nacional Profesor Alejandro Posadas, era *“muy dulce, se reía de todo, le gustaba viajar mucho y no era una turista cualquiera”*. Para eso aprendió varios idiomas y aprovechaba las facilidades que le otorgaba el trabajo de su hermana en Aerolíneas Argentinas. También era apasionada por la lectura, amante del arte y la política.

En el libro *Semblanzas I*, publicado en noviembre de 2011 por la Comisión de Derechos Humanos por la Memoria, la Verdad y la Justicia del Hospital Posadas, su amiga y colega Elina Aguiar revive un día de cumpleaños de María Ester en el hospital público, cuando la agasajada llevó comida armenia para celebrar y de paso reveló a sus compañeros que había comenzado una relación afectiva con un médico cardiólogo llamado Guillermo, aunque no llegó a presentarlo. *“Era muy querida por el grupo. Los fines de semana se quedaba a dormir en la casa de su mamá. Comprometida y entusiasta, disfrutaba de la vida”*, señala Elina. Una de las piezas clave de la tarea de recuperación histórica en el hospital es Cristina Pfluger, de la Comisión de Derechos Humanos del Posadas.

En 1975, un laboratorio había contratado a María Ester para que estudiara los efectos de los infartos en el cuerpo. En eso estaba ocupada ella desde su puesto en el Servicio de Cardiología del Posadas. Cuando pasó al Servicio de Psicopatología, estaba a cargo de las interconsultas en Cardiología, bajo la dirección del doctor Bastarolli. Desde la Asociación de Psicólogos, que presidía Beatriz Perosio, María Ester y Elina compartieron la lucha como delegadas del hospital para lograr una Ley de Psicó-

logos. Otra actividad que agitaba la vocación de servicio de María Ester era la creación de grupos terapéuticos entre la población del barrio carenciado Carlos Gardel, vecino al hospital. A ella le tocaban los pacientes en recuperación que habían sufrido infartos y permanecían internados en el séptimo piso.

Ese trabajo en equipo fue destruido por la intervención militar. Ya nadie podía prestar servicio en forma honoraria y fueron definitivamente interrumpidas las reuniones de clínica médica y las interconsultas. El personal del hospital estaba al tanto de una temible lista negra y se habían difundido los nombres de aquellos que iban a ser detenidos. Elina Aguiar recuerda el momento de máxima tensión en que María Ester estaba leyendo un artículo de Fanon sobre la forma de resistir la tortura, lo que derivó en una advertencia: *"María Ester, si sé que me van a torturar ya me estoy yendo"*. Acordaron entrar al hospital haciendo fila. Si alguien era detenido, lo otros se encargarían de avisar. Juntaron jabones y medias de lana para los que eran llevados por los represores, a los que —según les informaban— trasladarían al sur del país. Incluso en el mismo Posadas, la casa del director del hospital, Julio César Rodríguez Otero, donde vivía con su esposa e hijos, fue desalojada violentamente para la puesta en funcionamiento del centro clandestino de detención El Chalet, en 1977. El hospital sufrió la desaparición de once de sus trabajadores.

El panorama se terminó de oscurecer para María Ester el lunes 1 de agosto de 1977, cuando llegó a su pequeño departamento de Recoleta (en Uriburu 1670, 5º A) y se encontró con un panorama de devastación, todo revuelto, con las paredes pintadas con sus propias pinturas y cuatro tazas de café servidas. Corrió a la Comisaría del barrio para hacer la denuncia y le sugirieron que volviera a su casa para esperar hasta que "verificaran". *"La psicóloga de pelo afro y zuecos azules volvió y esperó, pero llegó una patota y se la llevó a El Vesubio"*, asegura Susana Reyes, compañera de detención de María Ester en ese centro clandestino de tortura y exterminio.

*"Escuché cuando la entraban en la cucha de al lado. No podíamos hablar ni mirar. Pedí que me llevaran al baño y con la capucha sólo podía ver el piso. Al pasar frente a su cucha ví los zuecos azules en la punta, como cuando uno deja los zapatos en la punta de la cama listos para salir. Esos zuecos allí me devolvían la cotidianidad. Pasados los primeros días desde su llegada pudimos hablar. Si el largo de la cadena nos lo permitía, podíamos hablar bajito. Me contó que en su casa le gustaba pintar"*, rememora Reyes. Diez años después el grupo de deteni-

das y desaparecidas que lograron sobrevivir a ese infierno se reencontraron en la estación de tren de Villa Devoto y Reyes pudo comprobar que conservaba demasiado fresca la imagen de María Ester: *“Pensaba en su sonrisa amplia, su preocupación por mi embarazo, su acto de amor de compartir conmigo lo poco que tenía para comer, sus manos generosas. Esperaba verla llegar con sus zuequitos azules, pero no pudo ser”*.

A través del Decreto 1199, sancionado el 19 de julio de 2012, la Secretaría de Estado de Salud Pública, dependiente del Ministerio de Bienestar Social de la Nación, ordenó revocar el acto administrativo del 21 de noviembre de 1978, por el cual la Dictadura había dejado cesante a María Ester Goulecozian Tchilinguirian, quien al momento de su desaparición (en 1977) tenía 31 años y se desempeñaba como psicóloga en Cardiología de Adultos en el Hospital Posadas. La nueva disposición transformó su “Foja de servicios” -manchado por un supuesto “abandono de trabajo sin causas justificadas”- en un “Legajo reparado”, que establece la desaparición forzada como la verdadera causa.

¿Son los Derechos Humanos o los humanos derechos? Mi abuela Armenuhi se guardó para sí todo lo que sufrió perseguida por el Imperio Otomano, separada de su familia cuando era una adolescente, para enviarla a la Argentina a casarse y formar su propia familia lejos de la suya.

Jamás la vi quejarse o moverse con actitud alguna de odio o rencor. Ni siquiera la escuché hablar mal de los turcos. Ni una sola vez. Tampoco se lamentó por las privaciones, sufrimientos y torturas por las que pasó ella y su pueblo, el armenio, nuestro pueblo. Todo lo contrario. Construyó a base de buenos platos y entrega incondicional, el más grande amor. En ese amor viajaron los genes de todo un pueblo que otros quisieron silenciar.

La tortura, muchas veces, suele ser peor que la muerte. Morir lentamente, soportando todo tipo de humillaciones y vejaciones, es la peor forma de morir. Así murió el 37 % del pueblo armenio entre 1915 y 1923, a manos del Imperio Otomano.

Más de un siglo ha pasado. Parece poco en la historia de un pueblo que viene dejando huella desde hace más de 4 mil años. Es nada y es todo. Nada porque los genocidios se han repetido y la Humanidad parece no haber aprendido, aún. Todo porque todavía hay mucho por hacer.

Dejar constancia escrita de estos hechos aberrantes y tocar el corazón de la gente ayudará a sembrar un camino. En ese sentido, estas historias escritas ayudarán a reforzar el trabajo por la concientización de la Paz mundial, el respeto mutuo y la tolerancia. Esperamos que el Estado turco pida perdón públicamente por la matanza cometida contra los armenios. Esperamos que todos los países en el mundo reconozcan este Genocidio. Para que no haya otros. Para poder reparar y construir. Para que *Verdad, Memoria y Justicia* no sea un slogan. Sea una forma natural de vivir. Para todas las generaciones.

Magda Taghachian

Periodista, trabaja en el diario *Clarín* y escribió el libro *Nomeolvides Armenuhi*.



## ***Maria Luisa Karaian***

El decidido compromiso de solidaridad con la toma del Frigorífico Nacional, en el barrio montevideano del Cerro, marcaría a fuego el carácter combativo que María Luisa Karaian venía madurando desde su adolescencia, cuando los temas de conversación que compartía con Carlos Cholakian, su primo de Buenos Aires, hacían foco en la Revolución Cubana y su influencia sobre el resto de Latinoamérica, la Unión Soviética, la guerra fría y las injusticias que aquejaban a los sectores menos favorecidos de la sociedad uruguaya.

Ese espíritu especial que había elegido rehuir de los dictados de la moda la empujaba a correr con bolsos llenos de comida desde la casa familiar –cercana al Hipódromo de Maroñas- hasta el Cerro, para llevar ayuda a sus compañeros de lucha que resistían el inminente cierre de la mole de la industria de la carne posada sobre la orilla del Río de la Plata. Así como la chimenea del polo petrolero de Ancap –en La Teja, a pasos del Cerro-, todavía en esos días la mole del frigorífico iluminaba las esperanzas de centenares de familias proletarias de la zona.

Desde el plano ideológico, María Luisa contrastaba con las ideas conservadoras de sus padres. Sin embargo, sus acciones solidarias eran una de las virtudes que había heredado de su padre. Pese a su ferviente empatía con el movimiento batllista y el Partido Colorado, Antonio Karaian –fallecido en Montevideo en 1987- pagaba algunos gastos del Comité de Base 26 de Marzo, que sostenía la lucha del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros desde el Cerro. Lo hacía con la misma vocación de servicio que lo motivaba a ayudar a la Iglesia Católica Armenia, una institución naciente de la diáspora que tenía su sede en una humilde vivienda adaptada en la calle Acevedo Díaz, en el barrio La Comercial. Para Antonio se trataba de formas de retribuir la generosidad de Uruguay, que había acogido a miles de sobrevivientes del genocidio armenio.

El rostro hermoso, subyugante, atravesado de punta a punta por una sonrisa, el pelo largo y lacio, los ojos marrones brillantes, la humildad y las largas charlas en turco con sus abuelos son los rasgos más notorios que activan la memoria de María Antonieta Zibdjioğlu cada vez que piensa en su hija. María Luisa estudiaba Notariado en la Universidad, cuando los riesgos de la clandestinidad la obligaban a poner límite a la demanda maternal por saber por dónde transitaba su vida y verla. *“Mamá, cuanto menos sepas de mí mejor”*. Definitivamente, la rutina familiar se había trastocado. A mediados de la década del 70 habían quedado demasiado atrás en el tiempo los paseos del matrimonio Karaian con sus hijas María Luisa y Elizabeth hasta el Hipódromo de Maroñas, donde compartían los almuerzos de los días feriados en el Palco de Socios.

Los fines de semana largos, María Luisa se había habituado a descansar en Punta del Este con su primer novio. Con Horacio Palomeque esos momentos de inmensa felicidad se expresaban a través del canto (una de las mayores pasiones de María Luisa) y las mateadas. Cuando se quedaban en Montevideo, si la tarde libre coincidía con algún partido de Peñarol, desde la casa de Horacio –en Parque Batlle– rumbeaban hacia el mítico Estadio Centenario. Faltaban algunos años para que María Luisa, mucho más comprometida con una parte del pueblo uruguayo metida en un enfrentamiento sin concesiones contra la Dictadura, le negara a Horacio “un último café en Buenos Aires” para no lastimarlo con la novedad de una nueva pareja. Desilusionado, Horacio viajó a Europa y se radicó en España.

Después del golpe militar de 1973 que interrumpió el período constitucional del presidente Jorge Pacheco Areco y dio luz verde a la persecución contra los disidentes políticos en Uruguay, María Luisa buscó respiro en Buenos Aires. Durante ese año y medio de militancia en Argentina conoció a Raúl Melogno Lugo, un zapatero nacido en Lavalleja en 1941, que había trabajado como obrero de la fábrica Alpargatas de Montevideo y era un destacado dirigente tupamaro. Fueron una pareja inseparable hasta el último instante de sus vidas. *“Cada vez que mi hija manifestaba su intención de regresar, sus compañeros le advertían ‘no vengas Marita a Uruguay’ y ella les respondía ‘la Patria nos necesita’”*, rememora María Antonieta.

Hace veintidós años, la madre de María Luisa se animó a caminar las calles de La Teja en busca de algún dato que la ayudara a reconstruir la tragedia de su hija. Un vecino de la casa de Pedro Giralt 5347 –que María Luisa compartía con Raúl Gualberto Melogno Lugo– le contó haber

visto cómo el 25 de mayo de 1975 los dos militantes tupamaros salieron a la puerta (ella vestida con un camión amarillo) y eran acribillados por fuerzas que pretendían allanar la vivienda. María Luisa, de veintidós años, y su compañero fueron llevados ya sin vida al Hospital Central de las Fuerzas Armadas. La *Investigación histórica sobre la Dictadura y el Terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, realizada por la Universidad de la República, determina que Melogno Lugo y Karaian se resistieron a balazos al operativo conjunto, realizado por fuerzas de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia, el Servicio de Información de Defensa, el Órgano Coordinador de Operaciones Antisubversivas, el Grupo de Artillería N° 1 y responsables de la Operación Conejo, iniciado el 30 de abril de 1975 con el propósito de vigilar, detener o matar a integrantes del MLN, muchos de ellos llegados desde Buenos Aires.

La implacable persecución que sufrió María Luisa en esos últimos meses y que desencadenó el terrible desenlace fue las consecuencia de una actitud "revolucionaria", que María Antonieta asimila a su padre Kirkós. El abuelo materno de María Luisa había nacido en Ankara, al igual que los abuelos de parte del padre, y desde muy chico padeció las brutales requisas a las que la vivienda familiar era sometida por parte de las autoridades otomanas. Kirkós soportó hasta donde pudo esa situación de extrema tensión, que profundizaba aún más las heridas dejadas por el genocidio de 1915. Kirkós se vio obligado a dejar su oficio de peluquero e interrumpió abruptamente la ayuda que llevaba a las víctimas armenias internadas en los hospitales de la capital de Turquía. Reunió a sus siete hermanos y los convenció de buscar mejores horizontes en Sudamérica. Antes de radicarse en Montevideo, desembarcó en Buenos Aires.

*"Me quedó la imborrable imagen de mi prima parada fumando, con una sonrisa. Ya era adulta, seductora y atractiva. Pero, sobre todo, a María Luisa la tengo bien presente como una chica muy reservada, jugada por sus ideales, que no dudaba en ir al frente"*, la describe Carlos Cholakian con una inmensa carga de afecto atravesada por el dolor.

**L**os desaparecidos armenios constituyen uno de los capítulos pendientes del pasado de la comunidad en la Argentina. Durante años, sus nombres se pronunciaron en voz baja y permanecieron circunscritos en el duelo familiar, totalmente desconocidos o ignorados para el grueso de la gente. Luego se convirtieron en una breve lista inscripta en una plaqueta recordatoria. No es el número lo que importa en este caso, sin embargo, sino conocer cada una de esas vidas tronchadas en circunstancias mayormente desconocidas o ignoradas. Si nos guiamos por la idea tradicional de que la historia requiere medio siglo para ser escrita, después de cuatro décadas, ha sonado la hora de que las historias de vida dejen de pertenecer al “folklore” comunitario y pasen a ocupar el lugar que les habrá de corresponder en la historia con mayúscula.

Vartán Matiossian

Historiador y traductor.

PhD en Historia, recibido en el Instituto de Historia de la Academia Nacional de Ciencias de la República de Armenia.



## Martín Toursarkissian

El 4 de julio de 1977, cuando desapareció en la ciudad de Buenos Aires, Martín Toursarkissian tenía 52 años y era un respetado doctor en Ciencias Naturales, que ejercía el cargo de jefe de la División Plantas Vasculares en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, en el límite norte del Parque Centenario. Su legado como profesional y docente quedó plasmado en las clases que dictaba en las universidades de Buenos Aires y de La Plata y en el libro *Plantas medicinales de la Argentina, sus nombres botánicos, vulgares, usos y distribución geográfica*, un compendio que abarca datos de primera mano acerca de más de 700 variedades. La minuciosa investigación coronó la profunda vocación que atraía a Hagopig (diminutivo de su nombre armenio Hagop), como solían llamarlo en el seno familiar, hacia la botánica sistemática, la especialidad científica que se ocupa de la investigación, clasificación y nomenclatura de las especies vegetales.

Si bien ya desde muy chico Martín manifestaba una personalidad introvertida, poco dado a expresar sus pensamientos y sueños, su hermana Haiganush, el cuñado Roberto Yeremian y la sobrina Lía Yeremian afirman que nunca dudaron del futuro académico, ligado con las ciencias naturales y la investigación que vislumbraba. *"Tenía una gran facilidad para estudiar y adquirir conocimientos, a tal punto que completó el ciclo primario un año antes. Aunque se aburría soberanamente en la Escuela N° 31, tuvo que volver a cursar el último año, ya que no le permitían ingresar al secundario sin haber cumplido 12 años"*, recuerdan sus peripecias hasta que consiguió ser admitido en el colegio Mariano Moreno. La felicidad desbordaba su rostro taciturno durante los días que siguieron a su graduación en la Facultad de Ciencias Naturales, pero Martín seguía siendo un cultor del perfil bajo, extremadamente reservado.

A esa altura, Martín había logrado compatibilizar su fuerte inclinación por el estudio con la pasión por el fútbol (sus vecinos de Valentín Alsina lo reconocían como un zurdo muy habilidoso) y las imperdibles visitas en tranvía o colectivo a la tía Noemí, en Parque Chacabuco, y la tía Srpuhí, que vivía en Palermo Viejo. Con ellas despuntaba sus conocimientos del idioma armenio, transmitidos por sus padres Dikrán Toursarkissian y Armenuhí Mutaflan y enriquecidos durante su paso por la escuela comunitaria Jachikian, donde su hermana ejerció como docente. Buena parte de los escasos ratos de ocio que se permitía Martín eran fruto de la insistencia de su amigo Roberto Yeremian, que vivía a tres cuadras de su casa del partido de Lanús. Compartían la afición por los bailes, especialmente en aquellos reductos donde se presentaba la orquesta de Osvaldo Pugliese. En los años '40, mucho antes de que pasaran a ser cuñados, los dos adolescentes se veían seguido en medio de la atmósfera proletaria que imperaba alrededor de la casa de la calle Haití donde residía la familia Toursarkissian. Era su modesto lugar en el mundo, a una cuadra del frigorífico Wilson y a pasos del puente Alsina (rebautizada Uriburu por las dictaduras militares), ya en esa época una desvencijada mole de hierro y adoquines que cruzaba el Riachuelo hasta Pompeya.

Con el auge del 4x4 y el jazz, la cartelera de los bailes abarcaba todos los sábados y domingos del año. Pero Martín se inclinaba por el tango. Su talento de eximio bailarín solía brillar en los clubes Sportivo Alsina y Estrella de Oriente.

También se lo podía encontrar más que a gusto alentando a San Lorenzo desde la tribuna Popular del viejo estadio de Avenida La Plata, en Boedo. Entre esas alegrías que le deparaba seguido el equipo azulgrana, Martín terminó de desarrollar el estudio que realizó sobre las plantas tropicales y subtropicales de la selva misionera. Tituló ese ambicioso trabajo de investigación *Las gesneriáceas argentinas*.

La rutina de Martín cambió notoriamente una vez que se casó con una mujer de familia evangélica con quien tuvo dos hijas. De Valentín Alsina se mudó a Villa Luro, en el oeste de la Capital Federal. *"La mujer era tan fanática por su religión que iba muy seguido a la iglesia armenia evangélica de la avenida Carabobo, en el Bajo Flores. Así era imposible conseguir que Martín volviera a juntarse con su familia de origen y nos fuimos alejando"*, lamenta Roberto Yeremian.

La familia Yeremian Toursarkissian admite su absoluto desconocimiento sobre la suerte corrida por Martín desde el momento de su desaparición. Tampoco llegaron a enterarse si había tenido alguna forma de

militancia política. Apenas se animan a vincular el crimen sufrido por Martín con su estrecha amistad con Manuel Ramón Saavedra, parte de la planta permanente del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia y, al igual que Toursarkissian, miembro del CONICET. Saavedra, de 59 años, fue detenido ilegalmente en el barrio de Caballito el 14 de julio de 1977, diez días después que Martín. Había sido militante del peronismo revolucionario, delegado sindical en la Biblioteca Nacional y también integró las filas de la Unión Cívica Radical Intransigente y la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU).

Se sabe con certeza que Martín Toursarkissian vivía modestamente en una casa pequeña de Villa Luro. Estaba durmiendo en la misma habitación con su esposa e hijas la madrugada de la tragedia, cuando una patota irrumpió violentamente en la vivienda para llevárselo. Apenas horas pasaron para que Roberto Yeremian y su esposa Haiganush iniciaran su desesperado derrotero en procura de información sobre Hagopig. Consultaron en comisarías, cementerios, oficinas municipales e iglesias, pero jamás pudieron obtener algún dato.

En los diez años que sobrevivieron a la desaparición de su hijo, Dikrán y Armenuhí sobrellevaron la inmensa pena con las versiones de supuestos viajes de Hagopig a Cuba para ampliar sus conocimientos botánicos o al norte argentino con el propósito de estudiar la flora de la región. Para refrenar su ansiedad, la familia hasta decidió escribir una carta, supuestamente enviada por Hagopig desde La Habana, y se la entregó a sus padres. Parecían convencidos y tranquilos, pero ese aspecto sereno era la coraza que recubría su terrible dolor. *“Poco antes del último instante de sus vidas (el padre murió a los 90 años y la madre a los 85), Dikrán y Armenuhí nos revelaron que sabían que Hagopig estaba desaparecido”*, asevera Yeremian.

El 23 de marzo de 2006, la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) homenajeó en su sede de la avenida Rivadavia al 1900 a los integrantes del CONICET detenidos y desaparecidos Martín Toursarkissian y Manuel Saavedra (del Museo Argentino de Ciencias Naturales) y Dante Guede, que trabajaba en el Observatorio de Radioastronomía de Villa Elisa, en el partido de La Plata. El acto de reparación histórica contó con la presencia del entonces ministro de Educación, Ciencia y Tecnología -Daniel Filmus- y el presidente del CONICET -Eduardo Charreau-, entre otros funcionarios. Además, desde el 25 de marzo de 2009 una placa recuerda sus nombres en el edificio de CONICET de Saavedra casi esquina Rivadavia, en el barrio de Once.

**C**omo descendiente de armenios y educadora, la imagen más potente del horror que tuve en mi infancia me llevaba recurrentemente a los padecimientos que vivieron mis antepasados a principios del siglo XX, a partir de la planificación sistematizada del gobierno otomano de exterminar a los armenios que vivían dentro de su imperio; y esas imágenes se recreaban cada 24 de abril al escuchar los relatos de mi abuela y de las maestras de lengua armenia que lo contextualizaban en el tiempo. Desde la mirada simple e ingenua de la infancia, pensaba que tanto horror padecido por mis abuelos y bisabuelos era imposible que volviera a repetirse, y, sin embargo, más allá de los contextos históricos y las circunstancias sociales, en tiempos de mi juventud en la Argentina de los años setenta volví a tener esa sensación de miedo y vulnerabilidad, cuando comprendí que, mediante la aplicación de un plan represivo sistemático y centralizado se producía en nuestro país la desaparición forzada de personas.

Desde la enseñanza de la historia para el abordaje de estos temas tan aberrantes es imprescindible fomentar el espíritu crítico de los jóvenes mediante el ejercicio de la transmisión de la memoria para que comprendan en toda su complejidad los mecanismos de las prácticas genocidas, para la construcción de una memoria colectiva que los involucre y facilite la promoción de una sana convivencia en la diversidad cultural e ideológica para la construcción de su identidad. La proliferación de memoriales y museos, la literatura, los documentos y archivos fílmicos hoy nos permiten abordar el tratamiento de la memoria desde varias perspectivas para aproximar a los alumnos a estas temáticas tan sensibles a la sociedad.

Theodor Adorno sostiene *“si la educación tiene sentido es evitar que Auschwitz se repita y pueda convertirse en el horizonte para nuestra tarea como educadores”*.

Marga Djeredjian

Licenciada en Historia. Docente y directora de la Sección Secundaria del colegio San Gregorio el Iluminador.



## Miguel Bezayan

Desaparecido el 1 de enero de 1975. Tenía veintidós años.

Nº de CONADEP: 5836.

Secuestrado sin datos de lugar. Tampoco hay testimonio de su presunto paso por algún centro clandestino de detención.

Más allá de estos datos sueltos, el nombre de Miguel Bezayan forma parte del Listado de casos de la Conadep sin denuncia formal ante la Secretaría de Derechos Humanos, confeccionado por el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Se trata de 783 casos que, *“por sus características especiales se encuentran en investigación hasta tanto lograr mayores precisiones que permitan determinar la identidad o el destino corrido por las personas a las que hacen referencia”*.

Por lo tanto, no hay ningún de registro de denuncia formal por parte de familiares o allegados, documentación o testimonio relacionados con Miguel Bezayan. De todas maneras, la presentación judicial no es condición obligatoria para certificar el valor de una denuncia de desaparición forzada. Según la prueba documental reunida, estos casos encuadran en el marco histórico-metodológico que determina que se tratan de víctimas del accionar represivo ilegal del Estado.

Los legajos abiertos por la Conadep fueron numerados correlativamente del 1 al 8400 (el Nº 5836 corresponde a Miguel Bezayan), a partir de denuncias de desaparición forzada o asesinato, testimonios de ex detenidos, denuncias de terceros e instituciones y, en menor medida, declaraciones de ex represores. Ante la falta de datos en los listados originales, la nacionalidad se consigna por defecto como “argentina” en todos los casos, por lo que este dato se debe tomar como presunción y no como información constatada.

**E**s incuestionable a lo largo de la historia el valor de la memoria de los pueblos. La importancia de la "persistencia en transmitir" a través del tiempo, luchando contra las voces que resultan devotas del olvido, voces que ubican al pasado en un lugar inútil y consideran al futuro como única razón de ser., ha sido una acción de defensa o hasta en ciertos casos podemos considerarlo de subsistencia.

La memoria, sin embargo, ha encontrado una íntima relación con la búsqueda de la verdad, tantas veces predestinada a la oscuridad, considero entonces también a la memoria como un conductor directo hacia la justicia. Las distintas experiencias genocidas quedaron marcadas en la memoria colectiva de los pueblos que fueron víctimas.

A pesar de haber transcurrido muchos años desde su ejecución, estas manifestaciones persisten y cohabitan en el imaginario de generaciones posteriores, estrechando así al presente con el pasado.

La memoria debemos entenderla entonces como parte del presente porque sobre su base se pueden modificar las conductas individuales y colectivas, estableciendo nuevas relaciones y actitudes de participación orientadas a modificar el medio en que vivimos. Por ello hay una profunda relación entre la identidad y la memoria. Esta forma parte del proceso de construcción y reconstrucción de una identidad colectiva, a través de la rememoración de acontecimientos que ha sufrido el grupo y que han ido delimitado sus contornos.

Existen memorias oficiales dominantes pero existen las otras memorias, las censuradas... éstas perduran como tradición oral y tienen expresión popular en las representaciones culturales, pues la lucha por la memoria es nada menos que la lucha por la identidad.

¿Cuánto es capaz una sociedad de producir y soportar en materia de violaciones a los derechos humanos?

Los genocidios fueron conformándose lentamente, sólo es necesario que se den ciertas condiciones, suficiente vulnerabilidad, su-

tilezas que se imponen en lo cotidiano volviéndose peligrosamente imperceptible; por último los estados genocidas que se imponen y toman por asalto a todo el conjunto social... el asesinato masivo, planificado y sistemático es posible por la existencia de una matriz social discriminatoria. Por eso debemos darle a la memoria un sentido, utilizarla como base sobre la cual construir un mañana.

La transmisión de una generación a otra se vuelve fundamental para construir un pasado. Un pueblo no puede olvidar o recordar lo que no sabe. Es entonces el espacio educativo central para la transmisión, contribuyendo a evitar que se repitan graves violaciones a los ddhh.

La enseñanza de la historia debe servir como un ejercicio para la convivencia entre los pueblos, ideas, religiones, ganando capacidad de análisis sobre la sociedad y la cultura.

El genocidio sufrido por el pueblo armenio, el terrorismo de estado en Argentina, el holocausto judío, el genocidio a los pueblos originarios deben ser transitados por memorias vivas, sin hacer de ellos cuestiones tabúes ni dar oportunidad a las posturas negacionistas que impidan la búsqueda de la verdad y la justicia. Esta búsqueda se vuelve necesaria para que las víctimas no hayan sido asesinadas impunemente y para que la sociedad, a través de la memoria, sea capaz de aprender del pasado y transmita ese aprendizaje a las futuras generaciones.

La experiencia de vida de los armenios, de los judíos, de los sobrevivientes del terrorismo de estado debe ser útil a la humanidad y con ello contribuir en pensar sociedades donde no se interrumpa ni se viole el estado de derecho. Educar en la diversidad y en el respeto con valores esenciales como la solidaridad y la no discriminación, conocer la verdad de lo que ocurrió evita que el olvido nos sorprenda y salgan victoriosas la injusticia y la impunidad.

Hagop Tabakian

Director del Consejo Nacional Armenia de Sudamérica.

Autor del libro de poesía *Desde las sombras del dolor*.

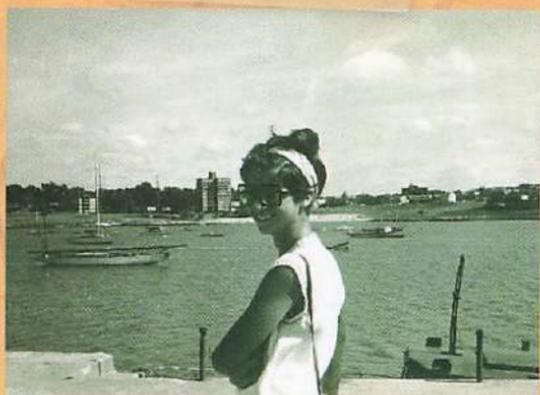


## Miguel Keledjian

Desde sus tiempos de estudiante secundario en el Colegio Marista del barrio porteño de Belgrano, Miguel Keledjian tenía una concepción internacionalista, que nítidamente dividía el mundo que le tocaba vivir en los años 60 entre explotados y explotadores. Sentía una necesidad de justicia universal en un mundo sin oprimidos. Más adelante, sin renunciar a esa convicción mientras vendía cursos de idioma inglés, decidió estudiar Arquitectura en la UBA. Fue allí donde conoció a quien sería su compañera hasta el 31 de agosto de 1976, cuando fue secuestrado y desaparecido en la ciudad de Buenos Aires.

La "Gringa" Lilianna Di Fonzo, que en esa época se repartía entre la carrera de Arquitectura y el puesto que ocupaba en la Secretaría de Turismo de la Nación, recuerda a Miguel como *"una persona adorable, muy cándida; trasuntaba ternura por las personas y las cosas. Tenía un cuerpo divino, de 1,75 metro de estatura y a los 17 años había empezado a estudiar ballet. También jugó al rugby"*. Sin embargo, admite: *"Cuando lo conocí era tremendamente arisco y huraño. Yo era invisible para él, ya que vivía metido en su trabajo y la familia. De a poco se fue transformando en un tipo tremendamente cariñoso y un gran compañero, muy dulce, de abrazar mucho. Para él, yo era su princesa o simplemente Lili"*. Miguel era el mayor de seis hermanos y vivía en Villa Urquiza.

Durante varios días de 1972, Lilianna y Miguel dedicaban jornadas completas -de día y de noche- a terminar una maqueta para una entrega final de Arquitectura, en el departamento de un matrimonio de compañeros de estudio, cerca de la esquina de Santa Fe y Callao. Aunque ella se quejaba por lo bajo de su indiferencia (*"pero este chico ni me mira"*, pensaba), perseveró hasta seducirlo y, al poco tiempo, logró que se fueran a vivir juntos a una casa modesta en la calle Alberti, a media cuadra de la avenida Rivadavia. En esa zona agitada por los locales comerciales de Once, en Azcuénaga al 300, su padre Pedro Keledjian atendía un



Elena Kalaidjian en el puerto de Buceo,  
Montevideo, Uruguay. Febrero de 1970



Arriba a la derecha, Elena Kalaidjian en el Aeropuerto de Ezeiza, poco antes de volar a Beirut (Libano), becada por el colegio Jrimian por su nivel superlativo en la sección idiomática armenia. La acompañan sus hermanos Arnaldo y Adriana y sus padres, Isabel Ishjanian y Esteban Kalaidjian



Valentina Keheyán en una disco  
de San Pablo, Brasil, en 1973



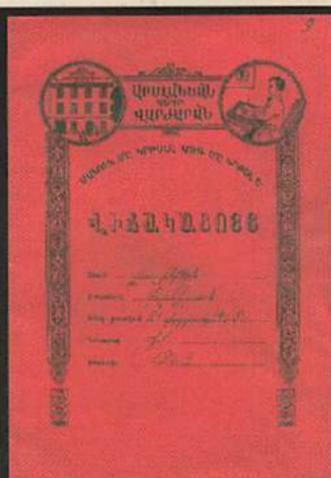
Adriana Kalaidjian sostiene una pancarta  
con la imagen de su hermana Elena el 24  
de marzo de 2015 en Plaza de Mayo,  
durante la marcha por los 39 años del  
golpe cívico-militar (foto, gentileza de  
Sebastián Leblebidjian)



De izquierda a derecha, Valentina Keheyán,  
su padre Miguel y su tío Bernardo. Atrás, Mónica Keheyán  
(hermana de Valentina) y su primo Mariano



Valentina Noemí Keheyán



Boletín de 2º grado de la sección armenia del colegio Arslanian (nivel primario del Instituto San Gregorio El Iluminador), perteneciente a Valentina Keheyan

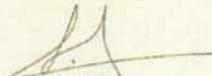


Valentina Keheyan, en el centro, abanderada del colegio secundario San Gragorio El Iluminador

"MI BARRIO EN LA HISTORIA"



A Valentina N. Kehyan

  
Julio Veloz  
PRESIDENTE  
COMITÉ DEL JURADO

Por su meritoria  
participación  
en el certamen  
de Iniciación Literaria  
"EDITORIAL ESTRADA"

Buenos Aires, noviembre de 1971



Reconocimiento a Valentina Kehyan por su participación  
en el certamen de iniciación literaria "Editorial Estrada"

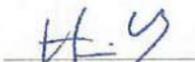


**ILVEM** INSTITUTO DE LECTURA VELOZ, ESTUDIO Y MEMORIA

La Dirección del INSTITUTO DE LECTURA VELOZ, ESTUDIO Y MEMORIA certifica  
que WENDY VALENTINA ha cursado el "METODO ILVEM",  
realizado en La Filial de Lavalle 1459 10 Piso 8º, 160

Buenos Aires, 10 de Julio de 1972

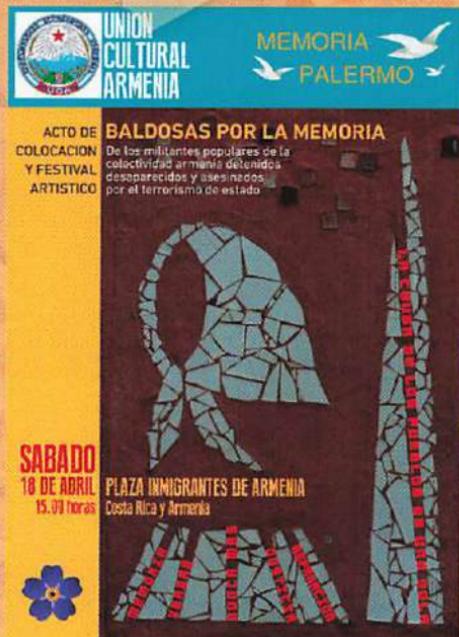
  
DIRECTOR DE CURSOS

  
DIRECTOR

Diploma del Instituto Ilvem,  
extendido a Valentina Kehyan en 1972



Certificado del Conservatorio de Música Batlle por los estudios de guitarra y de solfeo cursados por Valentina Keheyan en 1970



Afiche de la Unión Cultural Armenia que anuncia el acto de inauguración de las baldosas en homenaje a los "militantes populares de la colectividad armenia", el 18 de abril de 2015





Homenaje realizado a las ex alumnas desaparecidas del Liceo N° 1 de la ciudad de Buenos Aires. Entre ellas, Arpi Seta Yeramian (abajo, anteúltima de izquierda a derecha)



Legajo Reparado de María Ester Goulecozian en 2012 por el Ministerio de Salud de la Nación. Goulecozian desapareció en 1977 mientras se desempeñaba como psicóloga en Cardiología de Adultos en el Hospital Posadas

negocio de venta de ropa. La convivencia se hacía complicada en esas habitaciones heladas y la neumonía que afectó a Lilianna los empujó a mudarse a un departamento de un ambiente, que alquilaron en Beruti al 4.400. La igualdad de derechos y obligaciones que declamaban ambos empezaba a aplicarse puertas adentro. Se dividían las tareas hogareñas y hasta se repartían las compras en el mercado, a una cuadra y media: ella, vegetariana, se ocupaba de las verduras y él frecuentaba los puestos de carne y de frutas.

Miguel pasó a integrar un grupo de estudios políticos sobre Orientación Socialista, a cargo de Ismael Viñas. Su pasión por la lectura lo llevaba a levantarse a la madrugada para estar al tanto de los sucesos que habían protagonizado los pueblos de Latinoamérica durante el siglo XX. Así fue como se informó con avidez acerca de la Revolución Mexicana. *“Yo soy una persona de una gran rigor intelectual, pero Miguel lo era cuatro veces más. Tenía un tesón enorme”*, sostiene Lilianna, que hoy ostenta sus títulos de veterinaria, profesora y traductora de inglés y catalán. Muchas veces, después de esa imprescindible práctica rutinaria de la lectura, Miguel viajaba hasta el partido de La Matanza en el colectivo 55 para participar en volanteadas en las fábricas. En otras ocasiones se lo veía ir y venir apurado por la ciudad o el conurbano en su moto de 125 centímetros cúbicos compartiendo actividades con sus compañeros de militancia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

El relato de Lilianna Di Fonzo ingresa en un túnel de penumbra cuando refiere a su relación trunca con la familia de Miguel. *“Nunca me aceptaron. Íbamos a visitarlos juntos, hasta que un día Miguel decidió dejar de hacerlo. Es que eran muy estrictos, aunque con él y conmigo el padre era más condescendiente y gentil. Miguel tenía una gran debilidad por Loly (Leonardo), su hermano menor”*, confiesa esta mujer quebrada por el dolor y una tristeza infinita, que reprime el llanto con sorbos de té. Es una gélida tarde de sábado y la rodean las mesas vacías de un bar de Palermo, poco antes de regresar a Barcelona (España), la escala definitiva de un exilio que empezó el 14 de septiembre de 1976 en Brasil y continuó en Inglaterra. Poco antes del abrupto final que les impuso la dictadura en su país, todos los días hasta la una y media de la madrugada Lilianna trabajaba y tenía una activa participación gremial en la sección Cierre del diario *La Opinión* y, al regresar a casa, Miguel le suplicaba que renunciara a ese puesto, preocupado por el peligro que acarrearba. Le hizo caso el 10 de agosto de 1976, pero veinte días después los represores fueron por él.

La Gringa esboza una sonrisa recién cuando sus recuerdos consiguen salir del entorno familiar de su pareja, para hacer foco en el arquitecto Héctor Monacci, Ricardo Palmás y Víctor Iturralde Rúa, con quienes fundó el cineclub infantil El Duendecito. *“Adoraban a Miguel desde el momento mismo en que se los presenté”,* asegura. Lilianna rescata otro momento auspicioso y su ánimo vuelve a reconfortarse: *“Una vez le comenté a Miguel que en Londres había conocido el restaurante Ararat -cuyo nombre remite al monte bíblico de Armenia- y el tema gastronómico derivó en una larga charla sobre la historia del pueblo y la tierra de sus antepasados”.*

El fatídico martes 31 de agosto llovía con intensidad sobre Buenos Aires. Lilianna y Miguel habían salido temprano y se reencontraron de casualidad un rato después en su casa. Los dos habían regresado en busca de un paraguas y, como todos los días, quedaron en volverse a ver a las 8 de la noche. Miguel, que ya se movía obsesionado con estrictas medidas de seguridad, acordó una cita a las 3 de la tarde con su amigo “Pancho” Romero en un bar próximo al Palacio de Tribunales. Iba a ser el escenario de una dolorosa despedida: Pancho se aprestaba a dejar el país al día siguiente, después de que un tío militar le reveló que su nombre figuraba en una lista negra. Alguien lo había marcado durante el funeral del abogado y diputado nacional Rodolfo Ortega Peña, asesinado por un comando de la Triple A en la esquina de Arenales y Carlos Pellegrini el 31 de julio de 1974. Ese último abrazo entre Miguel y Pancho nunca llegó a concretarse. Una patota irrumpió en la cafetería y se llevó a los dos.

A partir de ahí -según cuenta Lilianna-, su madre vivía aterrada y ella sobrevivía desesperada, cambiando de pensión todas las semanas. Recobró cierto alivio una vez que consiguió viajar al exterior y retornó al país en 1984. Recién en la década del 90 se enteró a través del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) que, muy posiblemente, Miguel Keledjian Chalian habría sido arrojado al vacío en uno de los “vuelos de la muerte”.

La terrible tragedia dejó una gran incógnita sobre la suerte corrida por Miguel y una inconmensurable estela de dolor que todavía flagela a sus seres queridos. Comprensiblemente, parte de la familia de Miguel Keledjian Chalian se rehusó a brindar su testimonio para este libro. Por vía telefónica, Herminia (la madre de Miguel) se limitó a declarar: *“Revolvimos cielo y tierra y no pudimos saber nada. No es un dolor sólo. Son varios: también falleció mi marido y, además de Miguel, perdí a otro hijo”.*

Eduardo Keledjian, uno de los seis hijos de Herminia, refiere a “mi gran hermano” cuando recuerda a Miguel, una alabanza que refleja su admiración por esa *“personalidad definida a través de la lucha por los más pobres, aunque nosotros siempre pertenecemos a la clase alta”*. El relato de Eduardo revive a Miguel siempre pugnando por ser independiente y absolutamente contrario a las reglas rígidas que imperaban en la casa familiar. Esos rasgos se acentuaron una vez que inició su carrera en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UBA y se animaba a llevar panfletos a la casa, lo que revelaba parcialmente su militancia política.

“Trabajaba en un taller mecánico y peleaba todos los días con mis padres por su higiene y presentación”, amplía el hermano, un experimentado controlador de Tránsito Aéreo. De sus palabras se desprende una relación algo áspera, en la que Eduardo asumía el rol de “niño mimado”. Cada uno jugaba al rugby en un club distinto y, mientras Miguel dejaba traslucir una imagen de “dejado”, Eduardo contrastaba como el hijo ejemplar, siempre servicial, que se preocupaba por cuidar los tres autos que tenía su padre.

Decididamente, Miguel estaba embarcado en otros menesteres que sacudían a la sociedad argentina por esos días. Después de 18 años de exilio, el ex presidente Juan Domingo Perón regresaba al país y una marea humana se volcó hacia el aeropuerto de Ezeiza para recibirlo. Entre esa multitud de fieles luchadores estaba Miguel, a quien ni siquiera frenaron la jornada lluviosa del 20 de junio de 1973, las aguas turbias del río Matanza -de las que emergió empapado para acercarse lo máximo posible al palco instalado en la autopista Riccheri- ni el creciente enfrentamiento entre la derecha -con la Triple A y el Comando de Organización a la cabeza del acto- y los sectores de la izquierda peronista, que terminaría de la peor manera.

El clima familiar se tornó aún más tenso cuando Miguel no tuvo reparos en llevar a la casa a su pareja. Pero después de la tragedia, la familia Keledjian apenas llegó a enterarse que Lilianna logró escapar de una requisita en su casa de Palermo y que emigró a España. Fue lo último que supieron de ella.

Pese a los desencuentros del pasado, hoy Eduardo rescata de Miguel *“su espíritu de lucha, su valentía frente a los que entonces ostentaban el poder, su coraje, ideales, paciencia e integridad como persona tan distinta a nosotros”*. Esa suma de cualidades repiquetea con insistencia en cada resquicio de su memoria fresca.

**“Volvieron los turcos, volvieron los turcos”,** gritaba la abuela en el fondo de la casa. Fue en Montevideo, en 1973, cuando un grupo de tareas irrumpió a los patadones buscando a Anahit Aharonian, militante del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Esa escena condensa la doble tragedia que viven muchas familias de origen armenio en Uruguay y Argentina. Y por eso la importancia y urgencia de este libro de Cristian Sirouyan, rescatando la memoria de los desaparecidos de origen armenio.

No soy armenio por ascendencia, pero sí por descendencia, ya que tengo dos hermosas hijas cuyos nombres son Ani y Nunik. Y tengo claro que aunque vivimos felices en un país maravilloso como la Argentina, ellas siguen siendo técnicamente refugiadas, porque sus ancestros vinieron escapando del terrorismo de Estado. Esa es la diferencia con otros inmigrantes.

Pero esa tragedia enriqueció a mi patria argentina, que no sería la que es sin el componente armenio. Los genocidios van marcando cambios estructurales en la historia de los pueblos.

El genocidio de los armenios hizo que muchos sobrevivientes llegaran aquí para “hacer” la Argentina. Y luego el genocidio de los 70 volvió a cambiar el mapa social, cultural y nacional de la Argentina.

Por lo tanto, como dijo Jean Paul Sartre: *“Somos lo que hicimos con lo que hicieron de nosotros”*.

Nos faltan un millón y medio de los nuestros. Nos faltan 30 mil de los nuestros. Aunque los negacionistas quieran discutir los números, en uno y otro caso. Pero más allá de eso, armenios y argentinos seguimos más vivos que nunca. Porque la historia no terminó. La historia no termina nunca. La seguiremos escribiendo. Sobre todo con memoria.

Por los que nos antecedieron. Por los que nos faltan. Pero sobre todo por nuestros hijos y nietos. Por eso es que me parece tan urgente y necesario este libro de Cristian Sirouyan.

Mariano Saravia

Periodista especializado en Política Internacional,  
Derechos Humanos y Relaciones Internacionales y escritor.



## Rosa Kazgudemian

El de Rosa Graciela Kazgudemian Katabian es el único caso conocido entre los desaparecidos de origen armenio que conlleva la búsqueda, por parte de Abuelas de Plaza de Mayo, de un hijo supuestamente nacido durante el cautiverio de su madre entre junio y julio de 1977. Según los datos obtenidos por distintos organismos de Derechos Humanos, Rosa (también conocida como "Turca" y "Alicia") fue llevada detenida el 5 de enero de ese año en Morón, en el oeste del Gran Buenos Aires. Tenía veintidós años cuando desapareció y llevaba un embarazo de tres o cuatro meses, según la historia clínica conservada en el Hospital Posadas. Militaba en Montoneros junto a su compañero Jorge Palacios ("Pedro" era su nombre de combatiente), quien "cayó" en agosto de 1977.

Desde ese momento, Reinaldo Kazgudemian (el hermano menor de Rosa) se abocó a la búsqueda de Rosa, una lucha infructuosa que compartió durante años con la docente jubilada Agustina, la madre de Jorge Palacios. Presentaron varios hábeas corpus, al mismo tiempo que les advertían en la cara "*ellos eran extremistas, no los busquen más*". En 1979 denunciaron las desapariciones ante el Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos.

La persecución de las fuerzas represivas seguiría latente incluso una vez recuperado el sistema democrático. A mediados de la década del 80 con Raúl Alfonsín al frente del gobierno nacional, Reinaldo Kazgudemian decidió radicarse en Jujuy, en busca de una atmósfera menos opresiva que la que se respiraba en Buenos Aires. Acababa de fallecer su padre y la incertidumbre por la desaparición de su hermana cada vez lo atormentaba más. Más relajado, en la capital jujeña se dedicaría a completar el colegio secundario, un paso necesario para estudiar Magisterio.

Pero una noche los fantasmas que creía haber dejado atrás en su ciudad de origen volvieron a acosarlo: un hombre vestido de civil le mostró una credencial del Servicio de Inteligencia del Ejército y, sin darle tiempo de reaccionar, le preguntó qué hacía en Jujuy, con qué intenciones se había mudado al Noroeste y si no era subversivo. Aterrado, Reinaldo se apuró en juntar sus cosas y regresó a las corridas a Buenos Aires con su hijo Joaquín. Encontró algo de tranquilidad en José C. Paz, pero sería efímera: durante unos días de vacaciones en la Costa Atlántica sufrió un episodio similar al experimentado en Jujuy. Mientras tanto, sobre su hermana Rosa y el hijo que gestaba en su panza no pudo enterarse de nada.

En medio de una multitud de inmigrantes, los abuelos paternos de Rosa Kazgudemian descendieron de un barco mercante que había partido de Grecia y se instalaron en una vivienda de chapas de un humilde barrio porteño. Su situación esbozó una leve mejoría cuando empezaron a trabajar en un taller de arreglo de zapatos y pudieron mudarse a Almagro.

También Dzaghíg Poladian y Esteban Katarian, los abuelos maternos de Rosa soportaron estoicamente el largo derrotero en un barco a vapor que cruzó el Mediterráneo y el Atlántico. Habían salido sin documentos de Kessab, donde abandonaron sus familias campesinas, dedicadas a criar animales y cultivar olivos en Siria y vender sus productos en Beirút, Líbano.

La tradición zapatera de la familia fue continuada por Martín, más conocido por sus paisanos armenios como Harutiún ("Resurrección"). Al tiempo, el padre de Rosa (nacida en la ciudad de Buenos Aires el 5 de octubre de 1954) y Reinaldo se instalaron con su esposa en una casa de El Palomar -que compró en cuotas a través del Banco Hipotecario Nacional- y consiguió un trabajo más estable como obrero en un taller textil.

Rosa completó sus estudios primarios en la Escuela N° 28 y el secundario en el colegio Bernardino Rivadavia, en El Palomar. Después ingresó a la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA y con su pareja Jorge Palacios -que cursaba la carrera de Agronomía en la UBA- se radicaron en Morón. Se habían conocido en Ciudad Jardín, el vistoso complejo habitacional construido en los años 40 en El Palomar donde vivían durante la infancia, y fueron compañeros en la escuela.

*"De los tres hermanos (la hermana mayor nació en 1952), Rosa era la más equilibrada y la que tenía mejor relación con mis padres. Muy reflexiva, sabía cómo relacionarse gracias a una singular calidad humana. No le gustaban las peleas y siempre procuraba que nos lleváramos bien."*

mos bien. Tenía una sensibilidad especial por los problemas sociales de la época". Así define Reinaldo a su recordada hermana. Cuando se inspiraba, esa Rosita sensible, fanática de Joan Manuel Serrat, garabateaba frases sueltas manuscritas y algunas poesías. Le daban permiso para ir a bailar, acompañada por su hermano dos años menor, al club de barrio Sociedad y a las casas de los amigos que organizaban fiestas. Con toda la familia conoció el mar durante una vacaciones de verano en San Clemente del Tuyú. Ya adolescente, en las playas de Mar del Plata, Rosa se hizo muy compinche de una prima que se acababa de recibir de médica.

La dura realidad que precedió al golpe militar de 1976, marcado por las acciones guerrilleras y los grupos de tareas de la Triple A, era un tema recurrente en las conversaciones que compartían Rosa y su hermano. *"La última vez que estuve con ella charlamos sentados bajo un árbol de una esquina del barrio. Sentíamos miedo y la ví pensativa, triste y bastante preocupada. Me quedó una foto de ella, con lentes, sentada junto a una enredadera del fondo de casa, el primer día de 1977"*, rememora Reinaldo. Unos días después del último encuentro con su hermana, Reinaldo fue interceptado por un vecino verdulero muy sobresaltado, que le entregó algo de dinero y le recomendó alejarse cuanto antes del barrio porque, según le aseguró, lo tenían marcado para secuestrarlo. No entendió bien de qué se trataba, hasta que poco tiempo más tarde unos amigos le avisaron de la desaparición de Rosa. *"Su hija es una subversiva y extremista que pone bombas. No la busque más"*, le espetó el grupo de tareas a la madre y al padre -aquejado de Mal de Parkinson-, cuando allanaron la casa y revolvieron todo lo que encontraron. La hermana mayor se vio obligada a dejar la casa de Hurlingham donde vivía con su esposo y uno de los dueños de la fábrica Agrest, en la que trabajaba el papá de Rosa como sastre, empezó a ser perseguido hasta que decidió emigrar.

La tragedia de Rosa agitó la demanda de Joaquín, Amancay e Inti (los hijos de Reinaldo) por saber más acerca de su tía. El padre pudo reelaborar esa dura historia y rearmar su propia vida, después de haberse recibido de profesor de Teoría de la Educación y completar sus estudios de Psicología y Filosofía. *"Yo disfrutaba mucho de la compañía de Rosa porque a través de ella tenía acceso al conocimiento. Me transmitía el interés para estudiar y el esfuerzo para aprender las complicadas fórmulas de la carrera de Farmacia y Bioquímica"*, pondera Reinaldo, sin reprimir un visible dejo de nostalgia por la pérdida.

Una de las imágenes más luminosas que persisten en la memoria del hermano exhiben a Rosa rodeada por decenas de amigos del barrio, com-

pañeros de la escuela, hermanos, tíos y primos, vestida de blanco delante de la enredadera del jardín familiar, más que feliz por la multitudinaria celebración de sus quince años. En otras situaciones inolvidables se la ve cebando mate en medio de una reunión en la casa para estudiar con sus compañeros.

Los hermanos reservaban momentos especiales de sus rutinas para escuchar atentamente los relatos en armenio de la tía Isabel sobre el Genocidio de 1915, la mayor tragedia sufrida por el pueblo armenio que obligó a los sobrevivientes de la familia a escapar a Siria.

El primer acto público en memoria de Rosa Graciela Kazgudemian fue realizado en Tres de Febrero. Una placa la recuerda en la plaza principal. Más cerca en el tiempo, el 5 de diciembre de 2013, el Concejo Deliberante de Morón entregó a los familiares de los desaparecidos en ese partido del conurbano bonaerense el reconocimiento *Treinta mil motivos*. Por su parte, la Comisión de Familiares y Compañeros de Detenidos-Desaparecidos de Tres de Febrero realizó un homenaje a cinco ex alumnos de la Escuela Primaria N° 28 de Ciudad Jardín -entre ellos, Rosa-, víctimas de la última dictadura militar. La vida tan intensa como corta de Rosa volvió a ser reivindicada el 21 de marzo de 2015 en el Festival por la Memoria, en el marco del proyecto "Jóvenes y memoria" de la Comisión Provincial por la Memoria, en la plaza Mayor de Caseros.

**L**uego de las situaciones terroríficas de asesinato masivo, como el genocidio armenio y el holocausto judío donde se intentó aniquilar la existencia histórico-social de estos pueblos, la posibilidad de un discurso social sobre la verdad histórica de los acontecimientos traumáticos permite restablecer la dignidad humana a sus víctimas.

Como los sobrevivientes son testigos de una realidad histórica especial, lo que restaura la comprensión del *self* moralmente destruido es el reconocimiento de las causas y de las culpas. Las víctimas suelen estar inmersas en sus propias dudas e incertidumbres, y cuando en la sociedad prevalecen las tendencias defensivas, los sobrevivientes se sienten excluidos, incomprendidos y librados a la soledad de su experiencia. Se tornan vulnerables a nuevos traumas o permanecen en silencio ante la imposibilidad de ser comprendidos.

La utilización a repetición del término *tesoro* simboliza el valor de un hecho muy precioso guardado por los armenios; en consecuencia, el genocidio armenio sería el *tesoro* que los armenios necesitan transmitir: trauma cuya inscripción ha sido impedida, tanto por la magnitud de las atrocidades vividas como por el ocultamiento y la negación de los hechos.

Recordando a sus muertos negados se recupera la historia; como en un *tesoro* develado, se puede tomar posesión de algo muy valioso que les pertenece, de modo que no pase al olvido como si nunca hubiera sucedido.

Transmitir el *tesoro* permite a los sobrevivientes y descendientes conectarse con el trauma que ha quedado *oculto* e *ignorado*; significa tomar posesión de algo muy valioso que les pertenece, permitiendo con el recuerdo recuperar la identidad e historia del pueblo armenio.

Rita Kuyumciyan

Licenciada en Psicología, magister en Psicoanálisis y docente universitaria. De su libro *El primer genocidio del siglo XX. Regreso de la memoria armenia*. (Ed. Planeta, 2009).



## *Segundo Chejenian*

La información sobre la corta y agitada vida de Segundo Chejenian quedó reducida desde los primeros pasos de las dictaduras del Cono Sur a los datos fríos que dan cuenta de su tragedia: “Uruguayo, de 24 años, casado, empleado. Desaparecido entre el 1 y el 4 de octubre de 1976 en Buenos Aires, presumiblemente en la vía pública- con sus esposa Graciela y llevados a Automotores Orletti”, como se conoce el centro clandestino de detención y tortura -camuflado como taller mecánico y hoy transformado en Sitio de Memoria- ubicado en Venancio Flores y Emilio Lamarca, frente a la vía del Ferrocarril Sarmiento, en el barrio porteño de Floresta.

Segundo había nacido en Montevideo el 2 de enero de 1952, hijo de Setrak Chejenian y Olga Rodríguez. Cursó sus estudios primarios en la Escuela N° 137 y el secundario en el Liceo N° 13. Su rutina montevideana, atravesada por la tranquilidad, cambió notoriamente una vez que empezó a militar en Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), al mismo tiempo que empezaba a estudiar en la Escuela de Bellas Artes de la capital de Uruguay y trabajaba en la empresa de sepelios El Ocaso.

En ROE, Chejenian conoció a Graciela Teresa Da Silveira Chiappino -nacida en Montevideo el 25 de mayo de 1953, hija de Beder da Silveira y Susana Chiappino-. Ya casados, Segundo y Graciela vivieron en una casa de Sarandí y Colón, hasta que el golpe cívico-militar que estalló en 1973 los forzó en Uruguay a embarcarse a la Argentina al año siguiente. En su país se había interrumpido abruptamente el gobierno constitucional de Jorge Pacheco Areco del Partido Colorado y los militares habían tomado el poder a través de Juan María Bordaberry.

En Buenos Aires, Segundo y Graciela participaron de el congreso fundacional del Partido por la Victoria del Pueblo, en junio de 1975. Al año

siguiente, la casa fundacional fue dinamitada por la represión que ya se había desatado también en esta orilla del Río de la Plata, incluso antes del golpe del 24 de marzo, cuando la Triple A se dedicaba a amenazar, perseguir y asesinar a opositores del gobierno de Isabel y López Rega. En el marco del Plan Cóndor, que acordaba la coordinación represiva entre las dictaduras de la región, desde junio hasta octubre de 1976 fueron detenidos y confinados a Orletti 48 miembros de ese nuevo movimiento de resistencia contra la dictadura uruguaya creado en el exilio. Un mes después de su secuestro, Segundo y Graciela formaron parte de un grupo de 23 uruguayos sobrevivientes de Orletti que fueron reenviados a Uruguay, donde sus rastros se perdieron hasta la actualidad. *“Todos estábamos convencidos de que salvamos la vida de las personas que trajimos a Uruguay, que se encontraban detenidas en Buenos Aires”*, señaló en agosto de 2005 el comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Uruguay. Enrique Bonelli había sido copiloto de un vuelo anterior al que trasladó a Segundo y Graciela. En Montevideo, ese primer grupo de detenidos quedó en manos del Servicio de Información de Defensa, que montó un falso operativo de “captura de terroristas” en el chalet Sussy de Shangrilá, junto a la Ruta Interbañearia que une la capital uruguaya con Atlántida, Piriápolis y Punta del Este. “Caen 62 sediciosos”, “Duro golpe contra nuevo brote subversivo” y “Desbaratan base y les incautan armamento”, eran algunos de los títulos catástrofe de los diarios uruguayos que acompañaban las fotografías de los 14 “subversivos” supuestamente capturados allí. En cambio, sobre el matrimonio Chejenian y sus 21 compañeros, en cambio, no se supo nada más.

*“Conocí a Segundo y Graciela en los años 70. Como muchos jóvenes de esa época, militábamos en Resistencia Obrero Estudiantil, que estaba integrada a la Tendencia Combativa. Los veía con mucha frecuencia en el sindicato de la Fábrica Uruguaya de Neumáticos Sociedad Anónima (FUNSA), en su sede de la calle 8 de Octubre. La muchachada se juntaba ahí para trabajar en planógrafos, hacer pintadas y reunirse. Graciela era alta, siempre con championes (zapatillas) y vestida con vaqueros y campera. Tenía el pelo largo y castaño y una cara tan bonita como su sonrisa. Hablaba con un aire muy resuelto y campechano. La primera vez que nos cruzamos me llamó ‘Flaca’ y, a partir de ahí, todos me conocen como la ‘Flaca’ Mariela. Andaba siempre con Segundo, haciéndose muchos arrumacos, mientras gritábamos la consigna ‘Obreros y estudiantes unidos y adelante!’”. La Secretaria del Sindicato, al que refiere el recuerdo de Mariela Salaberry, era el lugar innegociable*

que habían establecido los militantes para las bromas, el descanso y la camaradería. Pero, además, el mimeógrafo de esa sala austera era aprovechado para imprimir el *Boletín de la resistencia*.

Los antiguos compañeros de Segundo coinciden en describirlo abrigado por una gabardina oscura muy gastada, con bigote, bien peinado, bastante parco y portando una pequeña valija. Mariela y Segundo también solían encontrarse en el local donde se publicaba el quincenario "Compañero", en la imprenta del diario *El Debate*, frente a la plaza Matriz. Eran dos de las decenas de estudiantes que iban a buscar los paquetes con los ejemplares, para distribuirlos en fábricas, sindicatos y centros estudiantiles.

José Pedro Charlo, otro camarada de Chejenian en la militancia en ROE, tiene presente la imagen de Segundo como *"un compañero muy activo y con gran presencia en las movilizaciones y en todo lo que tuviera que ver en actividades prácticas. Lo cruzaba en los años 70 y 71 siempre con su mujer, a la que conocíamos como 'La tabaresa', porque era una morocha de pelo lacio bien negro. La volví a encontrar en un ómnibus ya en un período muy duro de la represión, por 1974 o 1975. Nos saludamos con mucho afecto y cada uno siguió en lo que estaba. Fue la última vez que la vi"*.

El vínculo de Graciela Da Silveira Chappino con el Liceo 15 de Montevideo no pasó inadvertido. *"Era muy buena alumna y mejor compañera. Con su forma de ser reflexiva, respetuosa y silenciosa, amaba la música y el teatro. Poseía una inmensa fuerza, que trasladaba a cada proyecto que emprendía"*, sostiene Cristina Cajiga. Entre otras actividades, Graciela o 'La india' o 'Tabaresa' realizó trabajo solidario con los niños de un *cantegril* (barrio carenciado) de Paso Carrasco y organizó la primera manifestación por la avenida Arocena para reclamar el boleto estudiantil. El 30 de octubre de 2013 se llevó a cabo un acto de desagravio a los alumnos perseguidos por la dictadura, con una mención especial a los detenidos y desaparecidos, entre ellos Graciela.

**“...Se** ha demostrado que, pese a contar los comandantes de las Fuerzas Armadas que tomaron el poder el 24 de marzo de 1976, con todos los elementos legales y los medios para llevar a cabo la represión de modo lícito, sin desmedro de la eficacia, optaron por la puesta en marcha de procedimientos clandestinos e ilegales sobre la base de órdenes que, en el ámbito de cada uno de sus respectivos comandos, impartieron los enjuiciados”.

“... Se han establecido los hechos que, como derivación de dichas órdenes, cometieron en perjuicio de gran cantidad de personas, tanto pertenecientes a organizaciones subversivas como ajenas por completo a ellas; y que tales hechos consistieron en el apresamiento violento, el mantenimiento en detención en forma clandestina, el interrogatorio bajo tormentos y, en muchos casos, la eliminación física de las víctimas, lo que fue acompañado en gran parte de los hechos por el saqueo de los bienes de sus viviendas”.

“...Y no se ha encontrado ninguna regla que justifique o, aunque más no sea, disculpe a los autores de hechos como los que se ventilan en este juicio”.

“...Los procesados tuvieron el dominio de los hechos porque controlaban la organización que los produjo. Los sucesos juzgados en esta causa no son el producto de la errática y solitaria decisión individual de quienes los ejecutaron, sino que constituyeron el modo de lucha que los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas impartieron a sus hombres. Es decir que los hechos fueron llevados a cabo a través de la compleja gama de factores (hombres, órdenes, lugares, armas, vehículos, alimentos, etc.) que supone toda operación militar”.

(Partes del fallo de la Causa N° 13/84, dictado el 9 de diciembre de 1985 por la Cámara Federal, presidida por León Carlos Arslanian y también integrada por los jueces Jorge Torlasco, Ricardo Gil Lavedra, Jorge Valerga Aráoz, Guillermo Ledesma y Andrés D'Alessio, que juzgó a las juntas militares y condenó a reclusión perpetua a Jorge Videla y Emilio Massera y ordenó penas de entre 4 y 17 años de cárcel para Orlando Agosti, Armando Lambruschini y Roberto Viola).

**León Carlos Arslanian**

Abogado con posgrado en Ciencias Jurídicas, ex juez y político.  
Fue ministro de Justicia y Derechos Humanos de la Nación (1989-1992)  
y ministro de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires (2004-2006).



## Valentina Keheyan

Los Kirbijikian y los Keheyan, además de compartir el origen armenio y las secuelas del genocidio de 1915 que habían desembarcado en Buenos Aires con los sobrevivientes, conservaban como un mismo núcleo familiar su identidad armenia. Mientras los adultos caminaban codo a codo por las gastadas veredas de Pompeya, los chicos correteaban por los potreros que proliferaban entre los talleres y fábricas del barrio. Después, al anochecer, no era nada raro ver a todos juntos alrededor de la misma mesa, listos para la cena y las charlas largas que estiraban la sobremesa. Así floreció la entrañable amistad de Valentina Keheyan (nacida el 21 de febrero de 1955 y desaparecida desde el 11 de mayo de 1976) y Sergio Kirbijikian, hoy al frente de un elegante café y restaurante, ubicado frente a la plaza de Villa Devoto.

Valentina vivía en una sencilla casa de Charrúa y Tabaré con su padre Miguel, su mamá Nilda Halebian y su hermana Mónica, cuatro años menor, cuando empezó a cursar la primaria en la escuela Backchellian de Villa Soldati. La devoción por la lectura se le notaba desde muy chica y, tal vez por esa razón, no causó sorpresa en su círculo familiar que muy rápido se destacara por su facilidad para captar conocimientos. La brillante alumna del nivel inicial siguió destacándose cuando la familia se mudó a Villa Crespo y Valentina se pasó al Instituto San Gregorio El Iluminador en Palermo Viejo. El cambio no fue obstáculo para que en el secundario volviera a ser distinguida como abanderada.

El rendimiento de Valentina en el colegio no era más que el reflejo de lo que exhibía en su casa, donde leía, escribía y hablaba mucho en armenio. Ese nivel de excelencia fue reconocido por el gobierno de la República Socialista de Armenia, que tenía por norma enviar libros como reconocimiento a los mejores alumnos de la diáspora. *"No sabés la cantidad de libros valiosos que tuvimos que quemar"*, lamenta hoy Miguel Keheyan, en referencia a esos textos preciados que, en el contexto

de represión, censura y persecuciones de la Triple A hasta el golpe cívico-militar y los grupos de tareas que tomaron la posta en 1976, revelaba su lugar de publicación, más que inconveniente para la época: Unión Soviética. Valentina dedicaba su tiempo libre a devorar esa bibliografía y estudiar guitarra con un profesor particular. Pocas clases le alcanzaron para que empezara a componer y hasta brindar varios conciertos como solista. El álbum *Artaud* grabado por Luis Alberto Spinetta en 1973, era su disco de cabecera. Pero en el tocadiscos Winco de la familia, Valentina también solía escuchar a Joan Manuel Serrat (su máximo ídolo, tan admirado como el autor de *Muchacha ojos de papel*), Sui Generis, Violeta Parra y Mercedes Sosa.

Junto a las pilas de libros que recibía Valentina, en su casa era normal encontrar ejemplares de las revistas *El Descamisado* y *Militancia*. Mónica cursaba el cuarto año en el colegio y aprovechó ese material político de primera mano para preparar un trabajo que le había encargado el profesor de la materia Educación democrática. Valentina, a quien no se le escapaba detalle alguno sobre el proceso de aprendizaje de su hermana menor, le recomendó entrevistar a un representante de los pueblos originarios en la Casa de la Provincia de Salta en Buenos Aires para completar su investigación y, sobre todo, ampliar sus propios conocimientos. Para Mónica fue la puerta de entrada a un mundo hasta entonces absolutamente desconocido: el hombre le contó sobre el trato inhumano por parte de un señor feudal que lo explotaba y le explicó que, en compensación por su trabajo, le pagaba con vales que sólo le permitían comprar algo de comida en el almacén del patrón, entre otros abusos. Todo un material revolucionario para los lineamientos conservadores del colegio armenio. *“De esos temas se hablaba mucho en casa, pero no en el colegio”*, señala Mónica. Las cuestiones más espinosas del pasado sólo tenían lugar en la currícula de la sección idiomática: la materia Causa Armenia repasaba de punta a punta la historia de más de 4 mil años y el drama del genocidio impune.

Esas cuestiones sensibilizaban especialmente a Valentina, a partir de los relatos de Antranig y también por el abrupto final de su vida, cuando apenas contaba 60 años de edad. El abuelo paterno fue fulminado por una hepatitis B, generado por las peripecias padecidas en su tierra natal en medio de la tragedia colectiva del pueblo armenio. Entre esos horrores, Mónica retiene los momentos en que les contaba que no le quedaba otra opción para sobrevivir que alimentarse con manojos de tierra y hierbas. Desbordado de nostalgia, una noche Antranig reunió a toda la

familia para reconstruir las terribles imágenes del asesinato de sus padres y hermanos. Alcanzó a escapar con su hermano menor de 3 años, a quien dejó al cuidado de una familia. Para poder salvarse él mismo se hizo pasar varias veces como miembro de familias musulmanas o caminó sin rumbo cierto disfrazado de mujer. En medio de esos dolorosos momentos compartidos con la familia, de a ratos despuntaba su pasión por la música tocando el laúd.

De niñas, Valentina y Mónica parecían jugar a conciencia un rol pre-determinado: la mayor era *la buena* y su hermana era la perfecta contracara, inquieta y algo cruel: tenía por costumbre tirarle del pelo con fuerza para hacerla llorar. Pero a la hora de la adolescencia la relación había mejorado sensiblemente. Para esa época ya habían consolidado un inquebrantable vínculo de compinches. Se habían puesto de novias y a la menor no le daban permiso para salir sin su hermana. Entonces, Valentina le acompañaba los primeros pasos hasta alejarse de la casa y la esperaba a pocas cuadras para regresar a más tardar a la una de la madrugada. En 1973, el clima social y político del país era un hervidero bajo la multitudinaria consigna *Perón vuelve* y Valentina empezó a militar en la Unidad Básica 17 de Octubre en Palermo, y a dedicarse al trabajo social en villas, una vocación perfectamente afin con los principios de justicia social que profesaba su padre, *“peronista de la primera hora”*. Precisamente, fue Miguel quien facilitó el ingreso de su hija a una fábrica textil. Miguel era el gerente de la empresa y le ofreció un cómodo puesto administrativo, pero Valentina prefirió empezar como operaria para aprender y *“hacerse de abajo”*. No quería saber nada con cualquier esbozo de privilegio.

Cuando se hizo un tiempo por las noches para cursar el Profesorado de Historia en la antigua sede de Avenida de Mayo y Paraná del Instituto Joaquín V. González, Valentina había completado un curso de Lectura Veloz en Ilvem, estudiaba Caligrafía, Inglés y Dactilografía y hasta trabajaba como costurera. *“Las asignaturas de primer año nos empujaban a lo más remoto de la Humanidad, a las épocas en las que -según Levi Strauss- la naturaleza se hacía cultura, con conflictos, tabúes y tensiones. Cecilia, Valentina y yo decidimos preparar juntas las finales de Antropología, Introducción a la Historia y de Historia de Oriente. Había una afinidad entre nosotras, signada por la solidaridad del intercambio de libros, fichas y gestos cómplices de aburrimiento cuando las dinastías egipcias impertérritas desfilaban por el pizarrón. Los tiempos largos de la Antigüedad se entrecruzaban con los aconteci-*

*mientos vertiginosos del país. Avenida de Mayo ondulaba siempre de luces rojas giratorias y de sirenas agudas que taladraban. De las tres, Verónica era la más asentada y menos impulsiva. Menuda, pálida, delicada, de ojos y cabellos oscuros y siempre sonriente*", traza un perfil posible sobre su recordada amiga y compañera Brisa Varela, profesora y licenciada en Historia por la Universidad de Luján, magister en Políticas Ambientales y Territoriales por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y doctora en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).

Entre las reuniones para preparar las materias y durante las clases del Profesorado, Valentina revelaba por lo bajo a Cecilia y Brisa su preocupación por la decidida participación de su novio Carlos en una huelga obrera del personal de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (Entel), a pesar de que los delegados habían sido amenazados de muerte. Fue un aviso: Valentina no se presentó a cursar el segundo año y sus compañeros dejaron de tener noticias de ella.

A principios de los 70, Valentina formaba parte de una tríada de militantes de izquierda de origen armenio, cuyo lugar en el mundo abarcaba cada rincón de Palermo y Villa Crespo y hasta algunos borrosos paisajes de la lejana Armenia. Se había integrado al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), mientras Miguel Ohanessian se afiliaba al Partido Comunista y Angélica Beatriz "Betty" Toundaian se sumaba a las filas de Montoneros. Pero el vínculo entre ellos se había empezado a gestar durante la infancia. *"Con Betty y Valentina crecimos juntos desde el jardín de infantes hasta los primeros años del secundario en el viejo edificio de la Unión General Armenia de Beneficencia, donde funcionaba el Colegio Arslanian. Valentina era muy pensante y tranquila de caminar pausado y hablar poco, pero cuando lo hacía demostraba toda su inteligencia. Solía visitar a mi madre y mi hermana, para ofrecerles artesanías hechas por ella con bolitas plásticas. Tampoco se me borra la imagen de Valentina montada a un caballo alquilado en el bosque, el día que fuimos de excursión al Museo de Ciencias Naturales de La Plata"*. Miguel Ohanessian revive esa época marcada a fuego por los sueños revolucionarios de una multitud de jóvenes movilizados en toda Latinoamérica. La caída del gobierno constitucional de Salvador Allende en Chile repercutió con fuerza de este lado de la Cordillera. A fines de 1973, en medio de un acto de repudio realizado en la Plaza de los Dos Congresos contra el golpe de Pinochet, Miguel y sus amigas Valentina y Betty escucharon con devoción al orador Agustín Tosco, jefe sindical del gremio Luz y Fuerza y

destacada figura del Cordobazo, y marcharon junto a la multitud de manifestantes hasta la Embajada de Chile. En cuestión de minutos, la protesta derivó en violentos enfrentamientos con las fuerzas de seguridad. *“Para nosotros, que éramos comunistas, los compañeros del PRT -entre los que se encontraba Valentina- eran ultras, combatientes y guerrilleros inspirados en la experiencia de Guevara. En cambio, para el PC, el Che era aceptado pero apenas reconocido”,* admite Ohanessian.

También hubo un acto de solidaridad con el pueblo chileno en el Luna Park, conducido por Santo Biasatti, en que Miguel y Valentina escucharon una impactante versión de la canción *Basta* en la voz de Marilina Ross. A la par del entusiasmo y la exposición pública de la militancia (Valentina y Miguel también coincidirían en un homenaje realizado en la Facultad de Derecho de la UBA a tres militantes del PRT asesinados) iba en aumento la densa atmósfera represiva.

Pese al peligro creciente que se cernía sobre sus pasos, Valentina conservó hasta sus últimos días el hábito de pasar la noche en el departamento familiar, en el sexto piso de un edificio de Thames y Corrientes en Villa Crespo. Incluso pasó las últimas vacaciones de verano con sus padres, su hermana y su abuela en Mar del Plata. Durante ese largo descanso de un mes en una vivienda de la calle España, Valentina y Mónica se habían acostumbrado todos los días a caminar juntas por la avenida Luro hasta una oficina de Encotel para despachar las cartas que escribían a sus novios.

Miguel se resistía a prestar su Renault 6 verde musgo a la hija mayor que le insistía con la excusa de aprender a manejar. Valentina no se amilanaba: con la inestimable complicidad de su hermana, los domingos arrancaba el auto y aceleraba en dirección a la casa de la abuela Noiemzar en Santa Magdalena e Iriarte, Barracas, o daba vueltas por el entramado de calles sinuosas que rodean Parque Centenario.

A Verónica también se la veía radiante cada vez que salía a caminar o pasear en colectivo con Carlos Pasquete. Eran hábitos de las pizzerías del barrio, como Nápoles -en Serrano y Corrientes, a una cuadra de la casa de los Keheyán- e Imperio, un clásico de la esquina de Canning (hoy Scalabrini Ortíz) y Corrientes, donde se les sumaban los amigos más cercanos. Según Mónica, *“Carlos era un bocho, que cursaba el tercer año de la carrera de Medicina con 10 de promedio. Un grupo de tareas se lo llevó de su casa de Serrano (actual Borges) casi Córdoba, tres días antes que a mi hermana. Tampoco volvió y al poco tiempo murieron su madre y su abuela”.*

Pocos días después de la caída de Valentina, un grupo de amigos encabezados por Miguel Ohanessian se acercaron a la casa de la familia Keheyán para solidarizarse con sus padres y prometerles que iban a recuperar a la hija desaparecida. Miguel confiaba en conseguir información a través de los contactos que su padre podía establecer en el restaurante Ereván, un tradicional boliche de estilo oriental donde solía presentarse seguido el cantante armenio Arturo Kouyoumdzian, las odaliscas subyugaban al público con la danza del vientre y entre los asistentes se mezclaban policías y miembros de las fuerzas de seguridad, como el represor “Gato” Ferrari. El rotundo fracaso de la gestión que se propuso ante la mirada esperanzada de Miguel Keheyán y su esposa Nilda es una pesada carga que hasta hoy martiriza a Miguel Ohanessian: *“Es una deuda que me marcó de por vida. Creo que en ese momento, ingenuamente, les hicimos mucho mal a nuestros padres”*.

A Valentina los represores se la llevaron de la casa. Por eso, su última imagen fijada en la memoria de su hermana Mónica la muestra vistiéndose a las apuradas con un par de zapatillas, una camisa rosa con perritos bordados, un polerón y un pantalón Oxford negro, no bien la patota les ordenó *“Vístanse”* a los gritos. Mónica era testigo de la escena encapuchada, pero tiene la certeza de que Valentina se puso esa ropa -que la hermana mayor cosía con su mamá- porque la tenía a mano y acababa de llegar.

Miguel Keheyán recuerda cada detalle de esa fatídica jornada que empezó a las once de la noche del 11 de mayo de 1976. La familia regresaba de una visita a unos amigos en Recoleta y Miguel estacionó su auto en la calle Serrano, cerca del departamento de Thames y Corrientes, y, al observar extrañados un par de Ford Falcon mal estacionados sobre la avenida, sospecharon que se trataba de un “operativo”. Apenas abrieron la puerta de su casa, cuatro hombres armados con armas largas se metieron de prepo en el living y se abalanzaron sobre Nilda y sus hijas. Revolvieron todo, dejaron a Nilda encerrada en la cocina y, sin dar explicaciones, arrastraron a Valentina hasta uno de los vehículos. *“La peor culpa que sentí siempre fue porque a mí no me llevaron con ella. Durante mucho tiempo fantaseé con que si también me hubieran secuestrado a mí podía haberla salvado. Después me di cuenta de que era una locura: tampoco yo hubiera sobrevivido”*, se mortifica Mónica con la vista clavada en una caja repleta de fotos, boletines de calificaciones de la escuela armenia y textos manuscritos, las más preciadas joyas que su madre guardó con celo para atenuar el dolor por la ausencia de Valentina.



## **Una generación desaparecida**

### **La comunidad armenia, la dictadura y la ruptura del silencio en torno de sus víctimas de apellido "ian"**

Por Khatchik DerGhougassian\*

Una de las novelas cortas de Krikor Zohrab<sup>1</sup> lleva el título sugestivo de *Una generación desaparecida*. Narra la vida de tres estudiantes que "no dejaron ni huellas ni recuerdos; ¿de dónde vinieron y adónde fueron?; nadie pudo saber; no obstante, unos pedazos de historias de vida extraordinaria aún circulan de boca a boca; simple y conmovedora es la narrativa de estos jóvenes desaparecidos"<sup>2</sup>. Podríamos usar casi las mismas palabras para reflexionar sobre el destino de otra generación armenia desaparecida, el de aquellos y aquellas jóvenes, en su mayoría

---

1 - Krikor Zohrab (¿1861?/1915) abogado, profesor de derecho penal de la Facultad de Derecho de Constantinopla, reconocido intelectual y escritor, miembro del parlamento otomano en representación de los armenios del Imperio luego de la revolución de los Jóvenes Turcos en 1908. Fue amigo personal del Ministro del Interior, Talaat Pashá, principal ideólogo del plan de exterminio de los armenios. Talaat no dudó en firmar personalmente la orden de la deportación de Zohrab quien junto con los unos 200 intelectuales y dirigentes armenios detenidos la noche del 23 al 24 de abril fue asesinado en un lugar desconocido. Sus restos, como aquellos de sus compañeros que sufrieron el mismo destino cruel, no se encontraron nunca. El asesinato de la clase dirigente de los armenios en el Imperio Otomano marcó el inicio del Genocidio.

2 - Krikor Zohrab, *Una generación desaparecida*, Segunda edición, Editorial G. Doniguan e hijos, Beirut, Líbano, 1982, p. 5. El original del texto es en armenio, traducción libre del autor. La misma modalidad se aplicará a todos los textos no-españoles citados en el trabajo.

también estudiantes, víctimas de la práctica genocida de politicidio del gobierno militar del Proceso de Organización Nacional en la Argentina en 1976-1983.

Por cierto, no fueron tres, sino, según se ha podido establecer hasta ahora con nombre y apellido, veintidós; y la reflexión en este caso no es un esfuerzo de narrativa de creatividad literaria, una ficción, por más que se tratase, en primer lugar, de la reconstrucción de destinos a partir de pedazos de información, fundamentalmente recuerdos, acerca de la vida de estos desaparecidos por la escasez, sino la casi inexistencia de documentos a propósito de ellos en los organismos defensores de derechos humanos. Tampoco en la comunidad armenia que mantuvo un silencio de casi dos décadas sobre el tema, y, para sincerarnos, bien podría seguir ignorándolo. Se explica, por lo tanto, por qué por mucho tiempo pareciera que “no hubo” desaparecidos armenios. Más aún, pareciera que el esfuerzo de categorizar algunos de los desaparecidos de origen armenio tal como su nombre indicaría fuera una problematización artificial. Pero, de hecho hubo desaparecidos de origen armenio, y por más que no sea este un problema propiamente, y menos exclusivamente, armenio, el silencio en torno de su destino, la racionalización banal que hasta ahora se ofrecía a modo de una “sabiduría común”, termina molestando. Es cierto que si no fuese por la inevitable vinculación del tema de los desaparecidos armenios con la memoria viva del genocidio de 1915-1923 muy probablemente no tendría mucho sentido singularizar el caso de veintidós desaparecidos por su origen. Es cierto también que la problematización del caso de desaparecidos armenios no se circunscribe tan sólo a su destino sino abarca cuestionamientos relevantes a la actualidad armenia en Argentina –y Uruguay por caso-, la Diáspora y Armenia. Pero al fin y al cabo la reflexión no deja de formar parte del conjunto de los esfuerzos dirigidos hacia el análisis y la comprensión de un fenómeno esencialmente humano que es el crimen del genocidio en su forma de politicidio y los silencios que lo acompañaron en su tiempo.

¿Cómo fue posible el silencio en torno de los desaparecidos armenios y su ruptura?

## *Un primer análisis conceptual*

La iniciativa de investigar acerca de los desaparecidos armenios no es exenta de preguntas y cuestionamientos de fondo. En primer lugar, las víctimas de origen armenio no han sido perseguidas por su origen étnico. No se encuentra en la represión del Proceso una animosidad contra los armenios como el antisemitismo que los torturadores manifestaron con las víctimas de origen judío aún cuando su victimización era motivada por razones esencialmente políticas y no raciales, étnicas o religiosas. En otras palabras, los desaparecidos armenios sufrieron un destino cruel por sus compromisos políticos y podrían bien haberse encontrado con un verdugo de mismo origen como efectivamente sucedió en Uruguay en por lo menos un caso. Es más correcto, incluso justo, tratar el tema de los desaparecidos armenios en el contexto de la más amplia causa de todas las víctimas del Proceso.

Un segundo cuestionamiento surge de la autoidentificación misma de los desaparecidos con su origen armenio, por lo menos en la mayoría de los casos. Salvo excepciones, el compromiso político de los desaparecidos armenios refleja una clara lealtad con los ideales de su militancia para una causa que ni siquiera retóricamente se vincula con las aspiraciones propias de la comunidad armenia. La investigación hasta ahora no revela conexión alguna entre la motivación ideológico-política de la militancia de los desaparecidos armenios y argumentos que por lo menos discursivamente la vincularan con su origen, salvo, una vez más, la excepción de los casos de dos víctimas de la represión en Uruguay. En otras palabras, la particularidad de su origen no parece generar ningún compromiso de los desaparecidos armenios con la comunidad. De ahí, quizá, se explique una razón, o pretexto, del distanciamiento que en su momento el liderazgo de la comunidad tomó con el asunto.

Un tercer cuestionamiento se genera a partir de una reflexión acerca del proceso de movilización de los familiares de desaparecidos analizado por Ludmila da Silva Catela. Citado por Enzo Traverso<sup>3</sup>, la obra

---

3 - Enzo Traverso, *Historia y memoria. Notas sobre un debate* de Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007, p. 79-80.

de la autora, *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de la reconstrucción del mundo de los familiares de los desaparecidos* (2001), analiza la organización de los familiares de los desaparecidos y de su movilización como una respuesta a un imperativo moral que se transformó en un movimiento político con un amplio impacto sobre el conjunto de la sociedad civil. En el caso particular de los familiares de los desaparecidos armenios, su movilización en el contexto de la comunidad no tuvo ningún impacto porque precisamente no se organizó como una movilización política. Más aún, con la excepción de la desesperada búsqueda por ayuda alguna que motivó las visitas de los familiares de los desaparecidos a las instituciones armenias, sobre todo la Iglesia, no hubo una movilización sistemática de parte de estos familiares en el seno de la comunidad. Esta afirmación, por cierto, no parte de ningún juicio moral a priori ni persigue el fin de encontrar justificaciones por la falta de respuesta al pedido de ayuda de los familiares. Demuestra más bien cuán, voluntariamente o no, ajenos han sido el tema de los desaparecidos armenios y la propia comunidad. De hecho, si bien “no existió en la Argentina un período de silencio, en el que la mayor parte de la sociedad haya optado por la negación y el intento de olvidar las experiencias traumáticas recientemente atravesadas”<sup>4</sup> el tema de los desaparecidos armenios en la comunidad ha sido un tabú aún después del regreso de la democracia. Pese a un notable activismo político de la comunidad en torno del reconocimiento del Genocidio primero y temas vinculados a la situación de Armenia en la época de la movilización popular de 1987 y 1991 y la independencia luego, recién hace seis años, se hizo un primer gesto de rescatar del olvido el tema de los desaparecidos armenios con la colocación de una placa con sus nombres en la antigua sede de la Unión Cultural Armenia; y sólo muy recientemente se nota el esfuerzo de instalar el tema en la comunidad<sup>5</sup> y dedicarles un monumento como se explicará más adelante.

---

4 - Daniel Lvovich, *Historia reciente de pasados traumáticos. De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina* en M. Franco. F. Levin, *op.cit.*, p. 115.

5 - La revista *Gamk* (año 53, segundo semestre 2006) de la Unión Juventud Armenia de la Federación Revolucionaria Armenia (FRA-Dashnagsutiún), por ejemplo, ha hecho de “Los armenios y las dictaduras a tres décadas de terror” el tema central de reflexión de varias notas cuyos autores son jóvenes de entre 16 y 25 años.

Es, precisamente, el peso de este silencio de casi dos décadas que motiva la presente reflexión que no pretende forzar una identidad a los desaparecidos de origen armenio, ni ver en su tragedia un rechazo racista o xenofóbico a la presencia armenia en la Argentina –y Uruguay. Tampoco se aísla el caso de los armenios del resto de los desaparecidos, se le reconoce excepcionalidad alguna que proporcione una moralidad adicional al compromiso político que asumieron y que no se pone en tela de juicio. En otras palabras, los desaparecidos armenios son en primer lugar desaparecidos, víctimas de la represión política que no dudó en recurrir a prácticas genocidas.

Es, más bien, la desaparición del tema de los desaparecidos armenios de la memoria colectiva de la comunidad en primer lugar, de la Diáspora por consecuencia, y, finalmente, del Estado armenio que esta reflexión propone abordar como una primera formulación en términos de un debate académico, político y por lo tanto público. En este sentido, sí, interesa saber las causas más profundas del alejamiento previo de los desaparecidos armenios de los círculos comunitarios; ¿acaso este alejamiento es la “natural” consecuencia de la asimilación tan temida de la diáspora en general y de la comunidad en particular, o era una condición para el compromiso político que asumieron? Interesa cuestionar a fondo el silencio de la comunidad en torno del tema de los desaparecidos armenios aún cuando nos resulte perfectamente entendible la prudencia y hasta la impotencia de la dirigencia en aquel entonces frente a la ferocidad de represores omnipotentes con pretensiones de ser “dioses” como bien subraya Pilar Calveiro<sup>6</sup>, sin, por supuesto, desconocer que en esta misma dirigencia comunitaria existieron también claras simpatías por la dictadura, y, de hecho, el comportamiento de la comunidad armenia en el Proceso no ha sido muy distinto del de las demás comunidades y del conjunto de la sociedad argentina; pero, tratándose de un pueblo que ha sufrido la experiencia traumática del Genocidio, de una comunidad que se definió en el contexto más amplio de la Diáspora una entidad que se construyó socialmente como una “nación en exilio”, viviendo fuera de su Madre Patria, y carente de la protección estatal, ¿acaso el silencio de la

---

6 - Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2004, pp. 53 - 60.

comunidad no refleja un modelo de emancipación política cuyas virtudes y defectos no pueden escapar de un examen crítico? Interesa, finalmente, este examen crítico vinculando Genocidio, Diáspora y emancipación política a la luz del regreso de la memoria de los desaparecidos armenios y su inserción en la agenda de la comunidad; ¿cómo explicar la voluntad de romper el tabú del silencio? ¿Qué pretende? ¿Hacia dónde se orienta?

Estas tres direcciones que propone abordar esta reflexión no pretenden brindar respuestas definitivas a las preguntas formuladas en el párrafo anterior. Más bien empezar un debate, tener presente el tema en la memoria colectiva. En este sentido, este primer esfuerzo se inscribe en la perspectiva de la "historia reciente" que, según las compiladoras de la obra ya citada cuyos distintos capítulos sirven de guía conceptual de primera a esta reflexión, "se trata de una historia más preocupada por las rupturas radicales que por las continuidades, más por las excepcionalidades y "desviaciones" que por las lógicas de largo plazo. De una historia cuya escritura está indisolublemente ligada a una dimensión moral y ética. Se trata, en suma, de una historia que suele estar construida a partir de una pregunta que retorna con insistencia: *¿cómo fue que fue posible?*"<sup>7</sup>

En el caso particular de lo desaparecidos armenios, la pregunta no gira en torno de los desaparecidos mismos, sino más bien del silencio en torno del tema. La ruptura de este silencio, a su vez, abre espacio para consideraciones teóricas, políticas, éticas y hasta prácticas acerca de la condición de la Diáspora en su triple dimensión: la inserción de la comunidad en la sociedad argentina y su emancipación política en términos de compromiso ético-moral; las relaciones intercomunitarias en la Diáspora; la vinculación de la comunidad con el Estado armenio y el rol de este último desde la independencia. Ninguna de estas consideraciones puede ser puramente coyuntural; al contrario, pensando en las "rupturas" que caracterizan la historia reciente, según citamos más arriba, se trata más bien de un punto de inflexión para la propia singularidad de la identidad armenia en la diáspora que se podría pensar, exponer y expandir desde la Argentina donde los desaparecidos armenios permiten descubrir nuevos aspectos de la condición de la diáspora.

---

7 - Marina Franco y Florancia Levín, *Introducción*, en M. Franco, F. Levín (compiladoras), *op. cit.*, pp. 15 - 16.

## ***A modo de unas primeras conclusiones para el debate: Los espacios de investigación y reflexión***

El tema de los desaparecidos y del fenómeno de desaparición ha generado una vasta literatura entre libros, investigaciones, ensayos, artículos, informes... A la ya mencionada obra de Calveiro agregamos aquí las reflexiones filosóficas de Claudio Martyniuk<sup>8</sup> en torno de la culpabilidad generalizada que inspiró nuestra propia búsqueda de una orientación para el proyecto de investigación sobre los desaparecidos armenios. Entendiblemente, sin embargo, relativamente pocos textos vinculan ciertos desaparecidos con algún destino trágico propio a su origen, o a un compromiso con el destino histórico de este origen. Uno de estos ensayos es el de Alejandro Kaufman que reflexiona sobre Auschwitz y la práctica genocida del Proceso y expande su análisis sobre otros casos —como, por ejemplo, la contrainsurgencia francesa en Argelia durante la guerra de liberación.<sup>9</sup>

Pese a la presencia marcada del genocidio en la memoria colectiva armenia, y pese a la constante vinculación que hacían los familiares de los desaparecidos entre su drama y la memoria del genocidio, no existe todavía una necesaria conexión intelectual entre los desaparecidos y el genocidio en términos de un estudio comparativo similar al emprendimiento mencionado de Kaufman. La primera expresión de este tipo de vinculación es de naturaleza artística y la encontramos en la obra teatral de Claudia Piñero, *Un mismo árbol verde*, dramatizada en su máxima potencia en el grito de la abuela cuando los soldados irrumpen en la casa para llevar a su nieta quien iba a ser una desaparecida armenia: “¡Turkere iegán!” (“¡Llegaron los turcos!”). Es interesante anotar que esta obra, la primera en dramatizar el tema de los desaparecidos vinculándolo al genocidio, se estrenó en un año clave en que la Argentina reconoció oficialmente el genocidio en virtud de la ley 26.199. Más clara es la conexión

8 - Claudio Martyniuk, *ESMA Fenomenología de la desaparición*, Prometeo, Buenos Aires, 2004.

9 Alejandro Kaufman, *Los desaparecidos, lo indecible y la crisis. Memoria yethos en la Argentina del presente*, en M. Franco, F. Levín, *op. cit.*

de la obra con la iniciativa del escribano Gregorio Hairabedian de hacer uso del derecho de la memoria para reclamar a las grandes potencias involucradas en la Primera Guerra Mundial explicaciones sobre el destino de sus antepasados. Estos hechos, entre otros, demuestran el aspecto "práctico" de la vinculación de la memoria del genocidio con el drama de los desaparecidos. En otras palabras, una vinculación de esta índole no es tan sólo un ejercicio intelectual. Al contrario, en este caso la reflexión intelectual ha registrado un notable atraso sobre la praxis de la vinculación temática. Por lo tanto, una primera línea de investigación y reflexión apuntaría a la profundización de la reflexión en torno de las implicancias conceptuales y prácticas del genocidio de los armenios con el politicidio genocida en la Argentina, así como la represión en Uruguay y demás países de Sudamérica.

Una segunda línea trataría directamente la reacción de la comunidad frente al hecho de la desaparición de sus miembros en una perspectiva comparativa con otras comunidades. En este caso, evidentemente, demasiadas son las similitudes entre las comunidades armenia y judía en términos de su pasado traumático, así como el posicionamiento frente al fenómeno, sin mencionar el silencio que ambas comunidades mantuvieron mucho tiempo aún después del regreso de la democracia y la irrupción del tema en la agenda política interna argentina. La perspectiva comparativa no perseguiría el objetivo de culpabilizaciones tardías y carentes de sentido alguno, sino intentaría establecer paralelos entre destinos colectivos similares y sacar conclusiones de naturaleza humana y universal. En otras palabras, de la singularidad de dos destinos similares se llegaría a la dimensión humana inherente a la propia condición del ser de la humanidad entera.

La perspectiva comparativa de las comunidades armenia y judía indudablemente revelaría también diferencias notables una de ellas siendo el papel del Estado que representa en el imaginario colectivo de cualquier diáspora una segunda lealtad. Se sabe que en aquel entonces Israel asumió algún grado de responsabilidad y mediante el uso de los canales diplomáticos intentó salvar vidas de militantes miembros de la comunidad

---

10 - Ver Hernán Dobry, *Operación Israel. El rearme argentino durante la dictadura (1976-1983)*, Buenos Aires: Lumieres Ediciones, 2011. El libro originariamente fue una tesis de Maestría en Relaciones y Negociaciones Internacionales de FLACSO/Argentina del autor bajo la dirección de Khatchik DerGhougassian.

judía que de otra forma hubieran sufrido un destino de desaparición.<sup>10</sup> Los desaparecidos armenios en su momento no podrían ni imaginar algún rol del Estado armenio puesto que la entonces República Soviética Socialista de Armenia no tenía los atributos de soberanía de un Estado independiente, y, por lo tanto, no podría tener ninguna política exterior fuera del contexto definido por la limitada autonomía que se le otorgaba desde Moscú. La situación es distinta desde 1991 cuando Armenia declaró su independencia, y con la caída de la Unión Soviética recuperó su soberanía. ¿Interesaría al Estado armenio instalar el tema en su agenda de política exterior el tema de los desaparecidos armenios en el contexto de una más amplia agenda de política de memoria que tiene como eje principal el reconocimiento internacional del genocidio y su reparación? No se trata, por supuesto, de ninguna reivindicación a la Argentina de parte del Estado armenio en torno del tema de los desaparecidos. Pero sí de posibilidades de cooperación en la escena internacional para la consolidación de mecanismos de prevención de prácticas genocidas como un compromiso moral de dos países que han sufrido destinos similares aunque en condiciones bien distintas. Esta, finalmente, sería una tercera línea de reflexión.

\*Docente y PhD en Estudios Internacionales de la Universidad de Miami (Estados Unidos). Completó la Maestría en Ciencias Sociales con especialización en Relaciones Internacionales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

## **Existe otro mundo mejor y está en este**

Somos optimistas bien informados. Los que integramos CICCUS sabemos que, en gran medida, el desencuentro humano obedece a la inequidad en la distribución y disfrute de los bienes tanto materiales como intangibles. Y no pecamos de ingenuos cuando creemos que esto se debe y se puede corregir.

Nuestros cuidados libros divulgan textos de reconocidos especialistas e investigadores que animan valores tales como la cooperación, la solidaridad, el respeto a la naturaleza y la adhesión gozosa de lo diverso desde la propia identidad.

**Crisis: oportunidad y/o conflicto.** Siempre depende de nosotros elegir, decidir. Nosotros y nuestros autores y lo hicimos.

El libro como creación cultural es una aventura que se recrea con los lectores, necesita de su complicidad.

Para leer, sentir, pensar y actuar situados.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN:

*Juan Carlos Manoukian, Mariano Garreta,  
Enrique Manson, Elina Dabas,  
Violeta Manoukian, Héctor Olmos.*

EDICIONES  
**ciccus**

CENTRO DE INTEGRACIÓN  
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

Medrano 288 - (C1179AAD) Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
(011) 4981-6318 / 4958-0991 - [www.ciccus.org.ar](http://www.ciccus.org.ar)

*La presente edición está impresa  
en papel Obra de 80 grs. de producción nacional.  
Se utilizó tipografía  
Georgia cuerpo 10 con interlínea 13.*

Se terminó de imprimir en abril de 2017  
en Talleres Gráficos Leograff SRL  
Rucci 408 - Valentín Alsina  
Buenos Aires - Argentina  
Tel: (54-11) 4280-7766  
impresionesleograf@speedy.com.ar